

Selección RNR

ELIZABETH URIAN

*Las feas también  
los enamoran.*

*Leonor*



Romance Histórico

# LAS FEAS TAMBIÉN LOS ENAMORAN

Leonor

*Elizabeth Urian*



1.<sup>a</sup> edición: julio, 2015

© 2015 by Elizabeth Urian

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-145-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Epílogo

Nota de las autoras

Surrey, 1875.

—¡COMIDA!

Por undécima vez desde que habían salido a pasear por los jardines de Stanbury Manor, Georgette, el guacamayo de Jonathan, elevó su estridente voz para hacerse oír por Leonor; como si acaso fuera posible ignorarlo.

Con sus casi dos libras y medio aposentadas en su hombro derecho, el vistoso y extravagante pajarraco azul parecía considerar que se estaban desatendiendo sus necesidades más básicas.

—Como vuelva a oírla de nuevo, me veré obligada a tomar medidas drásticas.

La duquesa viuda miró al animal, que en ese preciso instante la ignoraba con total deliberación.

—¿Cómo cuáles? —no pudo evitar preguntar Leonor.

De hecho, era quizás la única, a excepción de su dueño, a la que no le molestaban las constantes exigencias del pájaro ni sus salidas de tono.

—No estoy muy segura, pero con lo que ingiere tiene suficiente carne en su cuerpo como para dar gusto a un buen estofado.

El comentario, tal y como pretendía, fue acogido con todo tipo de aspavientos por el animal alado.

—¡CRIMINALES! ¡BELLACOS! —Todo su cuerpo se erizó y batió las alas para volar lejos de la duquesa, aunque sin perder de vista a las dos mujeres.

Margaret, la duquesa viuda, rio en voz alta, complacida. Leonor se limitó a esbozar una sonrisa contenida.

—Te digo que Jonathan la mimó demasiado.

Leonor se encogió ante la clara mención del hombre, propietario del animal. No quería pensar en él; no más de lo necesario. Quería olvidar esos ojos verdes en particular, el pelo ondulado en mechones no demasiado largos y sus ademanes alegres y cautivadores.

Quizás si olvidaba que lo había conocido, su vida seguiría tan plácida y ausente de complicaciones como los últimos tres años al servicio de la duquesa viuda en calidad

de respetable dama de compañía. El pasado más lejano, mejor olvidarlo también.

—Le dan demasiada importancia. Al fin y al cabo, es lo que Georgette más ansía.

—Aparte de la comida, querrás decir —replicó Margaret con matizada ironía. Lo cierto era que el animal no la fastidiaba tanto como deseaba aparentar; solo lo justo e indispensable para tener de qué hablar.

Leonor asintió, dándole la razón a su empleadora. Aunque el animal no le molestaba, opinaba que esta —porque según su dueño se trataba de una hembra— era demasiado inteligente para su propio bien y el de las personas que la rodeaban. La mayoría del tiempo parecía que les entendía y eso era tan absurdo como antinatural.

—Creo que en el fondo le cae usted bien. —Leonor siguió hablando del guacamayo—. Simplemente que su actitud se debe a un intento por llamar la atención.

—No sé si quiero caerle bien. Lo único que sé con seguridad es que su estancia en esta casa se está alargando demasiado. Un mes con ella en la casa es exagerado. Al menos sin Jonathan. No sé en qué pensaba al aceptar dejarla contigo. Una creería que estaba feliz de alejarse por fin de ella.

Pero ambas mujeres sabían que esa afirmación no era cierta. Georgette le acompañaba allí donde fuera. Quienes invitaban al caballero en cuestión debían aceptar esa particular excentricidad o se quedaban sin su apreciada presencia. Y lo cierto es que Leonor todavía se preguntaba por qué Jonathan había consentido ese caprichoso comportamiento al animal, que se había empeñado en aferrarse a ella como si la sola idea de marcharse a Londres en compañía de Isobel la enfermara.

Isobel. Un nombre que había aplastado unas nacientes ilusiones. La mujer que Jonathan amaba. Una preciosa y elegante morena que se lo había llevado de su lado.

«¿Pero lo tuviste alguna vez?».

Una triste y desesperante cuestión.

Leonor consideraba que, a cierta edad, una mujer que supiera conocerse, valorar las cualidades y defectos que la caracterizan y aceptar con entereza aquello que no puede cambiarse, era muy afortunada. Así la vida no tendría demasiadas oportunidades de golpearla y las sorpresas no serían tan desagradables.

Ella, a la nada desdeñable edad de veintisiete años, podía alardear de eso mismo. Tenía muchas virtudes, pero su defecto más evidente era, cómo no, su aspecto.

Para decirlo simple y llanamente: era fea. Así, tal cual.

A temprana edad ya había asumido que un pelo abundante, sedoso y dorado junto

con una figura proporcionada, no servía de nada si el rostro desmerecía el resto del conjunto. Como también sabía que, si en ese periodo de vida tan importante ningún hombre había mostrado el más mínimo interés por ella, las probabilidades disminuían con rapidez conforme pasaba el tiempo.

La boda del duque de Dunham, nieto de la duquesa viuda, y Edith Bells un mes antes, no le dio más esperanzas en ese sentido.

Una mujer inteligente debía ser capaz de asumir que, si bien era un hecho destacable la unión entre un par de la nobleza con buena apostura y una mujer muy parecida a ella misma en apariencia, era un suceso atípico y poco probable.

Las ilusiones en ese aspecto solo servían para mantener la esperanza; una esperanza que tendía a desaparecer y arrastraba al desencanto. Y ahí había cometido Leonor su primer error. O quizás el segundo.

Se había dejado arrastrar por las emociones que conllevaba una boda mientras su patrona se vanagloriaba ante quien quisiera escucharla que ella había sido la artífice del ardid para acercar a ese par de testarudos enamorados, que hasta hacía bien poco solo conseguían lanzarse palabras hirientes. Por supuesto, no olvidaba mencionar que para lograr tal cometido había sido necesaria la inestimable ayuda de Leonor y el eterno amigo del duque, Jonathan Wells.

Sin embargo, ese día tan feliz, Leonor no lo había sido tanto como pretendía dar a entender. Sus pensamientos habían estado lejos de ser todo lo serenos que ella quisiera mientras no dejaba de recordar esos meses antes del compromiso de los duques de Dunham. Tiempo en el que Leonor había tenido la oportunidad de conocer en más profundidad a Jonathan Wells... y quizás prendarse un poco. Tiempo en que esos ojos verdes la habían fascinado y hecho creer que podía ser como Edith, aunque la realidad había llegado demasiado deprisa y con ella la decepción.

«La he querido desde que la conocí. Más de diez años codiciando su amor y me duele que no acepte...».

Ahí había empezado todo. Lo había escuchado sin querer y se alegraba. Con esa frase, que hablaba de otra mujer, el sueño incipiente de Leonor se había esfumado de un plumazo.

Leonor no había sabido que Jonathan amaba a otra, así que cuando se enteró, no tuvo más remedio que retraerse. No supo hacer nada más. Que el amigo del duque no se hubiera movido de Stanbury Manor ni en los meses del ardid ni en los previos al

enlace había dificultado su labor de evitarle. No era demasiado difícil dar con ella teniendo en cuenta que su sitio siempre estaba al lado de la duquesa viuda procurando compañía.

En honor a la verdad había que admitir que Jonathan se había esforzado. Se había mostrado divertido y encantador intentando que ella mostrara sus cartas, pero Leonor temía haber sido solo una distracción pasajera; aquellas a las que el duque se refería como una de las tantas cosas que acababan por hastiar a Jonathan. Por eso se había vuelto más reservada ante él.

Y el día de la boda había cometido el segundo error.

Se había dejado abordar por Jonathan mientras ella fingía que nada de lo que ese hombre decía le importaba. Se había mostrado maleducada cuando jamás lo era, pero se había visto incapaz de alejarse cuando el dorso de la mano de este le rozó la suya de manera tan leve como un suave soplo, tan leve que el corazón de Leonor se había estremecido y casi la había hecho suspirar, incluso dejarse llevar. Había deseado tanto creer en sus palabras...

Por suerte o desgracia apareció Isobel dispuesta a conquistarlo. Y con un simple nombre, el corazón y las esperanzas de Leonor murieron un poco más ese día.

Lo que vino después era de esperarse. O todo, al menos. Jonathan decidió marcharse con Isobel —que por cierto, era su madrastra— a Londres. Para sorpresa de todo el mundo, Georgette se aferró a Leonor y montó un gran espectáculo para librarse así de soportar la presencia de Isobel —o así prefería pensarlo—. Y allí estaba, de nuevo a solas con su patrona, con su nieto y su esposa de luna de miel, y aguantando las ínfulas de un animal que no era suyo.

—Quizás el señor Wells tenga cosas más importantes en las que pensar —respondió Leonor sin querer comprometerse.

—¡Bah! Si te refieres a Isobel, debo decirte que no sé dónde tiene ese hombre la cabeza.

—Si están enamorados...

—¡Estupideces! —Echó una mirada de reojo a Leonor que ella fingió no ver—. Jonathan tendría que mostrarse más sensato y aceptar que se aferra a un sentimiento ridículo y totalmente inapropiado.

Leonor prefirió no responder a eso. Al contrario que la duquesa viuda, no estaba de acuerdo. Había recordado la emoción con la que se refería al amor que le



profesaba a Isobel esa vez que escuchó sin querer una conversación entre el duque y su amigo. No, debía de amarla, de lo contrario no hubiera tenido prisa por marcharse con ella.

Bordearon el jardín del cisne dejando a su derecha el pequeño lago y traspasaron los arbustos que lo rodeaban casi por completo. Cuando la casa volvió a estar en su línea de visión, el guacamayo, que se había mantenido alejado y en silencio, voló de nuevo al hombro de Leonor sin decir nada.

Ambas mujeres enfilaron hacia la casa, cada una sumida en sus pensamientos.

\*\*\*

El viaje, de por sí tedioso, había supuesto un alivio. Se podría decir que casi había disfrutado de él. Y no es que contemplar los campos de Surrey le transmitiera paz y pensamientos poéticos. A estas alturas, cualquier cosa era poco por lograr permanecer tranquilo y solo.

Su casa, su espacio, los salones londinenses... Todos se habían visto ocupados por una sola presencia. El único lugar al que no podía acceder era el club de caballeros, pero justo ese era el que menos frecuentaba y al que se había visto obligado a hacerse asiduo durante esas eternas y agonizantes últimas semanas. Por milésima vez se veía hastiado, pero ahora era por el acoso al que Isobel lo había sometido tan pronto pusieron los pies en la ciudad.

Quién lo hubiera creído. Él, que se había pasado toda su madurez enamorado de la mujer que se casó con su ahora difunto padre, solo pensaba en rehuirla.

No era culpa de ella, lo reconocía. Isobel seguía siendo igual de atrapante. Sus sonrisas eran tan sensuales como antaño y su apariencia era tan perfecta y elegante como solo ella sabía serlo.

Pero nada era igual.

—Oh, Isobel —musitó al carruaje.

El señor Pickens, su eterno acompañante y que hacía las veces de secretario, lo miró de soslayo pero no dijo nada. No hacía falta.

Sabía que no tardaría tanto en descubrir su ausencia. Lo que se preguntaba era si sería capaz de deducir su destino. Isobel era muchas cosas, pero no era tonta. De hecho, sentía cierta pena y nostalgia porque todo hubiera terminado así. Al menos para él, ya que no sabía qué pretendía ella. Su proceder en el último mes en la ciudad

solo podía calificarse de posesivo. Todas sus acciones, ahora lo veía, habían tenido como único objetivo comprometerlo. Se había dejado ver con él en todas las fiestas y solo aceptaba bailar con él. Había intentado atraerlo a la oscuridad de los jardines e incluso había osado invitarle a su casa con claras intenciones. Si no había entrado en su piso de soltero era porque había dado órdenes muy explícitas al servicio respecto a ello.

Para ser honestos, debía reconocer que marcharse de Stanbury Manor con ella distaba mucho de ser su mejor estrategia. No lo había reconocido entonces porque tenía otras cosas en mente, pero no tardó en percatarse de la terrible e irónica verdad: Isobel había sido sustituida en sus afectos.

Cuando cerraba los ojos, ya no veía un lustroso cabello negro, sino uno más dorado que los rayos del sol. Tampoco apreciaba ya los gestos meditados, sino los naturales y elegantes. Ni tan siquiera se le aparecía un rostro perfecto y simétrico, sino uno interesante, lleno de vida y que encerraba no pocos misterios.

No era tan ingenuo para creerse enamorado, pero apenas podía negar el interés... y tal vez el anhelo. Por ello había permitido que Georgette se saliese con la suya. Era evidente a quién prefería. Había sido así desde el principio. Entre Isobel y el guacamayo siempre parecía haber una lucha de voluntades. Con Leonor todo resultaba natural y reposado. Incluso él había sentido lo mismo. No nadar contracorriente, sino dejarse llevar por la marea. Nunca había pretendido dejar de forma definitiva a Georgette, pues tarde o temprano tenía intención de volver. Era como si su fuero interno hubiera sospechado el resultado.

Se incorporó cuando Stanbury Manor se perfiló en el horizonte y una especie de ansiedad impropia en él lo invadía. Se dijo que era porque había echado de menos al guacamayo y tenía ganas de verlo, pero la pura verdad era que no era el animal a quien deseaba ver primero. Sabía que sería bien recibido, no en balde la duquesa viuda le profesaba cariño. Sin embargo, el recibimiento de Leonor lo llenaba de dudas. Por una parte recordaba su frialdad durante el compromiso de Jeremy y Edith, pero lo que no olvidaba era el tacto de sus dedos cálidos, tocándose. Si no hubiera aparecido Isobel en ese instante, quién sabe cómo habrían acabado las cosas.

—Por fin llegamos. —El señor Pickens se ajustó las gafas y se enderezó. Era bien sabido lo poco que le gustaba sentirse encerrado en un carruaje.

Poco después, el transporte se detuvo delante de la fachada.

Jonathan descendió con agilidad y miró al señor Pickens.

—Nunca lo hubiera creído, pero he echado de menos este sitio. —Se atusó las ondas e intentó alisar las inexistentes arrugas que el viaje había provocado en su ropa.

—Todos los sitios son iguales —rezongó el secretario, el cual se apresuró a subir las escalinatas para llamar a la puerta.

Al poco, Jonathan se encontraba sentado en un salón que le era muy familiar. Había sido reconocido como amigo íntimo del duque de Dunham y lo habían tratado con la debida deferencia. Mientras el señor Pickens daba órdenes al servicio sobre el equipaje, el mayordomo le había informado de que la duquesa había salido a pasear y que no debía tardar, al tiempo que lo escoltaba hasta el pequeño salón de visitas y le ofrecía una taza de té. No obstante, cansado de estar sentado por horas en el carruaje, sintió la necesidad de permanecer de pie y salió al exterior con la única finalidad de encontrar a su anfitriona.

Por suerte, la duquesa viuda, acompañada de la dama de compañía, se acercaba a ritmo pausado. No era difícil reconocer a la mujer mayor vestida con distinción y a la joven que avanzaba a su lado con ademanes tranquilos, así que se acercó a ellas con una sonrisa burlona mientras el guacamayo era el primero en reconocerlo y alzaba el torpe vuelo hacia él.

—¿Pero qué ven mis ojos? —La mujer mayor sonrió en cuanto vio la identidad del extraño. Por fin sus ruegos se cumplían. Y antes de lo que esperaba—. Ya pensaba que te habías olvidado de que la habías dejado con nosotras.

—Eso nunca. —Se acercó a ellas evitando mirar a la Leonor y esforzándose en centrar toda su atención en la anciana—. Georgette es insustituible. —Besó el dorso de su mano—. No le pregunto por su salud, ya que veo que sigue dando guerra. Nos sobrevivirá a todos. ¿No es así, señorita Price? Me alegro de verla.

Ahora sí tuvo su oportunidad para posar su mirada sobre ella y beber de su presencia. Quizás fuera fea, pero él se sentía atraído del mismo modo que lo haría con una belleza sin par. No tenía sentido, pero nada parecía tenerlo desde que puso los pies allí en su última visita.

—Tal vez —concedió ella—. Por mi parte debo asegurar que es un placer servirla.

—Nadie lo duda, querida —intervino la aludida. Se volvió hacia Jonathan—. Pero bueno, bribón, cuéntanos cómo te va todo.

Jonathan sobreentendió lo que le preguntaba. Su partida no dejaba muchos

interrogantes al azar. Además, no dudaba de que Jeremy le hubiera explicado los pormenores. Lo lógico sería que entre ellos se hubiera establecido un acuerdo o un compromiso, fuera público o no. Nadie, ni siquiera él, hubiera predicho ese escenario actual.

—No puedo quejarme —mintió con total descaro. Este no era el sitio ni el lugar.

—Pensaba que la próxima vez tal vez vendrías acompañado —presionó la duquesa viuda.

—Oh, he venido acompañado. —Si el asunto no fuera serio se habría permitido disfrutar de lo lindo con la cara de la buena mujer. El rostro de Leonor, en cambio, no había variado un ápice—. El señor Pickens se ha quedado en la casa.

Casi pudo ver la decepción en el rostro de esa entrometida, aunque se recompuso con rapidez.

—Bien, bien, me alegro. —Esa respuesta no la acercaba a lo que de verdad quería saber. Preguntar más, no obstante, quedaba descartado.

Como Leonor no parecía responder a su presencia, Jonathan recurrió a la treta de ofrecerles sus brazos y acompañarlas hasta la casa. Sabía que la buena educación le impediría rehusar. Mientras tanto, su cerebro no cesaba de dar mil vueltas buscando un tema de conversación para hacerla participar. Al parecer, después de unas semanas sin verla, su don de palabra había desaparecido.

Un lacayo los encontró cuando traspasaban las puertas acristaladas. Se dirigió a Leonor.

—Ha llegado un señor que pide verla de inmediato, señorita Price —extendió una bandeja de plata en la que se encontraba una tarjeta de visita.

Leonor la tomó y la leyó, palideciendo en el acto. Tanto él como la duquesa se percataron de ello. De reojo pudo leer *Boston*.

—¿Sucedo algo, Leonor? —preguntó esta.

Jonathan vio cómo trataba de hacer un esfuerzo por forzar una sonrisa a todas luces falsa. Era algo tan extraño en ella que le sorprendió verlo.

—Sí. Es decir, no. No.

Parecía agitada.

—¿Qué le digo al señor? —preguntó el lacayo.

Leonor le indicó que lo llevara al salón. Pidió permiso para atenderlo y casi voló en su afán por recibir a la visita.

—No parecía nada bien —se atrevió a decir. De repente se sentía preocupado.

—No, no lo parecía.

—Quien sea que la busque viene de Boston.

—¿Boston? ¿De Estados Unidos? —parecía perpleja.

—No creo que haya otro. —No pudo evitar el deje socarrón—. ¿Sabe algo acerca de eso?

—No. Boston está muy lejos. No sé qué puede relacionarla con aquello.

Ambos decidieron, aparte de por curiosidad, que debían procurar averiguar qué sucedía por el bien de Leonor, por lo que entraron y se dirigieron al salón, que se encontraba con la puerta entreabierta. Desde allí les llegaron retazos de conversación. «...Vuelva a casa» «Estados Unidos...» y un jadeo que hizo que Jonathan abriera la puerta preocupado.

Entró seguido por la duquesa viuda.

El hombre que hablaba con Leonor se envaró y los miró con el ceño fruncido, pero Jonathan no tenía más ojos que para la evidente cara de sufrimiento de Leonor.

—No he podido evitar escuchar y preocuparme —declaró su patrona—. ¿Qué sucede, mi niña?

Se acercó y le cogió la mano. Jonathan se quedó a una distancia prudencial.

—Mi madre está muy mal —anunció con evidente dolor—. Debo regresar a casa. A Estados Unidos.

\*\*\*

Con la sensación de estar viviendo la vida de otra persona, Leonor trataba de sobrellevar la angustia que las nuevas noticias habían traído. Después de siete años se creía inmune a cualquier información referida sobre su hogar, pero eso solo era porque nada grave había ocurrido. Había bastado una referencia a la salud de su madre para desestabilizar todo su mundo.

—¿Estados Unidos? —La voz de su patrona se filtró a través de sus desdichados pensamientos—. ¿Eres americana?

—De Boston. —Intentó esbozar una sonrisa, aunque fuera de disculpa por las mentiras, pero quedó solo en eso, un intento.

—Tienes mucho que explicar, jovencita.

Leonor entendía la sorpresa y el reproche. De hecho, se merecía mucho más. No obstante, lo primero era lo primero, por lo que se dirigió al mensajero que con tanta diligencia había cruzado todo un océano para hacerle llegar el mensaje de su primo.

—Gracias por venir y traerme la carta, señor Laertes, dentro de dos días a más tardar partiré rumbo a Boston.

No hacía falta una respuesta escrita. El señor Laertes tenía ya un pasaje para la mañana siguiente y comunicaría sin demora a Kenneth su inminente regreso.

El hombre se despidió y Leonor siguió con la mirada su salida acompañado por Jonathan. En cierto sentido se comportaba como un cobarde al evitar enfrentarse a la mirada inquisitiva de Margaret, pero en efecto, se imponía una aclaración.

Sintió una mano en su rodilla y la tierna mirada de la duquesa viuda fija en ella. Era demasiado benévola.

—Cuéntame —pidió la mujer con suavidad y algo parecido a la compasión—. Dime qué le ocurre a tu madre.

Jonathan volvió y cerró la puerta del salón. Se sentó enfrente y quedó en silencio. Ambos esperaban.

—Mi primo me ha hecho llegar esta carta. —Alzó el papel que tenía en la mano—. En ella se me informa de que mi madre, a la cual no he visto en años, está muy enferma. Quizás no llegue a tiempo... —Se le rompió la voz al decirlo.

—Llegarás —sentenció la duquesa viuda con toda seguridad—. Nuestro Señor te ayudará a que así sea.

En esas ocasiones, aferrarse a la fe era la mejor opción.

—Pero, ¿americana? Si tienes nuestro acento.

La perpleja pregunta de Jonathan hizo que se fijara en él. Parecía tan preocupado por ella que a su pesar se sintió reconfortada.

—Mi aya y mi institutriz eran inglesas —adujo a modo de explicación—. Crecí oyendo esa dicción en especial que pulí cuando llegué a Inglaterra. No es tan difícil.

—No lo será para ti. —Las palabras de la duquesa viuda no estaban exentas de acritud. Al fin y al cabo, todo lo que creía conocer de Leonor era falso—. No estoy criticándote, Leonor, pero debes entender que aunque comprendo tu dolor, merezco saber la verdad. Ahora. Después te ayudaré a que vuelvas a casa del modo más rápido posible —concedió al final.

Leonor asintió. Después de todo lo que había hecho por ella, no se merecía más

mentiras de su parte.

—Ante todo, le suplico que crea que no lo hice con mala fe o pretendiendo burlarme. Si inventé otra vida fue para olvidar que una vez pertencí a la alta sociedad bostoniana y que fui la heredera absoluta de un apellido ilustre y respetado.

Supo que los había sorprendido de nuevo. Sospechaba que las opciones que habían barajado para ella no ascendían a tanto.

—No sé de qué me sorprende —adujo su patrona. Jonathan cabeceó—. Tus modales y conocimientos no son tan propios de una dama de compañía. Todos preferimos pasarlo por alto. —No era un reproche, sino una observación.

Leonor se sintió acongojada. Nunca había deseado hacer daño a nadie y menos a personas que, a pesar de ser sus patronos, no habían hecho otra cosa que transmitirle confianza y muestras de aprecio.

—Lo siento.

—Adelante, explícate.

—Mi padre era Brandon Price —empezó por el principio— y murió cuando era niña, por lo que fui criada por mi madre, Helen. Quizás no era la mejor madre del mundo, pero la quería. Todo iba bien hasta que cumplí dieciocho años...

Como única heredera de la fortuna y apellido familiar, Helen Price consideró que sería más apropiado para Leonor establecer un compromiso con Adam Henderson, hijo de una familia del mismo círculo social, que dejarla a la suerte de cualquier oportunista con un rostro apuesto y modales encantadores. Ninguno de los dos jóvenes se quería, pero aceptaron los hechos con más o menos estoicidad.

Dos años después, y a dos meses de la boda, Leonor descubrió de forma muy desafortunada que su prometido mantenía un idilio secreto con su prima Beatrice, una joven viuda madre de un niño pequeño.

—¿Desafortunada? —interrumpió Jonathan con su sonrisa más mordaz—. Descubrir esas cosas antes del matrimonio resulta de lo más providencial y esclarecedora, creo yo.

La duquesa viuda asintió en silencio. Leonor tuvo que reprimir el impulso de sonreírles, agradecida de que lo vieran del mismo modo que ella.

—En ese momento de mi vida —continuó— ya tenía dudas sobre lo desacertado del matrimonio concertado. Ese descubrimiento solo reafirmó mi voluntad de anular un acuerdo que no merecía respetarse.

Como era de esperar, Leonor se dirigió a su madre esperando comprensión y respaldo. Aunque ambas mujeres no tenían una envidiable relación madre e hija, se querían y respetaban, por lo que su sorpresa fue absoluta cuando Helen Price decidió que, si bien era un hecho calificable como inadecuado y vergonzoso, como mujer Leonor tenía el deber de estar a la altura de las expectativas y del acuerdo. No solo no tenía intención de anular el enlace «aunque sí declaró que ella se encargaría de solucionar ese error», sino que le explicó las esperanzas que había puesto en esa boda; no solo de descendencia, sino también de negocios, por lo que no era factible dejar pasar una oportunidad como esa dada su falta de belleza, ya que tal vez nunca volviera a presentarse otra.

—¡Estupideces! —Jonathan no pudo evitar expresar algo tan importante. Aunque comprendía que ese tipo de acuerdos eran frecuentes, no podía evitar sentirse indignado por esa madre que utilizaba el poco atractivo que Leonor tenía para hacerla sentir mal.

La duquesa, mucho más cauta, prefirió no demostrar el poco aprecio que sentía por una madre que se mostraba tan fría y desapasionada con la apariencia de una hija. Al fin y al cabo, vista la reacción de Leonor ante la posible pérdida de la progenitora, no parecía descabellado pensar que todavía le profesaba un profundo cariño.

Leonor, por su parte, revivía de nuevo esa conversación, hiriéndola tanto como antaño. Siempre había sabido que no poseía el canon de belleza que su madre esperaba de una hija suya, pero jamás pensó que trataría con tanto desprecio su fealdad; no cuando estaba en juego todo su futuro.

—La verdad es que yo tampoco estuve de acuerdo con sus razonamientos —adujo al comentario de Jonathan—. Cuando acepté el compromiso, a pesar que no sentir ningún tipo de ilusión y saber que ni Adam ni yo nos amábamos, sí esperaba, por lo menos, algún tipo de fidelidad. No obstante, después de la charla con mi madre decidí seguir adelante, ya que ella me prometió que no volvería a pasar.

Pocos días después, Adam se presentó en su casa amonestándola por haber ido con el chisme a su madre. Ahí demostró la clase de hombre que era al decirle que mientras él cumpliera con sus obligaciones de esposo y fuera discreto, ella no tenía derecho a interferir en su vida. También aludió a su buena suerte al conseguir un partido tan apuesto como él, ya que una mujer con su rostro solo servía de pasto para los cazafortunas.



Jonathan, por su parte, hacía un tremendo esfuerzo por contenerse. Apretó los puños y deseó tener a ese Adam delante. Él le enseñaría a mantener la boca cerrada y a respetar a las mujeres. Hacerle ver la belleza en las cosas aparentemente feas e imperfectas era algo imposible si no se tenía la sensibilidad suficiente.

—Aun así. —Leonor siguió sumida en el relato de su vida pasada— decidí seguir adelante, pero una semana más tarde, mientras estaba inmersa en los arreglos de la boda empecé a encontrarme mal y sufrí un leve desvanecimiento que mi madre achacó a los nervios que embargaban a toda futura esposa.

No obstante, cuando se recuperó, Leonor lo vio claro. No eran nervios, sino la tensión a la que se sometía de forma voluntaria para un evento que cambiaría su vida y que no la hacía feliz. Por ello decidió anular la boda y se lo comunicó a su madre.

Helen Price no pareció nada complacida con lo que calificó de «absurdo y pueril arrebató» y se lo prohibió. Aludió a su deber como hija obedecerla en lo que ella creyera más conveniente, pero Leonor, que siempre había hecho lo que se esperaba de ella y cansada de someterse a los deseos de los demás, se negó a seguir adelante con esa farsa. Por ello, su madre la amenazó con desheredarla y cederle todos sus bienes a su sobrino Kenneth, pero Leonor se obligó a no ceder.

—Un acto muy arriesgado —terció Margaret—, y valiente —añadió con una sonrisa de admiración.

Leonor se sintió reconfortada. Había llegado a querer a esa buena mujer y su opinión era muy importante.

—A partir de ese momento, y sin una solución factible, empecé a preparar mi marcha en secreto. Con la ayuda de mi antigua institutriz conseguí un empleo como dama de compañía de una anciana que debía partir de inmediato hacia Inglaterra. Nadie, salvo ella, sabía de mi verdadera identidad. Una vez en Inglaterra trabajé en diferentes casas con el fin de labrarme unas referencias. Hasta hoy.

Finalizó su relato, insegura. Ambos permanecían en silencio. No estaba segura de si entendían y aprobaban su conducta. Necesitaba que la entendieran y que no la rechazaran, pero sus fallos eran demasiado grandes.

—¿Cómo podemos ayudarte? —La duquesa viuda fue la primera en hablar.

Leonor los miró con extrañeza mientras veía a Jonathan asentir al ofrecimiento. Esperaba algún que otro reproche por su actitud, no un ofrecimiento de ayuda.

—Esto... me sabe mal pedirlo, pero debo embarcar lo más pronto posible rumbo a

casa —dudó—. Me es imposible seguir siendo su dama de compañía.

Y sabía que en caso de volver, no podía pedir que su puesto siguiera vacante.

—De eso ya hablaremos más adelante —sentenció la mujer con un ademán—. Por lo pronto pediré al servicio que prepare nuestro equipaje. También enviaré una nota para que nos reserven unos pasajes en el primer barco que salga para Boston.

—No se preocupe por eso, Margaret —intervino Jonathan—. Yo me encargaré de esa diligencia. Me marcho tan pronto me preparen el carruaje. Les enviaré una nota en cuanto encuentre un barco que zarpe desde Liverpool y un lugar en donde pasar la noche antes del embarque.

Se levantó.

—Gracias, querido. —La mujer le tocó el brazo en señal de agradecimiento—. Es un alivio contar contigo. Sin Jeremy aquí...

—Un momento, disculpen. —Leonor había seguido el diálogo con creciente alarma—. ¿De qué están hablando, si puede saberse?

—¿No has dicho que debemos partir lo antes posible, niña? —la duquesa viuda la miró con extrañeza.

—Yo —recalcó— debo partir, no ustedes. —Por respuesta recibió dos pares de cejas alzadas con la misma suficiencia—. Margaret —intentaba mostrarse sensata y reposada en un momento crucial—, le agradezco la intención, pero no es necesario que viaje conmigo. Su deber es permanecer en Stanbury Manor, o en Inglaterra, al menos. Su edad...

—¿Mi edad? —pareció sulfurada—. Ahora empiezas a hablar como el resto de las insufribles damas de compañías que abundan por el mundo y que por cierto, no contraté. ¿Qué le ocurre a mi edad? No adolezco de ningún mal que me impida embarcar rumbo al fin del mundo, si así lo deseo. En cuanto a mi deber, te diré, jovencita, que hace poco que he pasado el relevo a Edith, la nueva duquesa de Dunham. Ya he hecho por este ducado todo cuanto debía hacer. Ahora es turno para los jóvenes.

—Pero, Margaret...

—No quiero excusas. —Su tono se elevó unas décimas; lo justo para alcanzar el grado de pomposidad que utilizaba cuando quería conseguir algo debido a su rango—. Además, es inconcebible que pienses que te dejaría viajar sola.

—Tengo veintisiete años. Soy una solterona. Y fea, para más datos. No necesito un

acompañante. Ni dos. —Ahora se refería a Jonathan.

—Eres una inconsciente si crees que esas tonterías son válidas. Tu reputación...

—¡No tengo reputación!

A todos los presentes, incluida ella misma, les sorprendió su exabrupto. Leonor era capaz de permanecer impasible en las más adversas circunstancias. O eso creían. Sin embargo, decidieron no tenerlo en cuenta dada la difícil situación por la que ella pasaba.

—Por supuesto que la tienes. —Jonathan no pensaba ceder—. Que finjas ser una simple dama de compañía no quita que no lo seas. Además, pertenezca a la clase social que pertenezca, una mujer sola siempre es un objetivo atractivo para cualquier embaucador y timador.

—Jonathan está en lo cierto, Leonor. Me parece terrible que nos pidas que nos quedemos sentados con toda tranquilidad jugando al bridge mientras tú viajas sola a través del mar en pos de quién sabe qué peligros.

Estaba exagerando y los tres lo sabían, pero Jonathan no pensaba desdecirla cuando su único objetivo en ese momento era acompañarla a Boston quisiera Leonor o no.

—Bien, entiendo y acepto —declaró a regañadientes— que quiera acompañarme. No intentaré hacerla desistir de su empeño.

—Y te lo agradezco por ello. —No había ni pica de burla en sus palabras.

—Pero no veo por qué debe venir el señor Wells. —Leonor volvió su atención de nuevo hacia él—. Debe tener muchos compromisos imposibles de postergar.

«Como Isobel», recalcó su traicionera conciencia.

—¡Eso no es cierto! —protestó el aludido. Le fastidiaba que Leonor no lo quisiera cerca. No lo consolaba que momentos antes hubiera hecho lo mismo por la abuela de Jeremy—. Estoy aquí, lo cual indica con total claridad que nada me retiene en ninguna parte. ¡Soy libre como un pájaro!

Leonor frunció el ceño ante su absurda exclamación, y Jonathan se mantuvo firme en ese duelo de voluntades.

—No puede abandonar sus responsabilidades —insistió ella.

—No son tantas como usted piensa —refutó con tranquilidad.

—Hay gente que depende de usted.

—Son muy capaces de hacer su trabajo sin mí revoloteando a su alrededor; como

siempre suelen hacer, de hecho.

—No es un viaje de placer.

—Soy muy consciente de ello.

Jonathan quería que dijera en voz alta su principal excusa, la razón de tanta negativa. Él lo sabía, ella también. Incluso sospechaba que la duquesa era capaz de acertar de pleno. Cuanto antes lo aceptara Leonor, antes podría ponerle remedio él.

Al final, ella le complació.

—A Isobel no le gustará.

Jonathan se permitió una sonrisa secreta.

—No podría estar más de acuerdo.

Hubo un tenso y expectante silencio.

—No, no vendrá.

El trasatlántico de la compañía White Star Line, el SS Britannic, atracó en el Central Wharf, uno de los muelles más grandes de Boston, diez días después de zarpar de Liverpool. Antes había hecho escala en Nueva York.

Leonor había sido testigo de toda la maniobra de aproximamiento a tierra desde la cubierta de primera clase, mientras contemplaba la línea de la costa cubierta por numerosos muelles. Decenas de edificaciones de ladrillo rojizo y de una altura de cuatro pisos que servían de almacenamiento para los cargamentos, daban la bienvenida a un bullicioso centro de comercio, pues el puerto de Boston era famoso por el fluido intercambio de mercancías —tabaco, té, café y especias— que llegaban desde el Caribe y Oriente por productos tan preciados como el ron, la melaza y el azúcar. Su misma familia se había beneficiado de ello, pues antes del nacimiento de Leonor su padre había construido una refinería de azúcar que había ido creciendo hasta asentarse entre las más grandes del país.

Un fino mechón de su cabello rubio ondeó en el viento. Sus ropas discretas y su expresión neutra la hacían parecer tan correcta como siempre, tratando de no llamar la atención. En sus ojos tampoco se podía apreciar el brillo que había captado la atención de Jonathan durante esos meses que pasó en la mansión.

Era como si se hubiera extinguido por completo.

La agitación la envolvía y sus sentimientos eran encontrados a causa de la nostalgia y la preocupación. Era extraño regresar después de siete años a la ciudad que había considerado su hogar gran parte de su vida. Además, no lograba deshacerse de una inquietante sensación que no presagiaba nada bueno.

Si no llegaba a despedirse de su madre nunca se lo perdonaría.

Por un instante deseó con todas sus fuerzas que los acontecimientos del pasado se hubieran desarrollado de otro modo, aunque tampoco sabía cómo. Quizás si Helen Price hubiera sido más comprensiva y hubiera obrado respetando sus deseos en vez de pensar en las apariencias o en el poder, la relación madre e hija no sería inexistente, como lo era en la actualidad. Aunque pensándolo bien, Leonor estaba orgullosa de cómo se había desenvuelto en esos siete años que había permanecido alejada de la familia. Se había trazado un camino por su propio pie y había conocido

a magníficas personas.

Solo había un pero en todo aquello y era Jonathan Wells.

En medio de la vorágine que supuso su precipitada marcha de Inglaterra, Leonor no consiguió convencerlo de que su presencia no era necesaria. Él ni siquiera se daba cuenta de que estar a su lado la atormentaba. Le hacía desear cosas imposibles. Sin embargo, y si era sincera consigo misma, admitiría que su compañía había supuesto un alivio en la larga travesía. Era reconfortante poder contar con un hombre que estaba pendiente de sus sentimientos, que trataba de distraerla de sus pesimistas pensamientos y que conseguía arrancarle alguna que otra sonrisa cuando menos lo esperaba. Aunque tampoco era tan tonta como para no saber que aquel viaje no sería eterno y que al final terminaría regresando a los brazos de Isobel.

Eran sobre las cinco de la tarde cuando todos desembarcaron. Comprendiendo el sombrío estado de ánimo en el que se encontraba Leonor, Jonathan se encargó de todo. Contrató a un par de mozos para transportar los baúles que descargaron del barco y alquiló un par de carruajes. En uno iría la duquesa viuda, Leonor, Georgette y él mismo. En el otro, el señor Pickens, una doncella, el equipaje y un objeto que había precisado de un especial cuidado durante el transporte: la jaula del guacamayo.

A pesar de estar todo dispuesto, antes de partir hubo un pequeño enfrentamiento entre Leonor y Jonathan. Él sugirió que debían ir primero al hotel, asearse y descansar antes de enfrentarse a lo que les deparaba el futuro y ella se opuso de forma tajante. ¿Cómo podría siquiera pegar ojo cuando su madre estaba muriéndose a solo unas calles de distancia?

Después de un tenso tira y afloja, Leonor terminó imponiéndose. El segundo carruaje, con el señor Pickens al frente, partiría hacia el Parker House Hotel, donde el secretario sería el encargado de reservar las habitaciones e instalar las pertenencias de todos. Margaret, Jonathan y Leonor irían directamente a interesarse por el estado de salud de Helen Price.

Atravesaron Atlantic Ave y enfilaron State Street sin ningún contratiempo. Todos estaban más silenciosos de lo habitual y Jonathan había dejado a un lado su tono frívolo y socarrón para transformarse en un caballero en el que todos se apoyaban. Incluso Georgette parecía comprender la gravedad de la situación y eso que estaban en un país completamente nuevo. Para su asombro, el guacamayo ofrecía un comportamiento más tranquilo y apenas había abierto el pico desde que dejaron el

barco.

Mientras se desplazaban por el corazón de la ciudad, Jonathan no pudo dejar de observar a la joven con disimulo. Lucía una fachada serena, pero sabía que en el fondo estaba sufriendo. Ni siquiera las riñas y los siete años de separación con su madre podían mitigar el miedo a perderla para siempre. Y mucho menos cuando ambas estaban distanciadas. Pero no le gustaba verla de ese modo, se dijo. Además, su angustia se la había contagiado a él.

—Leonor —la llamó Jonathan con suavidad. Ella levantó la vista de su regazo y lo miró, al tiempo que una sombra de tristeza cruzó por su rostro—. Todo va a salir bien.

No sabía si en realidad sería así, más bien las noticias indicaban lo contrario, pero no pudo dejar de darle ánimos. Pasara lo que pasara, él estaría a su lado. Y Leonor tenía que saberlo.

Ella agradeció su intento por animarla con un asentimiento mudo. Siempre había sido capaz de dominar sus emociones, si bien sentía que en aquel momento cualquier palabra que saliera de su boca conseguiría desestabilizarla.

—Estoy de acuerdo —corroboró Margaret, duquesa viuda de Dunham—. Tu madre es una mujer joven y saldrá de esta —argumentó—. Tengo un buen presentimiento.

—Y yo confío en los presentimientos de la duquesa —terció Jonathan. La anciana poseía más inteligencia en su dedo meñique que la de un centenar de hombres y últimamente había descubierto que sus corazonadas eran más certeras que una flecha en la diana—. Ambos la conocemos demasiado como para dudar de ello.

Leonor volvió a asentir y dejó vagar su mirada por la ventana del carruaje. Se dio cuenta de que algunas calles y edificios habían cambiado con el paso de los años. La ciudad estaba en constante evolución, pero todavía podía orientarse con relativa facilidad. Sabía que la distancia que debían recorrer era más bien corta, menos de dos millas, por lo que no tardarían demasiado en llegar.

Cuando se detuvieron en Beacon Street, una calle de tierra con las aceras bien pavimentadas, su corazón latía desbocado bajo su pecho. No era solo la angustia por el estado de salud de su madre; los recuerdos de su infancia feliz se agolpaban en su mente y se dio cuenta de que lo había echado todo de menos.

Jonathan la ayudó a bajar y por unos instantes se detuvo observando a su alrededor: los olores, los colores, el sonido de los viandantes que iban o regresaban

del parque... Y la casa, su casa, seguía irguiéndose igual de majestuosa con sus cuatro mil pies cuadrados y su fachada de piedra esculpida con numerosos detalles.

Eran unas sensaciones demasiado intensas como para dejarlas pasar y se dio cuenta de que, por mucha distancia que hubiera puesto de por medio, seguía llevando Boston en su corazón.

Pero era triste darse cuenta en momentos como aquellos.

Fue entonces cuando se percató de que la duquesa viuda, cogida del brazo de Jonathan, parecía cansada y frágil. Y por si fuera poco, se movía más despacio que de costumbre.

¿Cómo le había permitido acompañarla en aquel viaje? ¿Acaso no había considerado su edad? Quizás gozara de buena salud y mantuviera el juicio intacto, pero cruzar el Atlántico seguía siendo agotador. Hacía años que había dejado de viajar largas distancias. Ella residía en Surrey la mayor parte del tiempo. Como mucho se desplazaba a Norfolk para visitar a su hija, a su nieta o a su bisnieta y a Londres de vez en cuando. Así que para ella ir a Boston debía parecerle como haber dado la vuelta al mundo.

Se acercó a la anciana.

—Margaret, deberíamos haberla dejado en el hotel. Le vendría bien descansar un poco.

El afecto que profesaba a la duquesa viuda translució a través de sus palabras.

—Eres una gran mujer, Leonor. Solo tú podrías dejar a un lado tus propias preocupaciones para interesarte por mí. Aunque no es necesario.

—Sigo pensando que...

—Bobadas —respondió ella, desestimando sus palabras con un gesto—. Insisto en estar a tu lado en momentos como este. ¿No habrías hecho tú lo mismo por mí? —le preguntó mientras se enderezaba el broche enmarcado en oro.

—Por supuesto, pero yo soy su dama de compañía.

—No. En momentos como este eres mi amiga —expuso la anciana sin ningún tipo de vacilación—. Y una muy querida, debo añadir. Así pues, ¿a qué esperamos? ¿Vais a tenerme esperando en la calle hasta que me salgan canas? ¿O hasta que le salgan a la pobre Georgette?

—¡Guaks! ¡Guaks! —gruñó la susodicha, como si supiera que estaban hablando de ella. Su vistoso plumaje resaltaba bajo el sol pálido de la tarde. En cambio, el



cabello de la duquesa hacía décadas que había perdido su color.

Jonathan esbozó una sonrisa. Margaret era todo un personaje.

—Está bien —aceptó la joven de forma estoica.

En apariencia, se dejó convencer, si bien seguía decidida a mandarla al hotel a la menor oportunidad que se le presentase.

—Señorita Price —dijo Jonathan en aquel instante—, usted deberá guiarnos.

La vio alisarse el sencillo volante del escote de su vestido para verse presentable e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mansión de color grisáceo, más grande de lo que hubiera imaginado. Una cosa era descubrir que Leonor provenía de una rica familia y la otra era ser consciente de ello. Aquella casa poseía una magnificencia envidiable.

Tuvieron que esperar unos minutos frente a la puerta, de hierro forjado y cristal, antes de que una criada les abriera la puerta. Leonor se tensó de inmediato. No la reconocía y eso complicaba las explicaciones.

—Deseamos ver a Helen Price —murmuró, haciendo un esfuerzo por controlar el temblor en la voz. Unos pasos la separaban de su madre y el nerviosismo comenzó a extenderse en cada parte de su cuerpo.

¿Qué le diría? ¿Y qué diría ella? ¿Cómo actuaría? ¿Acaso había alguna posibilidad de que la rechazara o en momentos como ese la amargura quedaría atrás?

La criada, que vestía un uniforme de algodón negro con su delantal blanco, observó a los presentes, pero de inmediato su mirada se posó en el colorido animal que descansaba sobre el hombro de Jonathan. A pesar de haber sido instruida para mostrarse imperturbable no pudo evitar lanzar un jadeo de sorpresa y en cierta medida, de miedo. Si Georgette se hubiera puesto a hablar como acostumbraba, la mujer habría reaccionado gritando.

No todo el mundo sabía apreciar al guacamayo.

Una vez superado el sobresalto volvió a concentrar su atención en Leonor, la única que había hablado hasta entonces.

—Lo siento, esta tarde la señora no recibe visitas.

—Soy su hija, Leonor Price.

Aquellas cinco palabras bastaron para que los dejara pasar. Los condujo por un primer tramo de escaleras y se detuvo un segundo en el ostentoso vestíbulo interior, frente un amplia escalera de mármol coronada por dos querubines dispuestos sobre

las columnas de la baranda.

—El doctor está con ella en estos momentos —les anunció mientras subía el segundo tramo—. Será mejor que esperen en la sala.

Leonor tuvo un momento de duda. En su interior pugnaban entre el deseo de verla y la prudencia.

—¿Ha hecho algún tipo de diagnóstico? —Se moría por saber si estaba tan grave como le habían contado, pero para su alivio, por lo menos seguía con vida.

—Es demasiado pronto para saberlo. Por lo menos hasta que baje el doctor. ¿Desea que le informe cuando termine la visita?

—Por supuesto —afirmó sin demora. Quería saber si aquel doctor era fiable, pues al parecer todavía no se sabía la causa que afectaba a su madre. ¿Cómo podrían, entonces, darle un tratamiento adecuado?—. ¿No hay nadie acompañándola?

Detestaba la idea de que pasara por eso sola.

—Sí, señorita. Sus hermanas: Amelia y Roberta.

El salón en el que los acomodaron hizo lanzar un «oh» de admiración a Jonathan. Las paredes estaban revestidas de madera y artesonadas de un color caoba más claro, con un friso esculpido. Las vidrieras de colores, la lámpara de araña que colgaba del techo y el piano negro con grabados le conferían al salón un aire regio y formal. A él siempre le había gustado rodearse de objetos hermosos y sus gustos solían ser igual de caros y recargados como lo era aquella decoración.

—Magnífico —murmuró por lo bajo, deambulando y contemplando cada detalle—. Magnífico.

Leonor se sentó junto a la duquesa viuda en uno de los sofás. Por un momento respiró tranquila. Le aliviaba saber que había llegado a tiempo de verla de nuevo.

—Margaret, como puede comprobar he llegado salva y sana hasta Boston —comenzó diciéndole Leonor—. Solo tengo que esperar un poco más y podré reunirme con mi madre. Le agradezco de todo corazón el esfuerzo que ha hecho acompañándome. A usted también, señor Wells. —Su voz sonó más formal para referirse a Jonathan a propósito y él se dio cuenta. Lo tomó con un alzamiento de cejas. Aunque la dejó continuar—. El viaje ha sido largo. No me mienta diciéndome que no está cansada.

—No lo haré, niña —contestó la anciana—. Pero si me estás echando...

Leonor la tomó de las manos con afecto.

—No haga que me preocupe también por usted. Por favor se lo pido: vaya a descansar. Yo le avisaré cuando sepa a ciencia cierta lo que sucede con mi madre.

La duquesa viuda miró a Jonathan con indecisión. Su querida dama de compañía tenía razón, deseaba tumbarse y cerrar los ojos durante un ratito.

—No puede quedarse sola. No en momentos como este.

—Y no lo hará. Se lo aseguro —le prometió él—. Voy a hacer un trato con ustedes. El más justo, diría yo. Estoy seguro de que ambas estarán de acuerdo en que es la solución más lógica, dadas las circunstancias y que...

—No te vayas por las ramas, Jonathan —se impacientó la anciana—. Ve al grano.

Él le lanzó una sonrisa divertida. Uno no sabía qué esperar con el carácter de aquella mujer.

—Leonor tiene razón, como casi siempre —apuntilló—. Yo mismo la acompañaré hasta el hotel y dejaré a Georgette en su jaula. No quiero que la señora Price se vaya a la tumba por los chillidos de este pajarraco.

—¡Guaks! —se quejó el animal alado—. ¡INGRATO!

Y a continuación voló hasta el hombro de Leonor.

—Ahora no, Georgette. —Jonathan alzó un dedo, amenazante—. No voy a tolerar ninguno de tus caprichos —la riñó—. Como decía... Georgette, es por tu bien. Y por el de los demás —murmuró la última parte en voz baja—. Piensa en las comodidades de tu jaula. Mañana me lo agradecerás —le dijo al igual que si estuviera hablando con una persona—. Después regresaré a esta casa y esperaré a Leonor.

—No es necesario —protestó ella.

—Por supuesto que lo es. Necesitas a alguien de confianza a tu lado.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero estaré con mi familia.

—Una familia de la que te alejaste por voluntad propia —le recordó—. Quién sabe cómo puedan recibir tu vuelta.

Su madre había tratado de casarla a toda costa a pesar de sus negativas. Además, no sabía cómo eran los demás miembros de aquella familia y si en realidad se alegrarían con el regreso de Leonor. No se fiaba de dejarla a solas con ellos.

La duquesa viuda pareció complacida con la resolución de Jonathan y Leonor quedó en minoría.

Más de media hora después, tras tomarse un delicioso té y comer unos bocadillos

que aplacaron momentáneamente su frustración debido a la espera, Leonor se dijo que no aguantaba por más tiempo y que iba a subir a la habitación de su madre. No necesitaba que nadie la acompañara, pues conocía cada palmo de aquella casa.

En otras circunstancias, unas más felices, hubiera bajado a la cocina a saludar a los viejos empleados, a los que seguía teniendo cariño. Le encantaría saber quién seguía trabajando con su madre o cómo seguían sus vidas, mas no se sentía con ánimos suficientes para hacerlo. Al fin y al cabo, la razón principal —más bien la única— por la que había cruzado un océano era para tratar de hacer las paces en las últimas horas de Helen Price.

Se preguntó si durante todos esos años ella habría pensado en su hija, si se habría arrepentido en algún momento de su comportamiento y de lanzarle amenazas, si habría tratado de localizarla. O muy por el contrario, habría tratado de borrarla de su memoria, tal y como había prometido hacer. En realidad, no le preocupaba que la desheredara y que todo el patrimonio de su madre pasara a manos de Kenneth. Su primo se había convertido gradualmente en su mano derecha, pues ya desde muy niño trató de inculcarle el modo en el que ella se ocupaba de la refinería y de las inversiones. A cambio, él obedecía cada una de sus órdenes como si se tratara de un soldado y cumplía sus expectativas de un modo intachable. El dinero no le preocupaba a Leonor. Lo que si le preocupaba era que la olvidara como hija.

Eso era más duro de aceptar.

Cuando escuchó unas voces que se aproximaban, Leonor se levantó de un salto, con la esperanza de que se tratara del médico que atendía a su madre, si bien antes de abrirse la puerta reconoció de qué persona se trataba: Jonathan, que ya había regresado.

La misma criada que la había estado atendiendo lo acompañaba. Les informó que el médico no había terminado y que por ello no había podido comunicar su llegada. A continuación los dejó solos.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, aproximándose y mirándola directamente a los ojos.

Jonathan se dio cuenta de que hacía tiempo que no compartían un instante de intimidad, pues en las últimas semanas ella se había asegurado de que al menos hubiera una tercera persona presente cuando se veían. Él quería hablarle de sus sentimientos, de lo que le ocurría cuando estaban juntos; pero parecía una labor

imposible. Y ahora que conseguía tenerla toda para él, no era el momento adecuado.

—No demasiado bien. Y estoy comenzando a impacientarme. Tanto, que estaba a punto de subir yo misma.

—¿Crees que sea buena idea?

—¿Y qué más puedo hacer? Ya he repasado mentalmente docenas de dolencias que podría padecer mi madre. Es muy angustioso.

Tal vez irrumpir en la habitación de una moribunda cuando todavía no habían hecho las paces no era el mejor modo de presentarse ante ella. Aunque entendía la necesidad de Leonor de hacerlo. Al fin y al cabo era su madre.

Jonathan la tomó del codo con delicadeza, tratando de ser todo lo comprensivo que Leonor necesitaba. Si a ella le faltaba un hombro en el que llorar, ahí estaría él; si buscaba unas palabras de aliento, lo encontraría; si necesitaba sofocar sus miedos, él sería el primero en correr hacia ella. Así de simple.

Había descubierto que le gustaba estar ahí para Leonor y le satisfacía poder ser de ayuda. Ella lo merecía por el espíritu bello y ligero, sus conversaciones maravillosamente estimulantes y un talante digno de admiración. Todo en Leonor era virtud y todo su conjunto le hacía desear más. Asimismo, parecía que Georgette era de la misma opinión. Y eso que el mimado guacamayo era difícil de contentar.

Aun con una connotación negativa, aquel viaje había sido toda una bendición, porque le daba la oportunidad de volver a acercársele.

Para su propio asombro, ella no se apartó del intento de acercamiento. Se quedó inmóvil durante unos segundos conteniendo el aliento. Fue entonces cuando su dulce aroma se filtró a través de sus fosas nasales y un ligero cosquilleo comenzó a emerger con impaciencia. Si hubiera hecho caso al inconsciente diablo que solía ser Jonathan, hubiera ladeado el rostro y acercado sus labios a los de Leonor. Sin embargo, se contuvo. No quería recordar su primer beso y pensar que ella no se había entregado del mismo modo en que lo había hecho él, pues tenía puesta su atención en un asunto mucho más importante.

El momento adecuado, se dijo. Entonces serían el uno para el otro.

Jonathan carraspeó antes de hablar.

—Vamos a subir a ver a tu madre. —Para qué retrasarlo más. Leonor estaba en Boston para enfrentarse a la realidad de los hechos, ¿no? Más que nada para saber. Por muy doloroso que resultara.

—¿Vamos? —repitió ella.

—Me necesitas a tu lado —señaló él—. Pero seré sensato y te esperaré en el corredor. Así estaré lo suficientemente cerca si me necesitas.

Leonor lo miró perpleja. Jonathan había sido demasiado amable y generoso dejando a un lado todos sus asuntos personales para acompañarla en momentos como aquellos.

—Gracias —balbuceó, desterrando de inmediato de su mente aquel gesto. No quiso pensar en él; no podía permitírsele. Debía resguardar su corazón a toda costa.

Jonathan mantuvo en todo momento el contacto con Leonor mientras la escoltaba por la casa en dirección a la habitación de la señora Price. O más bien era ella quien lo guiaba.

La soltó tan pronto ella detuvo el paso.

Leonor dio un par de golpecitos a la puerta y la abrió incluso antes de ser invitada a entrar. Con el pomo en la mano se dio la vuelta y lo miró, revelando el brillo de vacilación que había en sus ojos.

—Adelante —susurró él.

A decir verdad, Leonor esperaba encontrarse la habitación en un ambiente mortuario: en la penumbra, con las cortinas echadas, su tía Roberta llorando, pues era la más emocional de las tres hermanas y a su madre acostada farfullando incoherencias. Helen Price sería una mujer de carácter incluso en sus últimas horas.

Y sí, efectivamente, estaba farfullando, pero todo lo demás fue fruto de su imaginación.

Lo primero que vio fue a ella tumbada en su lujosa cama, completamente vestida y con el dobladillo de la falda un tanto levantado. El doctor Yakes estaba inclinado sobre ella y parecía estar examinando su pie. El maletín de piel estaba abierto sobre la colcha y mientras tanto su madre realizaba aspavientos con los brazos y maldecía a todos los presentes.

—¡Maldita sea! —gritó dejando a un lado los modales de una dama—. Estoy bien. No ha sido más que una simple torcedura y no necesito que me receten descanso. Tengo miles de cosas que hacer.

—Santo Cielo, Helen, deja que el doctor termine de una vez —la sermoneó con impaciencia su hermana mayor, que llevaba por lo menos cuarenta minutos tratando de disuadirla de que era preciso ser examinada.

Sus reticencias comenzaban a fastidiarla.

—Traerlo ha sido idea tuya, ¿cierto?

—Pues sí —afirmó—. La caída ha sido aparatosa. Era lo menos que se podía hacer.

—Es mejor —opinó Roberta, pero con un tono mucho más bajo. Leonor se parecía bastante a ella y no solo en el aspecto físico. Era calmada, entregada a los demás y en cierta medida, dócil. Además, seguía tan soltera como ella.

—Madre, deberías hacer caso a las tías.

Al reconocer la voz, los presentes volvieron el rostro hacia Leonor, dejando durante unos segundos la habitación en un estupefacto silencio. A pesar de sentir todas las miradas en ella, la joven no perdió ni un ápice de su compostura, aunque en el fondo estaba aterrada por cómo iba a ser recibida.

—¡Leonor! —exclamó Roberta, yendo a su encuentro.

Sentir su abrazo fue sublime. Llevaba siete años alejada de su familia y, aunque se había repetido mil y una veces que ella sola se bastaba, la realidad se imponía: los había echado terriblemente de menos. Y más a su querida tía, la única que había abogado por ella.

Le correspondió con un brazo sincero.

Después la siguió Amelia, aunque fue menos efusiva. Al igual que su madre, se aferraban demasiado a los convencionalismos. Y haber renunciado a un compromiso establecido dentro de su mismo círculo social era todo menos convencional. Era escandaloso.

—¿No te alegras de verme, madre? —logró preguntar mientras se secaba los ojos enrojecidos con un pañuelo de lino.

Se la quedó mirando con el corazón en vilo. En realidad, no parecía enferma. Su cutis tenía buen color, su peinado estaba impecable y parecía que los años no hubieran pasado para ella. Ningún signo destacable de envejecimiento. Además, había comprobado que seguía con la misma vigorosidad que antaño.

—¿Qué haces aquí, Leonor?

A la joven su tono le supo a reproche.

—¿Quieres que me marche?

—Yo no he dicho eso —contestó su madre, enderezándose. La observó de arriba abajo, evaluando su aspecto. Leonor sabía lo que encontraría: un rostro sin un ápice

de belleza y un vestido azul de lo más discreto que no podía compararse con los que había usado en el pasado. Por supuesto, no era lo que se esperaba de la hija de Helen Price—. Solo es que me sorprende tu visita.

—Me enteré de... —titubeó, bajo el escrutinio—. Supe de tus problemas de salud.

—¡Por Dios, qué tontería! ¿Problemas de salud? ¿Quién te ha ido con el chisme? Y tan rápido... —se sorprendió—. Pero no es nada. Solo una leve torcedura que se curará con un poco de descanso y procurando no apoyar el pie. ¿Veis? —dijo a sus hermanas—. No necesito que el doctor Yakes me lo diga.

El aludido cerró el maletín y se dispuso a salir.

—Será mejor que me retire y las deje a solas. Señorita Price, me alegro de volver a verla —dijo con una inclinación de cabeza.

—Lo mismo digo, doctor.

—Pero si todavía no ha... —protestó Amelia.

—Su hermana está en lo cierto. El tobillo está un poco hinchado y cualquier doncella conoce decenas de remedios para estos males. Regresaré en unos días, señora Price.

—Le acompaño.

El doctor levantó la palma de la mano.

—No es necesario. Conozco el camino y ustedes están en familia. Buenas tardes.

Roberta acercó una butaca con cierta dificultad hasta la cama de su hermana e insistió para que su sobrina se sentara.

—Leonor, cuéntanos cómo has sabido que tu madre había resbalado. No ha sido un incidente público.

—Yo no me refería a eso, tía. Me dijeron que estabas enferma. Gravemente enferma.

Las tres mujeres la miraron como si hubiera soltado una gran estupidez. Estaba empezando a pensar que así era.

—¿Por eso has regresado a Boston? ¿Querías asegurarte del tiempo que me quedaba y ver cuánto iba a dejarte?

Leonor se quedó helada, Roberta lanzó una exclamación y Amelia la censuró con la mirada.

Decir que se molestó por lo injusto de su acusación era quedarse corto. Al parecer, su madre seguía resentida por haberse empeñado en romper el compromiso con



Adam Henderson.

—No voy a bailar sobre tu tumba, si es lo que temes —declaró de forma cáustica.

—Hija, no seas ordinaria.

—Pues no me hagas serlo —replicó—. El dinero siempre me ha importado poco. Y lo sabes. Por lo menos concédeme eso.

Helen Price asintió, despacio. No era la bienvenida que espera recibir Leonor, pero mirándolo desde otro ángulo, podría ser peor: no la había echado.

—Puedes ver que estoy perfectamente, salvo esta pequeña molestia que tus tías han hecho parecer peor de lo que es. ¿Has venido para quedarte o solo es temporal? —espetó sin compasión—. Le pediré a las criadas que preparen tu cuarto y que cocinen alguno de esos platos que tanto te gustaban.

Leonor no supo qué pensar. Su madre parecía querer tenderle una mano, pero seguía sonando brusca y autoritaria.

Había muchas asperezas que limar y llegado a ese punto, tal vez ya no fuera viable.

—Madre, tengo reservada una habitación en el Parker House Hotel. —No era que no quisiera quedarse en la casa, sino que le preocupaba que no fuera una buena idea.

Helen frunció los labios con disgusto. Para ella no había idea peor.

—¿En un hotel? ¡Habrase visto! Esta es tu casa —afirmó con contundencia. Después, agarró la jarra de cristal que había en la mesilla junto a la cama y volcó un poco de agua en un vaso para bebérsela de un golpe—. ¿Qué pensarán nuestros conocidos? ¿Lo has pensado? Porque las habladurías no tardarán en propagarse.

A Leonor le traían sin cuidado lo que pudiera decirse sobre ella, mas se quedó callada. Mejor no contradecirla.

—Todo mi equipaje está en el hotel. Además, no he venido sola. —La imagen de Jonathan, que esperaba en el corredor, se le vino a la cabeza. Había sido muy generoso por dedicar su tiempo completo a acompañarla, si bien no estaba preparada para dar aquellas explicaciones a su familia.

De repente, Amelia pareció interesada.

—¿Con quién?

—Ella es una amiga —contestó, pensando en la duquesa viuda—. O mejor dicho, mi patrona —se corrigió.

—¿Patrona? —preguntó su madre con voz estrangulada, mientras se cubría las mejillas con las manos.

—Sí. Soy su dama de compañía.

Aquella simple información desató la furia de su madre. Encontraba indigno que hubiera caído tan bajo. Leonor Price provenía de una de las mejores y más antiguas familias de Boston. Ellos se codeaban con la élite de la ciudad, estudiaban en los mejores colegios, apoyaban las artes, e incluso impulsaban organizaciones benéficas. Sus vidas siempre estaban en boca de todos.

Su reacción no se hizo esperar.

—¡Insensata! Esta no es la educación que te proporcioné. ¿Rechazaste a Adam para ser una simple criada? Definitivamente, te has vuelto loca.

Leonor se sintió mal porque la ofendiera de ese modo. Ella estaba muy orgullosa de sus logros. Con apenas unos dólares y ninguna recomendación había sido capaz de conseguir una posición cómoda junto a Margaret. Y bien retribuida, además.

—Prefiero ser una respetable dama de compañía antes que la esposa de alguien tan ruin como Adam Henderson.

Su madre no estaba para nada de acuerdo.

—¿Y qué has conseguido a cambio? Dime. Por Dios, Leonor, mírate al espejo. Te has hecho mayor y diste la espalda a tu familia por un triste empleo. ¿Qué hombre te va a querer ahora?

—Perdón, pero creo que es el momento adecuado para interrumpir.

Las cuatro mujeres se quedaron estupefactas. Las hermanas por la presencia en la habitación de un apuesto y elegante desconocido y Leonor porque lo conocía muy bien: se trataba de Jonathan.

Era difícil no admirarlo, le dijo una vocecilla interior. Incluso en aquellas circunstancias seguía resultando igual de atractivo, como si el viaje no hubiera hecho mella en él. Rezumaba seguridad en sí mismo, distinción y una pizca de picardía. Por su modo de vestir y de comportarse era obvio que provenía de una familia con fortuna.

Ella se levantó de la butaca lo más aprisa que pudo y avanzó unos pasos en dirección a él. No podía creer que se hubiera atrevido a entrar. Su madre no lo vería con buenos ojos.

—Jonathan... —comenzó a decir antes de ser interrumpida.

—¿Quién diantres es usted? —quiso saber la señora Price, movida más por la curiosidad que por el reproche.

No le habían pasado por alto las cualidades de aquel sujeto.

Jonathan, consciente del impacto que causaba su presencia, trató de tomar ventaja. Siempre había sabido desenvolverse bien y sabía cómo encandilar a una audiencia, y más si se trataba de una femenina. Así que esbozó una radiante sonrisa que podría derretir el hielo e hizo una comedida pero elegante reverencia.

—Señora Price, es un placer conocerla. Soy Jonathan Wells, el prometido de su hija.

—¡Prometido! —se escuchó decir.

No supo quién de las cuatro mujeres se sorprendió más, pero podía apostar que fue Leonor, que lo miraba azorada. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin poder articular palabra. Con habilidad, aprovechó su aturdimiento y se situó hasta su misma altura, para después tomar su mano y besarla en el dorso.

El contacto, suave como un murmullo, dejó una huella en Leonor. Se quedó sin aliento, sus pupilas se dilataron y un repentino escalofrío le recorrió la espalda. Jamás hubiera creído posible que tales emociones llegaran a abrumarla en modo en que lo estaban haciendo y mucho menos después de descubrir los sentimientos de él hacia Isobel. Sin embargo, estaba cayendo a sus pies con una debilidad inusitada.

—Eso no es...

Por segunda vez fue interrumpida, aunque esta vez por Jonathan.

—No trates de negarlo... amor. Dijimos que esperaríamos a que la salud de tu madre mejorara, pero debo reconocer que yo la encuentro bien. Magnífica, diría yo.

—Por supuesto que lo estoy —comentó Helen, lanzando un suspiro tan prolongado como resignado y contemplando a la pareja con los ojos semiabiertos—. No sé de dónde ha sacado esa ridícula idea mi hija.

«De Kenneth», quiso gritar ella, si bien no lo consiguió. Era como si su mandíbula se hubiera quedado petrificada y fuera incapaz de negar aquella farsa.

Jonathan se encogió de hombros con despreocupación. Parecía muy cómodo con todo aquello.

—Supongo que debe tratarse de un desafortunado error, pero no hay mal que por bien no venga. ¿No creen?

—Por supuesto —corroboró Helen Price que, estando sentada sobre la cama había variado su posición corporal. En aquellos momentos, su postura era regia y autoritaria. Estaba acostumbrada a que las cosas se hicieran como ella ordenaba y las

sorpresas no solían ser de su gusto—. Por Dios, acérquese más para que pueda verle mejor. —A la madre de Leonor no le ocurría nada a la vista, solo quería saber si su primera impresión era correcta—. ¿Cuál es su nombre, caballero?

Como si no hubiera prestado atención.

—Jonathan Wells a su servicio, señora. Y a la de ustedes —añadió, dirigiéndose esta vez a Roberta y Amelia—. Deben de ser las tías de mi querida Leonor —dijo con voz melosa.

—Leonor no nos había dicho nada —se quejó Amelia—. No sé por qué le tenía escondido.

Jonathan juntó sus labios, formando una línea recta con ellos. La tía de Leonor insinuaba que él no era el candidato perfecto y que con seguridad ocultaba algún secreto del que avergonzarse.

Pero qué equivocada estaba. Aquella familia lo adoraría en un abrir y cerrar de ojos. Lo prometía.

—Yo diría que es más bien discreta —explicó, dedicándoles una amplia sonrisa a cada una—. Estoy seguro de que saben el dechado de virtudes que es, así como que la discreción es una cualidad que la caracteriza. ¿No es eso adorable?

—Sabe que trabaja de dama de compañía —dijo su madre con un toque de censura. Jonathan asintió con la cabeza—. ¿Y lo aprueba?

Jonathan acercó a Leonor hasta la butaca que había estado ocupando y la hizo sentar con delicadeza. Él se situó a su espalda, apoyando las manos en el respaldo, rozando sus hombros.

—Lo prefiero mil veces a verla mendigar por la calle. O a que la obliguen a casarse con otro —puntualizó, para que quedara claro que condenaba sus acciones pasadas—. La duquesa viuda le tiene una gran afecto a Leonor y son más amigas que empleada y patrona. Pero cuando nos casemos ella tendrá todo cuanto desee sin tener que mover un solo dedo.

Helen pestañeó repetidamente. Una palabra en especial había captado su atención.

—Disculpe, ¿duquesa, dice?

—Eso me ha parecido escuchar —terció Amelia.

Jonathan rio internamente. Habían picado el anzuelo. ¿Quién iba a poder resistirse a un elevado miembro de la aristocracia inglesa incluso en el lejano Estados Unidos? Era demasiado goloso.

—Amor, ¿acaso no les has contado que Margaret, duquesa viuda de Dunhan, ha viajado hasta Boston con nosotros como prueba de su amistad? Su nieto, el actual duque, es mi mejor amigo y su esposa, la duquesa, adora a Leonor.

Otra mujer en su situación se hubiera enfurecido. Otra mujer en su situación echaría fuego por los ojos mientras internamente maldecía a Jonathan cien veces por haber inventado aquella mentira que la aprisionaba más contra la pared.

Ella no. Leonor mantuvo la compostura en todo momento y negó con la cabeza.

Estaba segura que Jonathan lo había hecho de buena fe, para ayudarla a salir airosa de los reproches de su madre, pero si la hubiera conocido más, sabría que ella prefería encarar la verdad a esconderse tras una farsa.

Era innegable que su madre había pasado de una terrible decepción a una gloriosa esperanza. Ella se daba cuenta, Jonathan también... En fin, todos lo hacían. Su hija, una causa que ya parecía perdida, fuente inagotable de sus pesares, había encontrado a alguien dispuesto a casarse con ella. Y lo que era mejor, parecía un hombre rico, caballeroso, bien posicionado socialmente y sin nadie que lo coaccionara para aceptar unir su vida con ella.

Al contrario que su madre, a Leonor aquel compromiso no le pareció aire fresco para respirar. La flagrante mentira la situaba, de nuevo, en una posición delicada.

Llena de confusión, hizo lo único que podía hacer en aquellos momentos: trató de relajar su expresión y pasó a relatar su vida como dama de compañía junto a la duquesa viuda. Una vida que al final resultó ser del agrado de su madre.

¡Santo Cielo, bendito fuera el poder de la nobleza!

Y así, pensó, que entre tanta narración sobre bailes, meriendas campestres, visitas ilustres y fastuosas bodas ducales podría conseguir que Helen Price se olvidara del supuesto compromiso.

Vana esperanza.

\*\*\*

—Es inexcusable lo que ha hecho, señor Wells —expuso Leonor, saliendo de la casa con paso decidido. Su tono seguía siendo tan calmado y melodioso como siempre, pero su interior hervía de indignación—. ¿Quién le ha pedido que intervenga en mis asuntos?

Jonathan echó a andar, pisándole los talones. Él no creía que todo el asunto fuera

tan reprochable.

—Deberíamos tomar un carruaje —objetó al verla tan decidida a ir hasta el hotel a pie.

—Tómelo usted —respondió sin mostrar la mínima acidez—. Creo que necesito un paseo.

—No sé por qué estás tan molesta conmigo, Leonor.

—Porque no ha pensado en las consecuencias de sus actos.

En aquel punto ella tenía razón.

—No mucho, la verdad. —Pero aun así, él sabía sacarle el máximo provecho a aquella situación—. ¿Es que no deseas hacer las paces con tu madre? Porque ahora tienes la oportunidad de hacerlo.

Leonor refutó al instante su consideración.

—¿Inventándome un cuento fruto de su imaginación, señor Wells? Gracias, pero no. ¿Sabe lo que ocurrirá cuando se entere de todo?

Ni siquiera quería imaginárselo.

—No tiene por qué hacerlo. Podemos disolver el compromiso cuando estimes oportuno.

Leonor se detuvo de golpe y volteó para encararse a él. Realmente, era muy ingenuo.

—¿Otro? ¿Con uno a mis espaldas no es suficiente? —Siete años de separación con su madre era lo que había conseguido por oponerse al matrimonio con Adam Henderson. Saber que en realidad ni Jonathan ni Leonor estaban pensando en casarse sería como una broma de mal gusto para ella. O peor, como una afrenta personal que haría imposible la reconciliación entre ambas.

A saber en qué diantres estaba pensando Jonathan.

Por un momento tuvo una inquietante sospecha. En los últimos meses había participado en una farsa que terminó en el enamoramiento de su mejor amigo con Edith Bell, con un protagonismo más que destacable. A Jonathan le resultó de lo más grato y divertido hacerlo, como si conspirar con la duquesa viuda pudiera sacarlo del aburrimiento con el que había llegado a Stanbury Manor.

¿Estaría haciendo lo mismo con ella?, se preguntó. Tal vez se hubiera peleado con Isobel y aquel viaje sirviera como excusa para poner distancia entre ellos.

—¿Acaso lo encuentra divertido? ¿Estoy siendo un buen entretenimiento para

usted?

Jonathan la miró con el ceño fruncido.

—¡Por Dios, no! —exclamó ofendido ante semejante pregunta—. Te tomo muy en serio, Leonor.

Ella no se dejó embaucar por su galantería.

—Ha confirmado delante de tres testigos que piensa contraer nupcias conmigo. Sabe, si fuera una mujer mezquina podría exigirle que cumpliera su palabra hasta el final.

El comentario le hizo gracia. Él no se esperaba que Leonor saliera con aquello.

Le regaló una sonrisa que consiguió contrariarla.

—¿Lo vas a hacer? Obligarme, quiero decir.

Su tono era retador y hasta cierto punto artero. Tuvo la terrible sensación de que estaba jugando con ella.

—Por supuesto que no —negó tajante—. ¿Sabe qué? ¡Prefiero mil veces la compañía de Georgette!

Leonor prosiguió su camino sin dignarse a dirigirle la mirada mientras la carcajada de Jonathan permanecía flotando en el aire.

La mesa de desayunos estaba situada discretamente en un rincón, junto a un ventanal abovedado, y franqueada por un par de palmeras que sobrepasaban la altura de Leonor. Con el sol filtrándose agradablemente a través del cristal y las finas cortinas, la joven se concentró en la taza de porcelana que sostenía en las manos. De fondo escuchaba el parloteo de la duquesa viuda y las lacónicas respuestas de Jonathan.

La noche anterior, Margaret había sido puesta al corriente de la nueva situación. Decir que se había sorprendido era poco. Sin embargo, fue bastante parca en palabras. No dio consejos ni advertencias; solo les prometió que los ayudaría todo lo que pudiera.

Quiso agradecerle su buena predisposición, pero Leonor no estaba segura de poder sostener aquella mentira. O de querer, aunque todavía no había decidido nada. Por lo pronto, ese día se trasladaría a su antiguo hogar junto a una invitada especial: la duquesa viuda, que había aceptado encantada hospedarse con los Price. Jonathan, en cambio, permanecería en el hotel. Su madre consideraba que debían guardarse las buenas formas y tener a los prometidos bajo el mismo techo podría suscitar comentarios malintencionados.

A pesar de su pie hinchado y el dolor que comenzó a sentir en él, Helen Price comenzó a organizar una elegante cena familiar sin el consentimiento de nadie. Estaba encantada ante la perspectiva de un buen matrimonio. Leonor contaba ya con veintisiete años y sería imposible, bajo su punto de vista, hallar un partido decente. Eso sin tener en cuenta la obstinada reticencia de la joven. Sin embargo, no estaba dispuesta a entregarla a cualquier truhan con ínfulas. Aunque las primeras impresiones eran favorables, todavía estaba por decidir si el señor Wells era apto para el puesto y podía darle el visto bueno, o se trataba de un bribón que había engatusado a su hija.

Someterlo a una intensa inspección le daría la oportunidad de averiguarlo.

Una cena con toda su familia y con Jonathan como prometido era lo último que le apetecía a Leonor. Porque era una farsa, por supuesto. Ella era la reina del sosiego y el saber estar, pero solo de pensarlo se sentía intranquila. No deseaba ser juzgada por sus siete años de ausencia y por lo que había decidido hacer durante todo ese tiempo.



¿Y lo peor de todo? Que debería soportar Adam Henderson, su antiguo prometido. Su madre había tardado poco en ponerla al tanto de lo que se había perdido: su prima Beatrice y él habían acabado por casarse.

Saberlo la indignó. No porque tuviera el mínimo sentimientos por Adam —acaso el desprecio—, sino porque la habían tratado como si fuera tonta. Ambos habían sido amantes durante su largo compromiso y si ella lo supo fue por pura casualidad. Lo sentía como una burla y para colmo de males ahora debía soportarlos.

¡Por culpa de ellos había roto la relación con su madre y había estado alejada de casa durante siete años!

Si tanto deseaban estar juntos, ¿por qué no lucharon por ello?

Suspiró en silencio, dejó la taza sobre la mesa y tomó un pedacito de manzana cortada para dárselo a Georgette, que aguardaba sobre el respaldo de una silla vacía.

Notó cómo la mirada de Jonathan se posaba sobre ella e hizo ver que no se daba cuenta.

Era peligroso el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Estar prometida, aunque de forma simulada, no entraba en sus planes y mucho menos con el hombre que invadía su pacífica vida sin apenas hacer ruido. A Leonor le preocupaba que sus sentimientos fueran a intensificarse. Su humor, a veces irreverente; su agudo ingenio y el modo en el que se tomaba la vida ya la habían conquistado unos meses atrás. Pero había sufrido una terrible desilusión en Stanbury Manor cuando comprendió que su relación era amistosa y poco más; que él amaba a otra.

No deseaba darse de bruces contra el suelo.

Así que sería un alivio trasladarse a la mansión y no tener que verlo a todas horas. Aunque tampoco podía escabullirse. El modo en el que Jonathan se había entrometido en su vida la obligaría a pasar tiempo a su lado, a actuar frente a toda la familia.

La pregunta era: ¿tendría suficientes fuerzas como para resistirse?

—Guacamayo afortunado —oyó decir por encima de sus pensamientos. Jonathan la observaba con intensidad, mientras que la duquesa viuda escondía su sonrisa tras su taza de porcelana—. Vas a malcriarla.

Era un hecho que Jonathan la mimaba en exceso con la comida. Y eso solo era la parte más insignificante. Trataba a Georgette como si fuera una amiga o una compañera de incansables fatigas, toleraba sus irreverencias y a veces incluso las celebraba. Además, la llevaba consigo a todas partes, sin importar le lo más mínimo

los celos que despertaba en los demás.

No hacía ni un día que se hospedaban en el hotel y el animal había despertado tanta curiosidad como animosidad.

—¿Más que usted? —le contradijo Leonor. Hacía tiempo que Jonathan había dejado a un lado la formalidad y la tuteaba. Ella, en cambio, seguía apegada a aquel convencionalismo social. Por lo menos mientras no estuviera su familia presente—. Georgette, ¿quieres más manzana?

—¡COMIDA!

Leonor no se hizo esperar y volvió a darle un trozo de fruta.

—Si uno la conoce bien, es imposible no caer rendida a sus encantos.

La carcajada de Jonathan surgió de improviso, valiéndole alguna que otra mirada de reprobación de las mesas vecinas, que ya aguantaban bastante con el ocasional griterío del pajarraco azul y amarillo. Sin embargo, para Leonor, verlo sonreír hizo que su corazón se acelerara de un modo alarmante.

—¿Estamos hablando del guacamayo? —preguntó Jonathan, con expresión divertida y recostándose en el respaldo de su silla. Leonor pensó que esa mañana había amanecido más atractivo de lo habitual—. Georgette no es santo de devoción de nadie que conozca. Como mucho la toleran.

Como primera impresión, el guacamayo solía causar entusiasmo. Su plumaje colorido y su comportamiento majestuoso eran vistos, tanto por las clases aristocráticas como los plebeyos, como un producto exótico al que admirar. Después... bueno, lo cierto era que las opiniones variaban.

—Solo unos pocos pueden apreciar su esencia —murmuró Leonor, esbozando una sonrisa fugaz. ¿Quién iba a decirle a ella que durante un mes se convertiría en niñera de semejante pájaro? Y todo por un capricho del mismo animal—. Es escandalosa, entrometida, inoportuna y estafalaria, así que solo unos pocos elegidos pueden apreciar su esencia —repitió.

—Con debilidad por ciertas damas, añadiría yo.

—Todos esos calificativos me son familiares —intervino la duquesa viuda, de repente de tan buen humor como los presentes—. Me atrevería a decir que animal y amo se parecen más de lo que había pensado... o que ambos tienen los mismos gustos.

—¿En cuanto a la comida o a las mujeres?

—Dejaré que vosotros lo decidáis —dijo mientras trataba de levantarse. Leonor

acudió de inmediato a ayudarla—. No es necesario, niña. Solo voy a buscar mi chal. Me lo he dejado olvidado en mi habitación.

—Yo iré —se ofreció Leonor con la amabilidad que la caracterizaba y Margaret volvió a sentarse. Estaba tan acostumbrada satisfacer las necesidades de la duquesa viuda que no le suponía ningún esfuerzo.

—No tienes por qué hacerlo. No es tu deber —trató de hacerle comprender ella—. Por lo menos no en este viaje.

Desde su posición, Georgette movía la cabeza mirando a Jonathan y Leonor. Ella estaba a punto de marcharse y el animal parecía estar decidiendo con quién quería quedarse. Finalmente, voló hasta posarse sobre el hombro de la joven.

Los labios de Jonathan dibujaron una mueca socarrona.

—Desagradecida.

Leonor ladeó el rostro y se quedó mirando la mesa de desayuno, donde Jonathan y Margaret permanecían sentados.

—Solo tiene buen gusto —declaró, al tiempo que se daba la vuelta y salía del comedor.

Mientras se alejaba, Jonathan no apartó los ojos de su figura. Era una mujer que sabía ganarse el cariño de los demás con la suavidad de sus formas, con un alto sentido de la lealtad y la dignidad que la caracterizaba. Además, había encandilado a Georgette y aquello ya era una prueba de su saber hacer y sus limpios sentimientos. Tal vez careciera de belleza, pero su encanto lo compensaba con creces.

Isobel, en cambio, era tan hermosa que dolía. Y le había hecho perder la cabeza durante años. Pero ese sentimiento conllevaba culpa, una culpa sobrecogedora que no le había dejado seguir adelante con total libertad. Había sido un imposible aceptar que la mujer que deseaba y amaba había besado a su padre, yacido con él. Eso y que ella no pareciera interesada en él como hombre, lo había mantenido siempre a una distancia prudencial.

Se dijo que a estas alturas de la vida, si debía escoger prefería la sencillez a la sofisticación.

Era extraño que hubiera tardado tanto tiempo en comprenderlo.

La duquesa viuda dijo unas palabras en las que él no reparó y tuvo que sacarlo de su ensimismamiento con un suave apretón en el brazo.

—Jonathan, querido. Ahora que estamos a solas, me gustaría que contestaras a unas

cuantas preguntas.

Él enfocó su atención en la anciana.

—Adelante.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Por qué lo has hecho?

A pesar de no ser muy precisa, Jonathan sabía de qué estaba hablando.

Se hizo silencio. Él también se había hecho la misma pregunta repetidamente, aun asegurándole a la propia implicada que había sido por ella.

Se encogió de hombros.

—Actué por instinto. Verá, yo estaba esperando en el corredor. Leonor se había dejado la puerta entreabierta y desde donde estaba podía escuchar perfectamente la conversación del interior. Leonor decidió ser honesta con su madre y contarle lo que había estado haciendo. Me refiero a que trabaja como dama de compañía. Como es de imaginar, los reproches de la señora Price no se hicieron esperar. —La duquesa viuda asintió con la cabeza—. No podía quedarme de brazos y permitir que la avasallara de ese modo.

—Así que decidiste salvarla y te erigiste como un caballero de brillante armadura —concluyó ella con satisfacción.

Aunque no lo había manifestado en voz alta, la duquesa viuda estaba encantada con aquel plan que había salido de la nada. Era de lo más oportuno. Leonor le era una persona muy querida y deseaba para ella una total felicidad. Y era obvio que aquel par albergaba sentimientos entre ellos. También comprendía las dudas de Leonor respecto a la otra mujer, pero las acciones de Jonathan indicaban que su cercanía no se debía solo a su reciente amistad. Así que aquel compromiso bien podía ser la catapulta que necesitaban para ser sinceros el uno con el otro.

Le agradaría tanto...

—Más o menos. —No fue premeditado, más bien un impulso.

—¿Y eso es todo? ¿No hay ningún motivo oculto?

Él le dedicó un guiño a Margaret, pues era una mujer tan astuta como entrometida.

—No creo que sea justo juzgarla porque sigue soltera. Tal vez sea porque no ha encontrado el hombre adecuado.

En su interior la anciana mostró regocijo por esas palabras. Se lo tomó como una declaración de intenciones. Sin embargo, eso no significaba que todo estuviera hecho.

—¿Y ese serías tú? —no pudo evitar preguntar.

Jonathan esperó unos segundos antes de contestar. No había hablado de ello con nadie ni había puesto las palabras en alto. La irrupción de Isobel en Stanbury Manor había roto su dulce interludio con Leonor y la posibilidad de entregarse a ella por completo. Y eso le fastidiaba sobremanera.

Jonathan no estaba seguro de haber superado su enamoramiento anterior. Por lo menos no del todo. En las últimas semanas Isobel le había fastidiado más que agradarle y en parte aquel viaje a Boston había sido para huir de ella. Pero, ¿sería una clara señal de que sus sentimientos por ella se habían desvanecido?

Por otro lado, la joven dama de compañía lo enloquecía a veces y ansiaba traspasar esa línea invisible que ella había dibujado. Odiaba que la lastimaran o menospreciaran y estar a su lado era un placer. Quería ayudarla en todo lo que le fuera posible, pero era demasiado arriesgado afirmar que ambos estaban hechos el uno para el otro.

—No lo sé. Quién conoce los entresijos del corazón. Me gusta Leonor y la admiro por cómo es. Me siento a gusto a su lado y deseo conocerla más profundamente. Si ella me dejara...

Había unas veces en que la joven parecía sentirse muy a gusto en su compañía y ambos compartían un sentimiento afín sin la necesidad de poner las cartas sobre la mesa. Otras se mostraba demasiado esquiva y silenciosa.

Un pensamiento cruzó por la mente de Jonathan.

—¿Le ha hablado a usted de eso?

Las dos mujeres compartían muchas horas juntas y, aunque Leonor nunca habló de su pasado, tampoco era descabellado pensar que la joven se hubiera confesado con su patrona.

Un rayo de esperanza nació dentro de él. Jonathan se dijo que no hacía mucho la duquesa viuda y él habían sido cómplices en un enredo que terminó en boda. Bien podían volver a serlo.

Margaret alzó las pestañas y lo miró con atención. Sus ojos brillaban de un modo especial.

—No puedo traicionar su confianza.

Ella no se mostró tan colaboradora como hubiera esperado, pero el tono en que lo dijo, sutil y cargado de advertencias, le hizo ver que debía mirar más allá de las palabras.

—Entonces, eso es un sí —insistió él.

—O un no —terció ella—. Solo voy a decir que des tiempo a Leonor. Este compromiso que inventaste te servirá no solo para explorar tus nuevos sentimientos, sino también los de ella.

Era lo justo, opinó Jonathan.

—Está bien —aceptó—. Pero dígame: ¿cuento con su ayuda?

Una sonrisa escandalosamente confabuladora se dibujó en sus labios.

—Incondicionalmente.

\*\*\*

Después del desayuno y antes de organizar su traslado, Leonor decidió salir en busca de su primo para solucionar de una vez por todas el malentendido en cuanto a la enfermedad de su madre. Necesitaba asegurarse de que era un invento y alejar cualquier resquicio de duda que le quedara. No fuera a ser que Helen Price les ocultara algo tan importante.

En cuanto a Jonathan, a saber por qué había insistido en acompañarla. En cambio, Margaret había preferido quedarse para dar un paseo con su doncella por los alrededores del hotel y conocer así un poco más la ciudad.

Leonor pensó en ello de nuevo mientras el carruaje se desplazaba a través de las calles y los caminos polvorientos que conducían hasta la refinería de la que Kenneth era el máximo responsable. Solo el tobillo de su madre parecía suscitar preocupación en los demás; lo había comprobado con las palabras de sus tías y del doctor. Si uno no tenía en cuenta la reciente lesión, ella parecía completamente sana. Así que sospechaba que en realidad era una artimaña de Kenneth para traerla de regreso a Boston.

Pero desconocía su propósito.

Jonathan tenía su propia teoría. Retorcida, eso sí.

—Kenneth desea apartarte de la herencia de tu madre de una vez por todas para quedarse él como único beneficiario de su testamento —opinó.

—¡TESTAMENTO! —exclamó el guacamayo—. ¡TESTAMENTO!

—Georgette está de acuerdo —asintió con satisfacción, como si el animal fuera lo suficientemente inteligente como para entender de conspiraciones—. Tu primo debe

estar convencido de que al seguir estando soltera y haberte visto obligada a trabajar para ganarte tu sustento, si tu madre lo descubriera, terminaría por desilusionarse contigo.

Leonor lo desestimó al instante.

—Bonita teoría —se burló ella—, pero en mi familia no somos tan maquiavélicos.

Él alzó una ceja con escepticismo.

—Perdona si no estoy de acuerdo. ¿Es mi imaginación o en realidad el señor Henderson, que fue tu prometido con anterioridad, es el esposo de tu prima? Ni siquiera esperó a que se enfriara tu tumba. Unos pocos meses fueron suficientes para que contrajeran matrimonio.

Leonor a punto estuvo de sonreír por el uso de palabras.

—Pero yo no estaba muerta. Y además, fui yo quien le dejó.

—Puede ser, aunque eso no les exculpa. No hay que olvidar que mantenían una licenciosa relación a tus espaldas.

—Adam y Beatrice no tienen nada que ver con Kenneth. Son de otra rama de la familia. Y mi primo es totalmente distinto. No se deja deslumbrar por el brillo del oro.

—Tal vez estás describiendo al hombre que conocías. Han pasado siete años, Leonor —le recordó.

Ella tuvo un momento de duda.

—Mi madre me desheredó tan pronto puse un pie en la calle —esgrimió la joven. Tal vez Kenneth ya no era como antes, pero no tenía ningún motivo para odiarla.

Jonathan ladeó el rostro y clavó su mirada en ella.

—¿Estás segura? Que te amenazara con hacerlo no significa que lo hiciera. Tal vez mantuvo la esperanza de que un día regresaras. Por eso tu primo ha urdido todo este plan.

—¿Por eso ha insistido en acompañarme? ¿Sospecha que pueda atentar contra mí?

Le parecía un tanto exagerado, por no decir mucho.

—No quiero que te lastimen, Leonor.

La sinceridad de Jonathan consiguió que la joven dejara a un lado sus reticencias. Levantó la mirada y se topó con unos ojos verdes que brillaban con intensidad.

Tuvo la desconcertante sensación de que podían atravesar su alma.

Sería fácil amarlo, susurró su voz interior. Estaba segura de ello. A pesar de

ciertos aspectos un tanto extravagantes, Jonathan era cálido, afable, leal y carente de maldad. Era como una brisa fresca en su alma, tan esperado como un soleado verano, tan protector como un ansiado abrazo. Y sospechaba que muy apasionado.

Solo de pensarlo le sobrevino un temblor, que consiguió disimular haciendo ver que se acomodaba bien en el asiento del carruaje.

Era prácticamente imposible no reparar en todo ello, aunque bien se decía que no se lo podía permitir.

Trató de aligerar el ambiente, que de repente parecía cargado.

—Si lo que usted dice sobre Kenneth fuera cierto, él se llevará una terrible desilusión al enterarse que mi madre me ha invitado a quedarme —comentó con voz desapasionada. No es que recelara de su primo, pero tampoco quería pecar de confiada.

Tal vez en el fondo Jonathan tuviera una pizca de razón.

—Seguro —acordó él—. Solo con observar su reacción seré capaz de discernir sus intenciones. —Ella frunció los labios en un gesto apenas perceptible. No obstante, Jonathan mantenía los ojos clavados en ella y en sus movimientos, por lo que terminó dándose cuenta—. ¿No está de acuerdo?

—¿De sus dotes de percepción? No sabía que mi prometido poseía tales cualidades.

Leonor lo comentó de forma distendida. Él parecía tan seguro de sí mismo y de sus suposiciones que no pudo evitar sonar irónica. Y lo que parecía una pulla sin importancia se convirtió en un momento embarazoso, porque de inmediato se dio cuenta de que se había extralimitado. Acaba de hablar como si en realidad ambos estuvieran prometidos y no como la farsa que en realidad era.

Hizo un esfuerzo por no enrojecer.

Por suerte, él la sacó del apuro.

—Si Kenneth te da una afectuosa bienvenida y parece verdaderamente contento por tu regreso, como se esperaría de dos primos que no se han visto en años, habrá que escuchar sus explicaciones, si no... —Jonathan calló durante unos segundos—. Un rictus en su rostro será suficiente para delatarle.

—Bien, no tardaremos demasiado en averiguar sus intenciones.

Leonor siguió conversando, aunque esta vez lo hizo sobre la refinería de azúcar, de la cual su madre era la propietaria. Si bien no se trataba de la única fuente de ingresos



de la familia, sí que era el grueso de la fortuna que amasó su difunto padre.

Le contó la historia desde el principio.

Antes de su nacimiento, Brandon Price viajó hasta Inglaterra para comprar los planos y comprender el proceso de producción. Después hizo construir un edificio de siete pisos y más de doscientos pies cuadrados, compró la maquinaria necesaria y contrató a noventa empleados.

—En los comienzos consiguió refinar seis millones de libras de azúcar anuales, pero en pocos años alcanzó una cifra que superaba los treinta millones, consiguiendo ampliar la refinería y el número de empleados hasta doscientos.

Jonathan silbó por lo bajo.

—Así que se trata de un negocio lucrativo. ¿Quién hubiera creído que el azúcar daba para tanto?

Antes y durante el viaje a Estados Unidos, Leonor había hecho mención a lo próspera que era su familia y las buenas relaciones que tenían, tanto en la ciudad como en el Estado de Massachusetts. Pero relatarlo no era lo mismo que comprobarlo. Y la magnífica mansión que servía de hogar de los Price era la prueba de ello, pues no desentonaría nada entre los barrios más aristocráticos de Londres.

Aun con todo ello e ignorando a cuánto se pagaba la libra de azúcar, calculó muy por encima que los negocios que el propio Jonathan había heredado de su padre y que administraba en la actualidad generaban unas ganancias muy superiores. Sus riquezas se diversificaban en la explotación de minas distribuidas por todo el mundo, inversiones diversas en Inglaterra y el Caribe e incluso se atrevía con el comercio a gran escala en tierras tan lejanas como Oriente. Lo que sucedía era que se sentía un tanto hastiado.

Hacía tiempo que se decía que necesitaba un cambio.

El carruaje torció a la derecha y tomó un camino que discurría paralelo al muro de piedra que rodeaba la propiedad.

—Estamos llegando —le advirtió Leonor.

En aquel punto el mar estaba cerca. El olor salino era intenso y el sonido de las gaviotas inconfundible. Jonathan suponía que habría algún puerto cercano que facilitaría el transporte de las cargas.

Apenas pasaron unos segundos antes de que el carruaje se detuviera ante una puerta rejada en donde un guardia se ocupaba de la vigilancia. Cuando reemprendieron la

marcha, Jonathan inspeccionó los alrededores a través del cristal con solemne silencio. Poco a poco fue viendo un numeroso grupo de construcciones bajas, en el que sobresalía un edificio de ladrillo rojo que contaba con una enorme chimenea sacando humo negro.

Cuando llegaron a su destino, Jonathan se bajó primero y ayudó a Leonor a hacerlo. Después echó un vistazo a su alrededor, pagó al cochero y le ofreció un generoso incentivo para que los esperara. En otras circunstancias habría decidido hacer una visita guiada por la refinería para comprender el modo en que funcionaba. No obstante, tanto Leonor como Margaret debían dejar el hotel y más tarde tendría lugar la merienda con su suegra, una mujer a la que deseaba agradar.

Se dijo que enviaría al señor Pickens, que desde su llegada tenía poco o nada por hacer, y le pediría que averiguara si se traba del negocio lucrativo que parecía. Nunca se sabía.

Tras eso, solo fue cuestión de minutos que un tal señor Miller, el secretario, los condujera hasta el despacho que ocupaba Kenneth Saunders, el primo de Leonor por parte de madre.

Kenneth se levantó de su silla y se acercó a ella con una sonrisa pintada en el rostro. A sus treinta y tres años había perdido su encanto juvenil, sustituyéndolo por un aspecto más maduro y ganando también un poco de peso que no le sentaba mal.

Antes de abrazarla exclamó:

—¡Prima!

A Leonor le pareció detectar una pizca de alivio en su voz entremezclada con la sorpresa y la alegría. No había rastro de rencor o de perversas maquinaciones.

Estuvo tentada a mirar a Jonathan y decirle: «¿Lo ves? Tu instinto te ha fallado», pero tampoco deseaba vanagloriarse. Además, Kenneth la mantenía bien sujeta.

—Por amor de Dios. ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo no me has avisado?

—Acabo de hacerlo —contestó ella con calma—. En cuanto fui a ver a mi madre y comprobé lo sana que estaba pensé en ti de inmediato.

Lo vio tragar saliva y retraerse de inmediato. A continuación desvió la mirada hacia su acompañante.

—Y el caballero es...

Este le tendió la mano.

—Jonathan Wells, el prometido de Leonor.

Kenneth abrió desmesuradamente los ojos, mientras que Jonathan lo contemplaba con recelo. Sus sospechas parecían tener cierto fundamento.

—¿Sorprendido?

—Bueno, sí. Pero no es que no me alegre por ti, prima —se afaná a explicar—. Cuando mandé averiguar dónde te habías metido y qué era de tu vida nunca se me informó de que estabas prometida. Os doy la enhorabuena.

—Usted, señor Saunders, acaba de dar en el clavo. A Leonor y a mí nos encantaría conocer los motivos por los que se puso en contacto con ella, pues no parece que se trate de la salud de su querida tía. Eso o ha tenido una recuperación milagrosa —comentó, mordaz.

Kenneth se revolvió las manos, nervioso. Finalmente, suspiró sonoramente.

—Todo tiene una explicación de peso —dijo mirando a uno y a otro—. Debía buscar un buen motivo por el que quisieras regresar.

—Así que confiesas que me engañaste.

Él asintió, despacio.

—Sí, lo hice.

—Pero, ¿por qué? —quiso comprender ella.

—Tomad asiento, por favor —les pidió—. Creo que ambos lo entenderéis en cuanto os lo explique. —Kenneth hizo una pausa mientras la pareja se sentaba en un cómodo sillón del despacho. Él tomó una silla y la situó frente a ellos. Entrelazó los dedos de sus manos sobre el regazo y dejó vagar la mirada—. A lo largo de los años —comenzó diciendo—, tu madre ha realizado diversas donaciones a la Boston Society of Natural History. Se trata de una generosa benefactora. Eso me ha permitido entablar, con el tiempo, una amistad con varios de sus miembros. Hay doctores, científicos, ingenieros, entomólogos e incluso paleontólogos. —Leonor se preguntó qué tendría aquello que ver con su regreso, pero decidió ser paciente—. Hace por lo menos tres años que se habla de organizar una expedición al continente africano, un lugar donde los exploradores apenas han pisado. ¿¡Os imagináis!?! —exclamó con tal apasionamiento que tomó desprevenida a la joven.

Ella y Jonathan cruzaron una mirada.

—¡RAYOS! —opinó Georgette, que de repente pasó a acaparar toda la atención.

Su primo se quedó estupefacto. Había reparado en el guacamayo en cuanto Jonathan entró en el despacho. Sus plumas amarillas y azules eran de dignas de

contemplar, pero su reencuentro con Leonor y las posteriores explicaciones habían hecho que lo olvidara por unos instantes.

Ahora todo era distinto.

—No tengas en cuenta sus exabruptos —le aconsejó Jonathan.

—¡Habla! —Ser testigo de la claridad con la que se expresaba aquella criatura era un privilegio. Sus amigos de la sociedad le envidiarían por habérselo perdido.

—Por supuesto que habla. Eso sí, la mayor parte del tiempo solo dice estupideces.

Leonor disimuló una sonrisa, pero Georgette no parecía estar de acuerdo con su amo.

—¡MALDITO BRIBÓN!

Kenneth no podía apartar los ojos de Georgette.

—¿Es así todo el tiempo?

Jonathan puso los ojos en blanco.

—Más de lo que uno desearía. Le encanta el espectáculo. Es tan dramática como una buena ópera.

—¿Ha pensado en venderlo? Conozco a unos cuantos que...

Al guacamayo no le gustó nada aquella idea. Comenzó a lanzar una serie de chillidos mientras batía las alas, para luego echarse a volar por la habitación.

—Le tiene mucho aprecio —le explicó Leonor a su primo con voz baja—. Será mejor que no vuelvas a sacar el tema.

Kenneth asintió con la cabeza, impresionado.

Jonathan tardó un par de minutos en calmar al animal. Las amenazas no servían demasiado con él, así que moduló su tono hasta sonar tranquilizador.

—Nadie va a venderte —le dijo finalmente.

Tan pronto el animal se sintió convencido regresó a su hombro.

Después de recuperar la calma, su primo se disculpó. No había sido su intención ofender a nadie. Solo entonces pudo regresar a sus explicaciones.

Carraspeó.

—Como decía, después de muchos debates en el seno de la sociedad se decidió preparar la tan ansiada expedición, recaudando fondos, preparando permisos, trazando metas.... Tras meditarlo en profundidad yo decidí unirme a ellos. No hay nada que me gustara y emocionara más.

Leonor abrió la boca. La teoría de Jonathan acababa de venirse abajo.

La sorpresa dio paso al recelo.

—Espera un segundo. ¿Te marchas a un lugar del que nadie ha escuchado hablar?

—Precisamente por eso.

—Pero es peligroso —protestó. Su primo era un hombre de despachos. No estaba hecho para correr aventuras.

—¿Crees que no soy consciente de ello? Todos los somos, pero estoy dispuesto a arriesgarme. Leonor, Lobengula, rey de los Ndebele, nos ha concedido permiso para explorar el territorio que queda entre el norte de Transvaal y el sur de la cuenca del río Congo. Un par de colaboradores, que partieron hace seis meses, nos esperan en una región llamada Matabeleland. El resto de la expedición partirá de Boston en menos de un mes.

—¡Un mes! ¿Quién de la familia lo sabe? —su madre por supuesto que no, de otro modo hubiera puesto el grito en el cielo.

Kenneth bajó el rostro, antes de responder.

—Ahora tú y tu prometido.

—¿Nadie más? Por Dios, ¿cuándo ibas a contárselo?

—Estaba esperando que tú regresaras, pero no podía demorarse mucho más. Por eso me inventé lo de la enfermedad de tía Helen. Si te reconcilias con ella me será más fácil renunciar a la refinería y a todas sus finanzas, porque tú eres su heredera y a ti te corresponde manejar tu patrimonio. Y más ahora que tienes a tu prometido. Él puede hacerse cargo de todo.

Leonor pensó que era improbable, pero no lo dijo. Suficiente tenían entre manos con un compromiso ficticio y un primo que amenazaba en huir. Su madre estallaría en cólera cuando fuera consciente de todo.

Por un momento pensó que permanecer en Stanbury Manor hubiera sido más seguro que embarcarse hasta casa.

—¿Ese era tu plan desde el principio?

—Sí —reconoció—. Por favor, Leonor —le rogó—. ¿Me ayudarás?

—Vaya —murmuró Jonathan por lo bajo—. Esto sí que no lo vi venir.

La cena organizada por Helen para celebrar el regreso de Leonor era un evento familiar que algunos de los invitados se tomaron con mucha seriedad. La curiosidad espoleaba a algunos y la malicia a otros, pero cabía decir en honor a ellos que parecían haberse esforzado en dar lo mejor de sí «al menos en apariencia».

Leonor sabía que su madre no había tardado en comunicarles que había vuelto a casa con un prometido y en compañía de una duquesa. Eran detalles que una mujer como ella no podía dejar de hacer notar y que sabía suscitarían toda clase de comentarios.

A la cena habían acudido su tía Roberta, que al vivir allí solo había tenido que abandonar sus habitaciones y bajar las escaleras; su tía Amelia acompañada de sus tres hijos, uno de los cuales era Kenneth, que se limitó a guiñarle un ojo y a fingir que su visita a la fábrica no había sucedido y, a falta de la hermana de su padre y su segundo marido, ya fallecidos, su madre invitó a la hija de esta, Priscillia y a Beatrice, la hijastra. Esta última casada en segundas nupcias con Adam, su antiguo prometido.

En total serían unas diez personas emparentadas más o menos directamente y los dos acompañantes de Leonor.

Como era de suponer, las muestras de alegría de casi todos sus primos eran genuinas. Siete años atrás algunos eran apenas unos niños, pero todos recordaban a Leonor con afecto y se apresuraron a abrazarla. Frases como «cuánto has crecido» y «qué guapo estás» eran las que salían de la boca de Leonor al ver sus evidentes cambios.

Priscillia fue quien la abrazó con más ímpetu que los demás. A ambas solo las separaban dos años de diferencia y habían mantenido una buena relación.

—Siento que te perdieras mi boda —apuntó con cierto reproche—. Y siento también que mi marido esté justo ahora en la otra punta del país dando una conferencia. Me hubiera gustado que lo conocieras.

—Y a mí conocerlo —declaró Leonor con un deje de culpa—. Intentaré subsanar ese error.

Todos los que iban llegando quedaban prendados de Jonathan y Georgette. Para

justificar su presencia, este había esgrimido que de una forma u otra, el guacamayo daría vistosidad a la velada. Nadie, ni tan siquiera la estupefacta Helen, se había atrevido a contradecirle.

Por supuesto, la duquesa viuda también acaparó buena parte de la atención. Aunque en cierto sentido los americanos despreciaban a la nobleza del otro lado del Atlántico, de forma inevitable se sentían fascinados por ellos.

Lo primero que le habían preguntado a Leonor era cómo dirigirse a ella con corrección.

—Duquesa viuda o Su Gracia bastará —les explicó. También les advirtió que con una sencilla reverencia al ser presentadas las mujeres y una inclinación por parte de los hombres sería suficiente.

Los últimos en llegar, tal como si fueran los protagonistas de esa velada, fueron Beatrice y Adam.

Se pararon en la puerta esperando ser detectados, todo lo erguidos que sus columnas eran capaces de aguantar.

Al final, el mayordomo no tuvo más remedio que anunciarles.

—¡El señor y señora Henderson!

Leonor sintió un leve indicio de aprensión al oírle y se giró despacio, con un rostro impasible que le costó mantener y una expresión corporal tranquila y desenfadada. Todo falso.

El tiempo los había tratado bien. Ambos vestían con elegancia, lucían cada hebra de pelo y todos los dientes parecían estar en su sitio. Lo lógico y consolador hubiera sido que Adam mostrara una apariencia visiblemente envejecida y Beatrice estuviera ajada y con arrugas.

Con una sonrisa deslumbrante que Leonor advirtió como falsa, la pareja avanzó hacia el resto de familiares cogidos del brazo y en actitud expectante.

—Bueno. —Beatrice fue la primera en tomar la palabra—. Ya estamos aquí para contemplar con nuestros propios ojos la vuelta de nuestra hija pródiga.

Leonor se preguntó si solo ella captaba el leve indicio de malevolencia, pero no pudo hacer nada para impedir que se acercaran a ella y que su prima le diera un beso en la mejilla.

—Hola, Beatrice.

—Tienes buen aspecto.

Por supuesto, no podía dejar de referirse a él. Un «me alegro de verte» resultaba impensable.

—El mismo de siempre, me temo.

—Pero con unos años de más.

—Aunque apenas se nota, ¿verdad?

Helen Price intervino y Leonor no la bendijo por ello. Quería ser ella quien librara sus propias batallas.

Beatrice tuvo el buen tino de no responder. No obstante, la sonrisita apenas perceptible indicaba burla.

—¿Te acuerdas de mi marido, verdad?

—Cómo podría olvidarlo. —El comentario suscitó cierto momento de tensión que la misma Leonor eliminó al instante—. Me alegro de verte, Adam.

—Lo mismo digo, prima.

Hizo hincapié en su nuevo estatus, pero a Leonor no le importó. Al menos, no ahora.

—Bien, dejémonos de ceremonias, que vosotros ya os conocéis. —Helen retuvo la atención sobre sí misma y le confirió al diálogo una importancia ínfima—. A los que sí debéis conocer es a los invitados que han venido con Leonor.

La duquesa viuda avanzó la primera.

—Permitidme que os presente a Su Gracia, la duquesa viuda de Dunham —declaró con toda la pomposidad de la que fue capaz—. Una amiga y compañera muy especial de mi hija.

Por supuesto, el matrimonio no esperaba eso y sus rostros demudaron sorpresa por unas décimas de segundo. Helen Price había sido muy astuta en no dar a conocer ese detalle y tantos otros. Había pedido a sus hermanas silencio y ellas la habían complacido. La matriarca de los Price aprovechaba cada ocasión que se le presentara y esa no había sido la excepción.

Los Henderson se apresuraron a responder a la presentación.

—Señora —saludó Beatrice.

—Milady —respondió otro tanto Adam.

—No, queridos —les regañó Roberta interviniendo y simulando estar horrorizada por semejante desatino y falta de formas—. Lo correcto para dirigirse a una duquesa es refiriéndose a ella como *duquesa viuda* o *Su Gracia*.



Los otros dos barbotaron una serie de disculpas y se deshicieron en reverencias. Ambos estaban avergonzados, pero una parte de ellos ya visualizaba cómo iban a alardear entre sus amistades de conocer a una auténtica duquesa de Inglaterra.

Leonor, no demasiado ajena a sus verdaderos pensamientos, se regodeó con disimulo. Sabía que no era correcto hacerlo, pero el matrimonio sacaba lo peor de sí misma.

—Y por último, pero no menos importante —Helen dejaba lo que creía lo mejor para el final—, quisiera que conocierais al señor Jonathan Wells.

Todos los que allí se congregaban, incluidos los más jóvenes, sabían que la anfitriona no tenía prisa por revelar toda la información. El efecto sería más impactante si lo dosificaba.

Priscillia, la hermanastra de Beatrice, no estaba del todo conforme, aunque también creía que dado el reprochable comportamientos de ella y su ahora cuñado, ambos se merecían una pequeña sorpresa, que sospechaba, no sería muy bien recibida.

Como era de esperar, los dos recién llegados dirigieron toda su atención a él, examinándolo con atención, reparando en el guacamayo posado en su hombro y considerándolo falto de interés, hasta que las palabras finales que Jonathan sabía que llegarían, les haría abrir los ojos con sorpresa.

Había seguido el inquietante diálogo entre ellos y Leonor captando el leve desprecio y la superioridad que el matrimonio sentía por ella. También que esta se mantenía en una actitud de aparente falta de interés. Dado el conocimiento que tenía de su pasado temía que solo se tratara de una pose fingida.

Se preparó para hacerlos sentir menos importantes de lo que ellos creían ser, dado que el «señor Wells» que expresaron, no sugería tanto interés por el que demostraban sin apenas disimulo por Georgette. No tuvo que esperar demasiado.

—Este querido muchacho —Helen Price continuó mostrando un repentino afecto por él—, es el prometido de Leonor.

Si los Henderson mostraron sorpresa por la presencia de Margaret, lo que lucían ahora era absoluta y perpleja sorpresa.

—¡MATRIMONIO!

Georgette, que hasta ese momento no había dejado ver su encanto en todo su esplendor, rompió el silencio y los sobresaltó a todos. O a casi todos. Kenneth seguía sin quitarle el ojo de encima, fascinado.

Las mujeres se llevaron la mano al pecho y los hombres miraban al vistoso pájaro con los ojos desorbitados.

—¿Prometido? —balbuceó Beatrice al poco.

«Por supuesto, es lo único que su mente ha sido capaz de retener», pensó con cinismo Jonathan.

—A sus órdenes. —Lució su más deslumbrante sonrisa y se inclinó sobre la mano de Beatrice con una intachable y calculada inclinación. El beso en el guante fue cuanto menos perfecto, con la dosis justa de galantería y una pizca de admiración.

Solo Leonor, y tal vez la duquesa, captó la burla implícita con sus modales rimbombantes.

—¿Cómo es eso posible? —La voz de Adam rompió el hechizo y la mitad de las damas quedaron consternadas ante la falta evidente de educación.

¿Acaso sugería que nadie era capaz de enamorarse de Leonor?

—Quizás te sorprendas, Adam —intervino Kenneth—, pero no eres el único que posee el privilegio de enamorarse. Piensa que prometerse es la consecuencia natural del amor entre dos personas. —Era una pulla que hacía referencia tanto a Jonathan y Leonor como a lo que sucedió en el pasado.

Advertido al instante de su metedura de pata intentó rectificar.

—A lo que me refiero —continuó con una tensa sonrisa— es a que no es posible que nuestra Leonor se haya comprometido sin haberlo sabido.

Está bien, Jonathan podía aceptar que ese tal Adam tenía recursos. Ya se encargaría él de dejarle sin uno.

—Bueno —intervino Helen—, lo importante es que ya estamos todos enterados, así que sugiero que, sin más dilación, pasemos todos al comedor.

A pesar de ser doce comensales, la mesa ofrecía suficiente intimidad para que cada uno pudiera tener una conversación con el de al lado sin dejar de obviar al resto.

La mesa era presidida por la anfitriona en una punta y la duquesa viuda en otra, como deferencia y trato preferencial. Jonathan había sido sentado a la derecha de su «futura suegra» y Leonor delante pero dos sillas más alejada.

Georgette se había posicionado en la parte superior del respaldo de la silla que ocupaba su dueño.

Aunque la conversación fluyó sin inconvenientes, era de esperar que gran parte de ella girara en torno a Leonor. Jonathan observó sin disimulo y con cierto sentido de

admiración cómo la joven explicaba detalles de su vida sin ambages. Se mostraba serena y vital a la vez, tal y como Jonathan la recordaba de su estancia en Stanbury Manor durante la pantomima que organizaron para emparejar a su amigo el duque con Edith. Se daba cuenta de que echaba de menos esa forma de comportarse. Era capaz de relatar y responder a cada una de las preguntas con una dignidad admirables. La serenidad que mostraba la hacía resplandecer, o quizás era Jonathan el único que lo percibía así.

Y además estaba preciosa; o todo lo preciosa que una mujer como ella podía estar. Su sencillo y favorecedor recogido dejaba sueltas algunas hebras doradas que parecían bailar con cada movimiento de Leonor. Su vestido, de un lujo que nunca había visto en ella, era de seda azul con escote irregular rematado con encaje y con bordados en el corsé y bajo de la falda en seda y plata. Cuando habían estado de pie había percibido sin género de duda lo bien que se adaptaba a su cuerpo y lo interesante que le había parecido. La hacía asemejarse a una mujer sofisticada y mundana, efecto que su cuello esbelto y desnudo, junto con unas orejas pequeñas adornadas con unos pendientes de diamantes, intensificaba.

Sin embargo, su franca expresión y sencilla y encantadora sonrisa restaban importancia a esos detalles y la dotaban de una belleza que iba más allá de la apariencia.

Jonathan se sentía cautivado.

Parte de su cometido era hacer creer que estaba enamorado de esa mujer, pero había momentos en que la farsa se volvía en su contra; sobre todo cuando le lanzaba comentarios cariñosos, ardientes miradas o guiños cómplices —siempre dentro del decoro y con la insalvable distancia que suponía estar rodeado por casi una docena de personas pendientes de cada una de sus palabras— y ella respondía con medias sonrisas, leves sonrojos y elocuentes miradas que empezaban a ponerle nervioso. Casi parecían una pareja prometida de verdad. Pero no lo eran y Jonathan no debía olvidarlo.

Supo que estaba haciéndolo bien cuando los Henderson arrugaban más su ceño a medida que pasaba el tiempo y su actitud se volvía cada vez más sospechosamente encantadora.

El que sí se mostraba encantador era él. En eso no tenía ninguna dificultad; ni con Georgette a su lado. Si se lo proponía, gozaba del suficiente carisma para encandilar

a mujeres, hombres, niños y gente mayor sin distinción de ningún tipo. Siempre había sido así. De alguna forma sabía que todos estaban impresionados con su elegancia, su educación, su impecable atuendo y sus inagotables temas de conversación. Bueno, quizás los Henderson se resistían a admitir que la «pobre y fea» Leonor había sido capaz de encandilar a un buen partido como él. Jonathan esperaba desde hacía un buen rato a que intentaran hacerse con el control de la conversación, que habían perdido en aras de un ambiente predispuesto a pasar una velada encantadora.

—Todavía no le hemos oído decir en qué ocupa la mayor parte de su tiempo.

«Ahí está la primera mordida». Era una forma educada y nada disimulada de preguntarle si era alguien importante o solo un aprovechado.

—En esto y aquello. Jonathan no querrá aburrirte con los detalles.

Leonor respondió por él, intentando quizás no obligarlo a dar explicaciones. Por desgracia, su prima no estaba por la labor de mostrarse sutil.

—Oh, pero me encantan los detalles. ¿No es así, Adam, querido?

—En efecto. —Él mostró una odiosa sonrisa petulante que Jonathan aborreció—. Los detalles son la salsa de la vida.

Semejante estupidez no merecía respuesta. Por suerte o desgracia, Georgette no estaba de acuerdo con él.

—¡¡¡ATENCIÓN, DISPARATES!!!

La familia de Leonor, primero pareció asombrada. Luego, unas risitas de mofa inundaron la sobremesa.

—Lo pregunto —esgrimió Beatrice entre dientes— porque no sé si usted sabrá que Leonor es la heredera la fortuna de los Price.

Leonor se asombró. Sabía que confesar algo así no era algo que su prima hiciera por placer. No obstante, lo que más la sorprendía era que después de semejante afirmación, su madre no lo hubiera rebatido. ¿Acaso no la había desheredado?

—Sí, lo sé —y dicho aquello, calló. Jonathan se mostraba muy cómodo. La señora Henderson iba a llevarse una buena bofetada en pleno rostro, aunque no de forma literal, cuando le confirmara que no necesitaba perseguir a Leonor por su fortuna.

—¿Y bien? —azuzó Adam Henderson.

—Sé que me reprocha que no tenga un trabajo al que acudir cada día y en el que se explota a las clases trabajadoras de forma miserable. —Sus palabras falsamente compungidas aludían al efecto contrario—. Y puede que también se refiera al hecho

de que soy un pésimo filántropo. Incluso es posible que sienta que los millones de libras que gano sin mover un dedo, debido a la buena e inteligente estrella de mi padre y como él, sus antecesores, en todas las empresas repartidas por medio mundo en las que soy el único y exclusivo propietario, no tengan comparación con la herencia que Leonor pueda o no pueda recibir. Me conmueve también, he de confesarlo, la preocupación que siente por el posible inestable futuro de su prima, por lo que le aseguro que, aunque no me implico como debería en las complicadas y pesadas transacciones, cuento con la ayuda de inestimables empleados que se ocupan de que ni una sola libra se pierda por el camino. Debería conocer al señor Pickens. Es un genio en cuanto a mantener e incrementar mi patrimonio. —Hizo una pausa dramática asegurándose, por si había alguna duda, de contar con toda la atención de la mesa—. Leonor tiene mucha suerte de contar con usted.

«¡Se lo tienen merecido!».

Adam carraspeó y Beatrice se removió inquieta en la silla tras percatarse de que ese hombre encantador con aires risueños y modales impecables era más que una actitud.

Margaret, que había estado escuchando entusiasmada esa confesión en apariencia banal, se permitió ser generosa, aunque esa pareja le inspirara todo menos generosidad, y cambió de tema, relajando así el ambiente con una pregunta intrascendente a la anfitriona, que había estado a punto de dejarse llevar y echar a dos miembros de su familia de su casa.

La cena dio paso a una agradable charla que se trasladó a uno de los salones de la planta baja de la mansión.

Jonathan, por su parte, se decidió a aprovechar, en calidad de «prometido», cualquier excusa plausible para estar cerca de Leonor.

—Menudos sujetos —murmuró por lo bajo a Leonor en uno de los momentos en los que se les permitió quedarse a solas en un rincón a la vista de todos.

—No hay nada en ellos que me sorprenda —replicó—. No ha debido rebajarse a dar explicaciones.

—¿Volvemos con las formalidades? —la regañó. Para castigarla, o mejor dicho, premiarse por tan buena actuación, cogió su mano y besó el dorso de una forma muy diferente de como lo había hecho con su prima. Se recreó unos segundos en sentir la suavidad de su piel. Un suave soplido y una mirada significativa era lo máximo que se

permitía. Si lograba estar a solas de verdad, eso quedaría en una mera y sosa caricia. Le satisfizo comprobar, ahora que estaban tan cerca, que Leonor no parecía tan serena como aparentaba. Bien—. En cuanto a las explicaciones, no ha sido lo que de verdad se merecían.

Leonor iba a replicar, pero lo que iba a decir murió en sus labios cuando la voz de su tía Amelia les llamó la atención.

—Más vale que esos dos tortolitos se acerquen a nosotros y abandonen la soledad. No quisiéramos que se quemaran.

—Pero sería un fuego que aceptaría con gusto —replicó Jonathan, que se giró con una sonrisa en el rostro en lugar de la mueca de frustración que sentía.

Leonor se apartó con premura, gesto que no pasó desapercibido a la ávida mirada de su prima.

—He ahí las palabras de un joven enamorado. —La duquesa no dejó pasar la oportunidad de espolearlos.

—Eso me hace preguntarme —intervino Beatrice—, si no le molesta a nadie que pregunte, cómo fue que terminó tan enamorado de Leonor.

—¡EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE! —De nuevo, el guacamayo sorprendió a la mayoría.

La aludida se quedó de piedra, pero no por la exclamación lanzada por el animal, sino porque era incapaz de pensar en una explicación coherente y que no estuviera llena de agujeros. En cambio, Jonathan no parecía preocupado. De hecho, bien podía parecer que abrazaba la pregunta con ansioso entusiasmo.

—Me alegra que me haga esa pregunta.

«¿Ah, sí?», se dijo Leonor con cierta desesperación.

—Pues más me alegro yo de haberla hecho —respondió ladina al percibir el desasosiego de Leonor. Era casi imperceptible, pero estaba empeñada en encontrar un fallo en todo ese asunto. Presumía que ese hombre no la amaba tanto como decía.

—En realidad, las flechas de Cupido me atravesaron cuando las maravillosas manos de Leonor se pusieron en mi frente. —Tomó asiento e instó a Leonor a hacer lo mismo a su lado.

—Debe ser un poco más preciso.

—Fui requerido por mi muy querido amigo el duque de Dunham a reunirme con él en Stanbury Manor. Como no había nada que no pudiera dejar en manos capaces, corrí

raudo y veloz a su llamada.

—Muy diligente por su parte. —Roberta Price esbozaba una sonrisa aprobadora.

—Gracias. Tan pronto llegué salí en busca de mi amigo cuando un sirviente me informó de que estaba en los jardines, pero cuando ya los alcanzaba tropecé con una piedrecita, cayendo tumbado al suelo cuan largo era. —Hizo una alto en su relato—. Quizás la duquesa viuda se acuerde del incidente.

—Como si lo estuviera viendo en este mismo instante, muchacho.

Solo Jonathan, y a buen seguro Leonor, se percató del divertido sarcasmo que destilaba su comentario.

—Sí, fue bochornoso, pero también doloroso. Es curioso cómo un acto tan insignificante puede acarrear tanto dolor. Por suerte, allí estaba Leonor, que corrió a ayudarme. Me dio la vuelta con delicadeza y posó mi cabeza en su regazo. Cuando sentí sus manos frescas en mi frente y rostro, supe que era lo que estaba buscando. Se la veía tan preocupada... Ningún hombre con sangre en las venas hubiera podido evitar enamorarse de ella en ese momento.

—¿De verdad? —preguntó Beatrice, un tanto recelosa.

—Tan cierto como que estoy aquí con usted relatándolo —la flagrante mentira no le importaba a Jonathan tanto como hacer desaparecer ese rictus de superioridad que la señora Henderson lucía—. Además, sé que no estoy equivocado cuando Georgette la adora tanto como yo. De hecho, es de las pocas, si no la única, con la que prefiere pasar el tiempo. Aparte de mí, por supuesto.

—Por supuesto.

—Después ayudaron a afianzar ese sentimiento las charlas tranquilas en compañía de la duquesa viuda. Su sentido el humor, el honor, la paciencia... No podría parar de enumerar sus virtudes. Leonor es toda una dama. Mi dama —matizó.

Le dirigió una mirada a la aludida cargada de intenciones que hizo que esta se ruborizara.

Todos lo vieron y lo interpretaron como el típico azoramiento romántico.

—Encantador —musitó Amelia.

—Ah, ¿se lo parece? —Jonathan volvió su atención al público atento—. Si supiera lo mucho que me costó hacerle aceptar que mis intenciones eran honestas y sinceras, no diría eso.

—¿De verdad? —Adam se mostraba muy interesado.

—Jonathan... —a Leonor se le escapó la protesta.

Él se limitó a ignorarla.

—Por supuesto. Leonor no es de esas mujeres que se deja galantear y cede de buenas a primeras. Tuve que esmerarme mucho.

—¿Qué tuvo que hacer? —preguntó William, el hermano mediano de Kenneth.

—Oh, cosas sin importancia. —Si no desviaba la atención, Jonathan acabaría en el infierno a causa de tantas mentiras.

—Nada carece de importancia si con ello consigo tu afecto.

Ahora Leonor se sentía confundida. No sabía cómo interpretarle. De algún modo le parecía que ya no estaban hablando de ese cortejo imaginario.

—Vamos, cuéntenos. No nos deje en ascuas. —Kenneth tenía tanta curiosidad como el resto.

—Le escribí una poesía. ¿Verdad, Georgette?

Era una oportunidad que el guacamayo no dejó escapar.

—¡PALABRAS! ¡PALABRAS!

—Bueno, sí, también eran eso. No se me da muy bien eso de rimar versos, pero a Leonor pareció gustarle.

—¿Y qué decía? —la ya irritante Beatrice intervino, mordaz.

Leonor la miró sin saber muy bien qué decir. No era capaz de inventarse algo así en ese mismo instante.

—Bueno, yo... No creo que sea correcto recitarla en voz alta —se excusó.

—Solo unas palabras y nos daremos por satisfechos —insistió Adam.

La joven sintió que no tenía escapatoria y notó las manos húmedas. Por un momento deseó que los Henderson desaparecieran de su vista... Y se llevaran a Jonathan con ellos.

—Quizás lo más apropiado sería que el propio autor nos deleitara con algunas de ellas. ¿No lo crees así, querido? —le preguntó a Jonathan en venganza. Al fin y al cabo era él quien había creado esa absurda situación.

Jonathan sonrió y la miró algo arrobado. Por fin salía de ese comedimiento en el que se había envuelto durante la cena. La quería más enérgica y vital, aunque eso le obligara a inventarse ipso facto una poesía que nunca había escrito. Improvisar, sí, como si nunca lo hubiese hecho.



—Si me lo pides tú, no puedo negarme.

Carraspeó para prepararse mientras toda la familia de Leonor lo miraba, expectante.

Cuando comenzó a recitar, no apartó la vista de ella. Quizás todo fuera una patraña, pero quería que Leonor viera que sus palabras no estaban exentas de verdad.

*Oh, Leonor,  
tu presencia me inflama.  
Desde que te vi,  
hasta en sueños me acompañas.  
Temperamento gentil  
y maneras suaves,  
llamaron mi atención  
y me enamoraron.  
Bellas mujeres por mi vida han pasado,  
pero ninguna de ellas en mi corazón han reposado.  
Solo tú, con tu presencia constante,  
has logrado anidar en este corazón solitario,  
que no hace sino pedirte,  
que le correspondas a diario.*

Era mala y estaba mal rimada, nadie podía negarlo. Sin embargo, los presentes se mantuvieron en silencio. Estaban pendientes de la reacción de ambos, que parecían ajenos a todo.

—Es preciosa —musitó Leonor con una sonrisa tierna mientras acariciaba su mano, inconsciente. Y rectificó—. Sigue siendo preciosa.

Jonathan sonrió de repente, pletórico. No le había pasado por alto la caricia, que lo había hecho estremecer incluso con un público ávido enfrente. Ahora, no obstante, todo tenía sentido. Que ella le devolviera la sonrisa lo hizo sentirse afortunado y seguro. Sabía, sin lugar a dudas que si se esforzaba, Leonor sería suya.

Sabía que todo saldría bien.

A la cena familiar le siguieron tres días de intensa vorágine. Jonathan poseía una gran vitalidad y la arrastraba con su entusiasmo por todo Boston con la intención de conocer la ciudad más a fondo. Se dejaron ver por los lugares más de moda, asistieron a una exposición de pintura en el Boston Athenaeum, cenaron en un restaurante francés, admiraron la arquitectura de edificios tan emblemáticos como Custom House, City Hall, Faneuil Hall o King's Chapel y Leonor estuvo entreteniéndole con historias del período colonial.

La duquesa viuda los acompañó en contadas ocasiones. Parecía preferir quedarse en casa con Helen Price, que había estado guardando reposo por el pie, por eso siempre contaban con la insidiosa escolta del matrimonio formado por Adam Henderson y Beatrice.

Los rumores de su compromiso con un extravagante y elegante inglés que ostentaba un gran poder económico se propagó como la pólvora. Al parecer, todos deseaban conocer a su prometido y al estrafalario animal que iba con él a todas partes. En el mismo ateneo se habían negado a dejar entrar al guacamayo para proteger toda su colección de libros, pero una generosa donación por parte de Jonathan derribó todas las reticencias. Y es que él parecía empeinado en hacer gala de su generosidad con la intención de demostrar que no se trataba de un candidato mediocre y que Leonor había tomado la mejor opción al escogerlo como su futuro esposo.

Aquella tarde, su madre les instó a tomar un paseo por el Public Garden, el parque que quedaba justo al otro lado de la calle. Les acompañaba Roberta, que desde su salida de la casa no parecía tener mucho que decir. Leonor, por su parte, no estaba nada emocionada con la salida, pues Adam y Beatrice le resultaban falsos y fastidiosos.

A decir verdad, hubiera preferido excusarse y ahorrárselo. Tener que darles conversación ya le suponía un esfuerzo.

Un suplicio, vaya.

Leonor era de buen trato, con un carácter plácido y moderado. En los últimos siete años su vida había transcurrido sin sobresaltos y, a pesar de tener una opinión sobre la gente que se iba encontrando en la vida, su intención no era juzgar a nadie. Por lo

menos no sin una buena justificación.

En el caso de Adam y su prima, no era sencillo hacerlo; en parte debido a lo ocurrido en el pasado. Perdonar a dos personas que la habían traicionado bajo sus mismas narices y no parecían sentir remordimiento alguno era como mínimo irritante. Y no contentos con ello, se vanagloriaban de su matrimonio sin tener la mínima consideración.

Su madre había censurado a Beatrice un par de veces, pero ella parecía o no quería darse por aludida.

Si con todo ello no era suficiente, además debía soportar sus aires de grandeza, sus miradas malintencionadas, sus mordaces comentarios sobre la inexistente maternidad de Leonor y sus consejos sobre el matrimonio.

—Y bien, señor Wells. ¿Qué opina de Boston? —le preguntó Beatrice, sin dejar de observar a su niñera, que debía estar al pendiente de los dos niños: Wallace Jr., de once años y Vincent, de cinco.

—Es una ciudad bulliciosa, pero elegante —comentó, siendo parco en palabras.

Jonathan mantenía un secreto rencor por la pareja que cada vez le resultaba más difícil de disimular. Ambos le parecían un castigo divino; aunque en el fondo debería estar agradecido con ellos. Gracias a sus actos Leonor era libre.

Ella pareció darse por satisfecha.

Leonor paseaba cogida del brazo de su prometido. A pesar de no haber sido bendecida con la belleza, se veía sublime con su vestido de paseo bordado en hilo de seda azul y escoltada por un apuesto caballero de la talla de Jonathan.

Si fuera real, podría calificarlo como perfecto.

—¿Ya han decidido dónde vivirán tras la boda? ¿Inglaterra o Estados Unidos?

La joven levantó el rostro y echó una rápida mirada a Jonathan. Ninguno de los dos se había puesto de acuerdo sobre lo que debían decir si surgía la pregunta.

—Tenemos tiempo para decidirlo —fue lo único que consiguió sonsacarle.

—Lo más adecuado sería que eligieran Boston, teniendo a la familia de Leonor tan cerca. ¿Pero quién puede resistirse a la compañía de sus amigos los duques de Dunham? —se preguntó a sí misma con una risita jovial—. Seguro que les extrañarían muchísimo. Pero si deciden quedarse en la ciudad necesitarán nuevos amigos con lo que relacionarse. Tienen suerte de tenernos a Adam y a mí...

Jonathan sonrió para sus adentros, orgulloso del dominio que estaba ejerciendo

sobre sí mismo. Mejor eso que mofarse frente a ella y ofenderla, se dijo. Pero si estaba teniendo consideración para con ella y su esposo era por Leonor y porque tenía la ocasión de causar una buena impresión a su familia. No deseaba empezar una guerra antes de tener a su suegra de su lado. De otro modo todo sería muy desagradable e incluso su compromiso podría peligrar.

Pensó otra vez en las palabras de la mujer. ¿Suerte, decía? Aquella mujer había caído sobre ellos como si de una plaga bíblica se tratara.

—Estaremos encantados de abrirles las puertas a las mejores familias bostonianas —continuó ella como si de un alegato se tratara—. No deseo criticar a mi tía Helen, sin embargo, considero reprobable que a estas alturas no haya hecho público el compromiso. Ni siquiera han acudido a un baile.

—Nosotros se lo hemos pedido —dijo una Leonor calmada.

Jonathan admiró su buen hacer. Él hacía esfuerzos por morderse la lengua y en cambio ella parecía la dulcificación en persona.

Beatrice la miró de arriba abajo.

—Pobrecita. —Su voz sonó llena de condescendencia—. No estás acostumbrada. Lo comprendo. Tanto tiempo lejos de la c... —La voz de Beatrice se cortó al echar otro vistazo a sus hijos. Y en esa breve pausa Jonathan deseó que ella no estuviera a punto de decir la palabra «civilización». Si era así no respondería precisamente con caballerosidad. Por fortuna, la de todos, Jonathan estaba equivocado—. Has estado tanto tiempo lejos de la ciudad que apenas recordarás a nadie. Pero no te preocupes; como he dicho, Adam y yo les presentaremos ante toda la buena sociedad.

—Muy amable, Beatrice. Aunque no deberías tomarte tantas molestias. ¿Cierto, Jonathan?

«Sí, por favor. Que no lo hagan», rezó él para sí.

—Detestaríamos ser una molestia —dijo en cambio, considerándose suertudo por haber sonado tan sincero.

Ella desestimó el comentario.

—Bobadas. Ayudaremos en todo lo necesario, como por ejemplo la preparación de la boda. Porque querida prima, tus gustos son demasiado sencillos.

Leonor y Jonathan intercambiaron unas miradas.

—Nosotros somos los que decidiremos. Al fin y al cabo será nuestra boda.

La prima de Leonor tenía la firme intención de replicar, pero su hijo mayor cayó al

suelo tras una carrera. Beatrice, en vez de socorrer al niño, se fue directa hacia la niñera para mostrar su desagrado en cuanto a los cuidados.

Su esposo la seguía.

—¿Y si nos hacemos los perdidos? —sugirió él, tanto a Leonor como a su tía Roberta, quien mejor le caía en aquella familia. Tal vez por la falta de artificialidad con la que lo trataba o porque en cierta medida le recordaba bastante a su encantadora prometida.

La mujer alzó una ceja.

—¿Busca un modo de escapar?

—Siento que en cualquier momento caerá sobre mí la hoja de la guillotina.

—¡GUILLOTINA! —exclamó con dificultad Georgette—. ¡Guaks!

Leonor contuvo una sonrisa tapándose la boca con una mano.

—Sería ir en contra de las normas del decoro —intervino la joven—, pero creo que haré una excepción. ¿Tía?

Jonathan suspiró con alivio y miró a Roberta.

—¿Está con nosotros?

Ella no dijo nada. Solo esbozó una sonrisa de consentimiento, con lo que los tres apresuraron su paso con cierto disimulo. No podían cruzar el puente sobre el lago si querían pasar desapercibidos, así que tomaron un camino más arbolado.

No se relajaron hasta que se vieron lo suficientemente lejos como para que el matrimonio Henderson no los encontrara con facilidad.

—No puedo creer que hayamos hecho eso. —Roberta parecía asombrada ante su propio comportamiento—. A Beatrice no va a agradarle el desplante.

Jonathan fue rotundo.

—Me da igual lo que agrade o no a esa mujer. ¿Por qué soportarlos tan a menudo?

Roberta siguió paseando al lado de su sobrina preguntándose lo mismo. Ni siquiera le tenía aprecio. Solo guardaba las formas por su hermana Helen y porque era incapaz de ser grosera. A ella jamás se le hubiera ocurrido hacer un gesto tan osado como el de Jonathan, aunque en el fondo le satisfacía.

—Mi hermana cree que son una carabina adecuada para una pareja de prometidos. —Aunque secretamente sospechaba que su intención era otra: restregarles el compromiso de Leonor.

Echó una mirada hacia su izquierda. Su sobrina y el señor Wells hacían buena

pareja. Él quitaba seriedad a Leonor y la joven ofrecía una formalidad que era necesaria.

Sonrió para sus adentros. El prometido de Leonor era toda una caja de sorpresas. Poseía refinamiento y distinción. Había sido educado con toda la familia —incluso con los Henderson—, se movía como pez en el agua por aquel ambiente y sabía expresarse con elocuencia. A ella misma la había conquistado con unos cuantos halagos zalameros sin pizca de artificialidad. Pero además, contaba con un espíritu jovial que dejaba relucir con bastante asiduidad.

—Yo discrepo. Solo los recomendaría como compañía de un verdugo —resopló Jonathan—. Sabes, querida —musitó con afecto, tomando la mano enguantada de Leonor y depositando un suave beso en ella—, ganaste con el cambio.

A Roberta le pareció un gesto muy romántico, pero Leonor tuvo que ahogar un jadeo. Seguía sorprendida porque tan leve contacto repercutiera de forma tan significativa en ella. Y no solo eso; cada vez iba a peor. Sus miradas cómplices hacían volar miles de mariposas en su estómago y sus cautos acercamientos conseguían que su corazón se estremeciera.

Jamás había sentido tal cosa por otro hombre. Se había dicho a sí misma que ella no estaba hecha para el amor y a la larga había aprendido a proteger su corazón. Sin embargo, ante él era imposible blandir su escudo. Tenía un halo seductor demasiado poderoso.

—Tal vez no fuera el prometido que Leonor mereciera —comentó su tía—. Pero que no se os olvide: está muy bien considerado entre nuestras amistades.

Leonor no pudo evitar resoplar. Aquel tema en particular la encendía, dejando a un lado su naturaleza serena.

—Ese hombre se hubiera casado conmigo para seguir metiéndose en la cama de Beatrice sin ningún tipo de escrúpulo. Ese fue el motivo principal por el que cancelé mi boda. ¿Y dices que ante la sociedad sería un esposo caballeroso?

—No quiero hacerte sentir mal. Estoy de tu parte. Yo también desprecio su doble juego, si bien ante los ojos de todos es perfecto.

Poco importaba lo que sucediera en la intimidad del hogar mientras el hombre fuera discreto en sus escauceos. Ellos podían hacer cuanto quisiera, una mujer no.

—Si esa palabra significa traidor, embustero o ruin, entonces aborrezco la perfección —declaró alzando su rostro hacia el cielo con solemnidad—. Prefiero a

alguien más sincero y mundano. Como por ejemplo a Jonathan, que es muy distinto a Adam.

El aludido detuvo el paso y la hizo detenerse a ella también. Una sonrisa bailaba en sus labios.

—¿En qué me diferencio del señor Henderson? —preguntó él, con curiosidad.

Leonor contestó de inmediato.

—¿Está buscando halagos fáciles, señor Wells? —murmuró ella con un brillo de jovialidad en sus ojos. Su humor acababa de mejorar en un solo instante—. ¿Acaso es un arrogante que pretende que le regalen el oído?

Jonathan la contempló con el rostro cargado de satisfacción.

—Es de lo más razonable. Tengo la firme creencia de que un caballero necesita escuchar en boca de su prometida un sinfín de galanteos. Son normas no escritas, pero que están ahí.

Ella fingió indignarse.

—Nunca oí semejante majadería. Fui educada para recibir los halagos, no para tener que dispensarlos.

—Por supuesto, tú eres estadounidense, por muy bien que sepas imitar el acento. Si fueras inglesa lo comprenderías. ¿Cierto, Georgette?

—¡CIERTO! —repitió el guacamayo, aun sin saber lo que aquel par estaba hablando.

Con una mueca, Leonor contuvo su sonrisa. Jonathan la contagiaba de ese modo, con sencillez y sin proponérselo.

—Entonces estás poniéndome al corriente —dedujo ella.

—Por tu propio bien —contestó él—. Odiaría que quedaras en mal lugar solo por el hecho de no estar bien informada.

—Pero estamos en otro país. ¿No deberían ser distintas las normas?

Jonathan, plenamente consciente de que ella esperaba una réplica, le hizo un guiño, consiguiendo que las mariposas que revoloteaban en su estómago salieran volando.

—Por supuesto. Sin embargo, sigo rigiéndome por los horarios ingleses.

—Está bien —aceptó ella, bromeando y con una inclinación de cabeza—. Si no hay más remedio... —Se tomó unos segundos para pensar su respuesta. Decir en voz alta las mejores cualidades de Jonathan no debería suponerle un reto. Ella sabía muy bien lo que le gustaba de él. Sin embargo, no deseaba ser demasiado detallista y dejar

al descubierto sus sentimientos—. Umm —murmuró—. En primer lugar, diría que tienes a un guacamayo como amigo, o como amiga —rectificó.

—Obvio —dijo él, sin perder de vista en el camino.

—Pero coincidirás conmigo que no es el comportamiento que cabe esperar en un caballero de tu posición.

Jonathan se encogió de hombros, restándole importancia. Tenía suficiente seguridad en sí mismo, así como dinero e influencias, como para preocuparse por aquella minucia.

Él hacía siempre lo que quería.

—No hay ningún reglamento que me prohíba específicamente ir acompañado de un guacamayo.

—Vamos, no te hagas el inocente conmigo. Es de lo más inusual.

—Y eso me hace único —opinó él, dedicándole una sonrisa cargada de encanto, a la que fue imposible resistirse.

Leonor le devolvió la sonrisa.

—Tienes toda la razón. —No se imaginaba a Adam con Georgette o con ningún pájaro de otro tipo, porque las apariencias lo eran todo para él. En cambio, Jonathan tenía una personalidad menos rígida o encorsetada. No juzgaba a los de una clase social inferior a la suya ni temía relacionarse con ellos. Todo lo contrario. Y tampoco hacía esfuerzos por congraciarse con los aristócratas. Que su mejor amigo fuera un duque parecía una mera anécdota—. Admiro el coraje que tienes y cómo te desenvuelves. Yo sería incapaz de trasgredir las normas establecidas.

Jonathan le lanzó una mirada severa.

—Permíteme disentir. Rompiste tu relación con Henderson a pocas semanas de la boda. Te marchaste de tu hogar porque no querías ser obligada a casarte con él. Tu buen juicio te previno. Y por si no fuera suficiente, conseguiste sobrevivir gracias a un empleo decente. Así que tú eres la más valiente de los dos. —Leonor hizo un gesto con los labios que demostró indecisión y Jonathan, que estaba alerta, se dio cuenta—. ¿Tú no lo crees?

Leonor no lo había pensado de ese modo. Así de simple. Por supuesto, estaba orgullosa de haber podido seguir con su vida tras apartarse del sustento que representaba su madre. Antes de eso nunca hubiera podido creerse capaz de hacer tal cosa, pues obraba y se comportaba con la corrección propia de una dama, no alzaba



la voz y acataba las decisiones que eran tomadas para ella. Sin embargo, desde que tomó el camino de la independencia aprendió a valerse por sí misma y a hacerse oír si era necesario.

Y eso le llevó a preguntarse: ¿en verdad había cambiado tanto? ¿Sería cierto que era tan valiente como decía Jonathan? Porque de serlo no habría permitido involucrarse en aquella farsa ni un solo minuto y habría encarado la dignidad de su soltería con orgullo.

—No lo sé. Escucho lo que dices y en cierta forma tiene sentido. Luego me doy cuenta de que nuestro compromiso...

Leonor se interrumpió de golpe al recordar que su tía paseaba con ellos. En los últimos minutos se había mantenido silenciosa y les había dejado llevar el peso de la conversación, pero no podía hablar de su falso compromiso con ella presente.

Se dio cuenta de que había estado tan concentrada en Jonathan que no le había prestado la más mínima atención.

Al detenerse y volver el rostro hacia ella, comprobó que a su lado solo había un espacio vacío.

Frunció el ceño.

—¿Y mi tía Roberta?

Ambos miraron hacia atrás al mismo tiempo, encontrándosela a unos pasos de distancia por detrás.

Al percatarse ella que la pareja se había detenido, les hizo unas discretas señas para que continuaran adelante.

—Creo que tu tía está tratándonos de decir que nos permitirá continuar con nuestro paseo mientras ella nos sigue desde una distancia prudencial y decente —recalcó.

—¿Lo crees prudente?

Jonathan le sonrió abiertamente y la tomó del brazo, instándola a continuar.

—Ella es la carabina. Y por lo que sé no nos quitará la vista de encima. —A decir verdad, estaba feliz porque Roberta fuera lo suficientemente inteligente y razonable para haberles proporcionado cierta intimidación; eso si no se tenía en cuenta a Georgette. Por ello se propuso disfrutar de lo que quedaba del paseo. Con todo el revuelvo que causó la noticia del compromiso y las visitas a la ciudad apenas había tenido tiempo de conversar con ella a solas. En Stanbury Manor habían tenido esos momentos y era algo que echaba muchísimo de menos—. Y bien, ¿en dónde estábamos?

—En nada importante —dijo simplemente.

Leonor recordaba a la perfección en qué punto se habían detenido: cuando las dudas sobre la mentira que estaban manteniendo se habían agudizado. Y eso le hizo recapacitar. Sostener el compromiso durante unos días o semanas tal vez resultara relativamente fácil, pero a la larga lo complicaría todo y sería más difícil confesar la verdad. Como única opción para no hacerlo le quedaba regresar a Inglaterra y seguir como dama de compañía de Margaret. Con el tiempo escribiría una carta a su madre para decirle que Jonathan había decidido romper el compromiso.

No obstante, no era tan sencillo. Leonor era consciente de la marcha de Kenneth y en la posición de desamparo en la que quedaría su madre.

—¿En qué estás pensando, Leonor? —le preguntó Jonathan tras unos segundos en silencio.

—¡LEONOR! ¡LEONOR! —exclamó el guacamayo.

—Alto, Georgette. Yo he preguntado primero.

Ella alzó la vista y les sonrió.

—Menuda pareja que hacéis los dos.

Su acompañante la contempló con aire inocente.

—No puedo opinar por Georgette, pero diría que somos tú y yo los que hacemos mejor pareja.

Ella alzó una ceja.

—¿Y por qué parece tan convencido?

—Porque entre los dos la balanza está equilibrada. Tú tienes la suficiente paciencia para tratar con nuestra amiga Georgette, mientras que yo trato de contenerme con tu prima.

La comparación le pareció cuanto menos curiosa. A Beatrice no le alegraría saber que tenía puntos en común con un pájaro parlanchín de vistosas plumas amarillas y azules.

—¿Y eso es lo que pretendías: equilibrar la balanza?

—No, para nada. «Tú y yo» es un acontecimiento que ha sucedido sin más —y el compromiso era prueba de ello.

Leonor había llegado a su vida sin levantar ruido, sin despertar en él una atracción inmediata; al contrario que Isobel. Sin embargo, en poco tiempo se había ganado su respeto, cariño y admiración; unos sentimientos mucho más intensos y poderosos de lo

que hubiera podido imaginar en un principio.

Con ella se había permitido el lujo de pensar más allá de lo que tenían, acariciando palabras tan serias como matrimonio, compromiso, familia y amor. Ahora solo debía encargarse de que ella también se diera cuenta.

Regresaron a casa en un ambiente armonioso. Jonathan tenía la intención de quedarse un poco más con aquellas mujeres, pero cuando vio a Beatrice tomando el té con Helen Price y Margaret, sus intenciones cambiaron.

El señor Henderson no se encontraba en la sala.

Para los recién llegados fue inevitable fijarse en Beatrice, pues su rostro había perdido todo rastro de color y los miraba con expresión huraña.

—¡Vaya, por fin regresan! ¿En dónde se habían metido?

Su voz sonó más aguda que de costumbre.

Jonathan frunció el ceño ante aquel reproche.

—Buenas tardes a todos —saludó, haciendo una pequeña reverencia e ignorando deliberadamente a la prima de Leonor.

«Es una suerte que la misma sangre no corra por sus venas», se dijo. Estar emparentado con aquella mujer aunque fuera de un modo indirecto —por nupcias— ya era suficientemente malo.

Jonathan acompañó a Leonor para que tomara asiento e hizo lo mismo con Roberta. Después se sentó junto a la señora Price, dedicándole una afable sonrisa.

Tras unos días de reposo, la lesión de la madre de Leonor ya no podía considerarse como tal, aunque ella insistía en permanecer con el pie en alto. Jonathan sospechaba que se debía a la presencia de la duquesa viuda, que estaba resultando ser una excelente acompañante. Amenizaba las horas relatando los aspectos más importantes de lo que significaba ser duquesa o les entretenía con atractivas anécdotas de bailes y escándalos.

El que más le había gustado hasta entonces había sido la emboscada tendida al duque de Dunham, nieto de Margaret, para que terminara enamorado de la actual duquesa.

—¿Cómo se encuentra? ¿Ha mejorado su pie?

—¿Desde la última vez que preguntó? Lo veo improbable, pues no han transcurrido ni dos horas. Aunque gracias por preocuparse. Otros ni siquiera han tenido la cortesía —murmuró lanzando una intensa mirada a la hijastra de su cuñada que apenas duró un segundo.

—Entonces, ¿dónde han estado? —volvió a preguntar Beatrice, empeñada en conocer la respuesta—. Hemos estado buscándoles por todos los rincones, hasta que mis pobres hijos han quedado exhaustos —exageró—. ¿Acaso no pudieron avisar?

Su tía perdió la paciencia.

—¡Por Dios, Beatrice! Deja que se expliquen.

Jonathan se dijo que la escena resultaría divertida si no fuera porque aquella mujer era de lo más molesta. Estaba convencido que si Georgette pudiera se taparía los oídos.

—Lo lamento. No nos dimos cuenta de que ustedes no nos seguían hasta que ya los habíamos perdido.

—¿Ninguno de los tres?

Su escepticismo fue patente.

—Al parecer, no. —Con habilidad, Jonathan centró toda su atención en la madre de Leonor mientras la miraba con arrobó. Era como si solo a ella debiera darle explicaciones. Antes del paseo había tenido el detalle de obsequiarla con unas hermosas flores y de regalarle unas palabras lisonjeras—. Señora, nos encontrábamos demasiado inmersos en la belleza del paisaje mientras Leonor hablaba de su niñez. Tanto, que nos distrajimos.

Ella no lo creyó ni por un segundo, pero no había mucho que pudiera hacerse. El señor Wells se mostraba compungido y le había pedido disculpas. Acusarles de mentir sería más un error que un acierto, así que se mantendría callada.

—Señor Wells, ¿desea un poco de té? —preguntó una señora Price de lo más servicial—. ¿Comer algunas viandas? Debe estar cansado del paseo.

Jonathan se lo agradeció ampliando su sonrisa.

—Me temo que no, señora. Tengo un asunto que atender.

—¿Ya se va? —Su voz decayó, pero no fue la única en mostrarse decepcionada. La duquesa viuda insistió en que se quedara un poco más.

—Estoy convencida de que Leonor apreciará tenerte un poco más con ella, ¿verdad, muchacha?

Margaret la pilló desprevenida.

—Yo... no quiero entretenerlo más. —Era comprensible que quisiera marcharse. Había cinco mujeres en el salón pendientes de él y ya había tenido que fingir el compromiso frente a su familia durante demasiado tiempo—. Estoy segura de que

tendrá otras ocupaciones.

Su madre levantó una ceja.

—¿En Boston? Creí entender que era la primera vez que visitaba la ciudad.

—Así es —aclaró él—. Pero durante estos días mi secretario ha estado echando una ojeada a un par de negocios que deseo discutir con él.

—¿Es que está pensando en invertir?

—Puede ser —anunció enigmáticamente, aumentando la intriga.

Jonathan pidió a Leonor que lo acompañara hasta la puerta, a lo cual nadie se opuso. Se suponía que ambos estaban prometidos y apenas iban a alejarse. Una vez en el vestíbulo, dejó que el guacamayo volara con libertad para poder despedirse de ella.

Era una lástima que Leonor fuera la que menos reticencias puso a su marcha. Por una vez habría preferido que ella dejara a un lado su expresión formal para expresar lo que estaba sintiendo.

Se preguntó si en verdad él le importaría tan poco como parecía o era una simple fachada. Porque a Jonathan le importaba mucho más de lo que había creído en Inglaterra. ¿Acaso no veía lo que se estaba esforzando solo y simplemente para complacerla?

Había malgastado años bebiendo los vientos por una mujer que ahora solo consideraba un sueño desvaneciéndose. Así que nada les impedía estar juntos si ella así lo deseaba. Sin embargo, él mismo se había reconocido que sus sentimientos no eran claros después de todo. ¿Cómo podía pedirle a Leonor que se alzara si cabía la posibilidad de decepcionarla?

Y odiaría lastimarla por encima de todas las cosas. Lo más prudente era tomarse un tiempo para clarificarlos y no tener ninguna duda.

—¿Se va a causa de mi prima o era cierto lo que ha dicho?

—¿Sobre el negocio? —Ella asintió con la cabeza—. Un poco de todo.

—Así que no se siente usted aventurero...

Suspiró. Le entristecía alejarse de ella, pero no iba a sacar mucho más provecho a la tarde quedándose.

—No siento el menor deseo de domar a una hiena.

Leonor meneó la cabeza, como si hubiera escuchado mal.

—A una... —Ni siquiera pudo terminar de decirlo.

Jonathan se acercó a ella peligrosamente y le habló al oído.

—Es así como veo a Beatrice. —Sus palabras le hicieron cosquillas y su piel se erizó. Sus barbillas y sus bocas apenas estaban separadas por unas pulgadas, pero fue suficiente para anhelar un beso suyo. Leonor esperó reteniendo el aliento—. Si solo fuera por ti, juro que me quedaría. Ahora bien, por hoy ya he tolerado suficiente a esa mujer.

Ella no se movió. Bajó las pestañas y trató de pensar en lo que Jonathan decía, mas resultó ser una tarea que requirió de toda su concentración.

Se obligó a hablar.

—Usted ya ha hecho bastante; no puedo pedirle más. Dejó sus asuntos en Inglaterra y se embarcó con una generosidad admirable.

Sus ojos verdes se posaron sobre la delicada curva de su cuello y la observó con expresión pensativa.

—¿Por qué me tuteas solo cuando hay gente a nuestro alrededor?

—Es lo que se supone que haría una prometida —contestó ella con sencillez.

Excediéndose en su papel de caballero andante, Jonathan alzó su mentón con el dedo índice y lo sostuvo durante un tiempo indefinido, bebiendo de su esencia, porque a cada día que pasaba la encontraba más hermosa. Y no es que estuviera perdiendo vista.

Como Leonor no opuso resistencia y Dios era testigo que él no pensaba renunciar a aquel delicioso capricho, se acercó un poquito más, si era posible.

—Desearía que me tuvieras confianza, Leonor. ¿Qué hay de malo en ello? Nos conocemos de hace meses y creí que habíamos estrechado lazos. Eres muy querida para mí. ¿Lo sabías?

Sus deliciosos labios se abrieron para responder, pero por el rabillo de ojo vio a Georgette acercándose e instintivamente se apartó, rompiendo la magia del momento.

El animal, harto de ser ignorado, revoloteó sobre sus cabezas, buscando un lugar donde posarse.

En su fuero interno Leonor agradeció la interrupción. ¿Cuántas veces debía recordarse que Jonathan pertenecía a Isobel? Ella era la mujer que amaba y hacerse ilusiones en ese sentido resultaría una colosal catástrofe. Él no tenía la culpa de ser tan encantador y atractivo. Él no tenía la culpa de que las fuerzas de Leonor comenzaran a flaquear.

¿Y ella se había sentido sabia? ¡Ja! Estaba perdiendo la cordura. ¿Cómo si no explicaba el hecho de haber sentido la tentación de acariciar sus hombros sobre la chaqueta masculina y esperar a que él la abrazara?

No estaba siendo ella misma.

Tras la marcha de Jonathan, Leonor subió a su habitación. Antes había conseguido arrancarle la promesa de que nunca más volvería a ser tan formal con él.

Se tumbó sobre la cama y pensó en Stanbury Manor, en los campos verdes de Inglaterra, donde se respiraba paz y tranquilidad, donde su vida era tan monótona como satisfactoria. En cambio, Boston era más caótico y ella se encontraba en serios aprietos. Solo los tenía que enumerar.

En primer lugar estaba mintiendo a su madre sobre su compromiso, por lo que ignoraba si la perdonaría tras descubrir la verdad. Aunque no había similitudes entre su anterior prometido y el hombre que estaba representando el papel en la actualidad, era plenamente consciente de que aquello no terminaría en boda y que por lo tanto la pondría en la misma posición que entonces.

Y ya era sabido el resultado.

En segundo lugar, Kenneth estaba más que dispuesto a irse a un viaje que podría extenderse durante meses. Y eso complicaba más las cosas. A pesar de creerlo durante años, ya no estaba segura de que su madre hubiera cumplido sus amenazas y la hubiera desheredado. Su primo y el resto de la familia así lo suponían. Pero que no la hubiera borrado de su testamento no significaba que fuera capaz o que la dejaran controlar todo el patrimonio. Kenneth había sido elegido e instruido para ello, por lo que enterarse de su marcha supondría un duro golpe.

Y en último lugar, pero no por ello resultaba más sencillo, cada día que pasaba estaba más prendada de Jonathan.

Abrumada por el peso de su conciencia, se dijo que si quería reparar la relación con su madre y evitar males mayores, lo mejor sería contárselo todo antes de que lo supiera por otros. Eso no le garantizaba su perdón, porque no le alegraría saber que seguía soltera. Sin embargo, esta vez Leonor se prometió que no iba a marcharse antes de que las aguas volvieran a su cauce.

Así que decidió ser sincera, por lo menos en cuanto a ella se refería.

Una hora después, se reunió con su madre en una estancia privada, fuera de las miradas curiosas. Leonor no le había explicado ni a Jonathan ni a la duquesa viuda lo



que pretendía, porque deseaba que no se entrometieran en su decisión.

Se sentó frente a ella en un sosegado silencio, renuente a comenzar. Sí, ella había decidido confesar, si bien necesitaba un tiempo para hacerse a la idea.

Helen Price frunció los labios y con un ademán la instó a hablar.

Su hija aguardó.

—Estás poniéndome nerviosa, Leonor. ¿Qué pretendes? Me has dicho que había un tema urgente del que tratar. ¿Por qué no vas al grano?

Al contrario que su hija, la paciencia no se encontraba entre sus mejores cualidades.

Leonor no la hizo esperar más.

—Madre, sé que he sido una decepción para ti. No me comporté como tú esperabas; te desafié. Por eso comprendo que tu afecto hacia mí haya menguado.

Su madre la observó con cautela. Se sentía incómoda. No sabía muy bien lo que pretendía removiendo el pasado.

—Si buscas que te dé un abrazo por cómo te comportaste hace siete años no lo vas a conseguir. La familia Henderson y la nuestra, los Price, teníamos un acuerdo que nos beneficiaba a todos, y no solo en los negocios. Por si lo has olvidado, te refrescaré la memoria: habías dado tu palabra.

—Porque era lo que se esperaba de mí, que me conformara con un matrimonio aceptable.

Ella sabía cuál era su papel en aquel juego, como un peón en una partida de ajedrez; una pieza fácil de sacrificar por otra más valiosa. Leonor debía encarnar a la esposa perfecta, atender la casa, a los invitados, criar a los hijos y ser sumisa con su esposo. Toda la educación que recibió fue para ello. Sin embargo, Leonor había supuesto que Adam le sería fiel, o que por lo menos no la engañaría bajo sus propias narices.

A su madre no le hizo gracia escuchar aquello.

—¿Aceptable? ¿Aceptable? Adam Henderson era uno de los mejores partidos de la ciudad. ¿Sabes cuantas mujeres deseaban lo que tú rechazaste? ¡Decenas! —exclamó—. Te comportaste como una niña malcriada con una rabieta.

—¿Entonces debía permitir que siguieran viéndose?

—No. Pero te dije que yo lo solucionaría.

—Era demasiado tarde, madre. El daño ya había sido infligido.

—Y por lo tanto desapareciste mientras me quedaba a barrer tu estropicio. Yo fui quien tuvo que enfrentarse a los Henderson y tolerar todas las habladurías. ¿Fui demasiado dura? —Negó con la cabeza—. No. Soy tu madre y sabía lo que te convenía. Y un buen matrimonio te convenía —insistió. Hizo una breve pausa antes de proseguir—. Sin embargo, sí que me arrepiento de dejarte marchar. En mi defensa diré que esperaba que regresaras pronto.

Leonor se sorprendió al escuchar aquellas palabras en boca de su madre. ¿Estaba confesando que había cometido errores? Inaudito en una mujer de carácter fuerte y acostumbrada a mandar. Y más porque no se sentía cómoda hablando de sentimientos. Pero llegado a aquel punto se dio por satisfecha, porque sabía que nunca lograría convencerla de que renunciar a su compromiso había sido la mejor opción.

—Entonces, ¿por qué no has hecho nada por remediarlo? ¿Por qué no me buscaste? —De haberlo hecho todo entre ellas sería distinto.

—Ojalá no me hubieran abandonado las fuerzas —se lamentó—. Escribí decenas de cartas y le pedí a tu primo que te buscara, mas en el último instante me arrepentía.

—¿Por qué? —la instó a responder—. ¿Por qué? —Leonor deseaba llegar al fondo de la cuestión. Su madre seguía guardándole rencor por haber rechazado a Adam, pero eso no significaba que la quisiera fuera de su vida. ¿Era eso?

Su madre se levantó, como si de repente arrastrara una carga pesada, y se acercó a la ventana. Se atusó el cabello y apartó la cortina para contemplar la calle.

—Qué más da. El pasado, pasado está —dijo mientras le daba la espalda.

Su hija no estuvo de acuerdo. Ella deseaba resolverlo.

—Madre, insisto.

Se escuchó un leve suspiro, antes de la sonora exclamación que la siguió.

—¡Porque fuiste tú la que elegiste alejarte!

Leonor la contempló con sentimientos encontrados.

—¿Y preferiste perder a una hija que a tu orgullo?

—Imaginé que cuando quisieras volver a casa lo harías, como así ha sido.

—Y durante todo este tiempo yo creí que si lo hacía no sería bienvenida. Que habías dejado de quererme.

Helen Price volteó el rostro.

—No digas absurdos. Eres mi hija. —Tal vez no fuera una madre demasiado afectuosa, pero ella le había dado a luz y la había criado lo mejor que supo.

Leonor respiró lenta y profundamente para tratar de deshacer el nudo que notaba en su garganta.

—Dime, madre —dijo en voz baja—. ¿Y si no existiera Jonathan o la duquesa viuda? ¿Todavía me querrías?

Los ojos de la mujer adquirieron un brillo de alerta.

—¿Qué quieres decir?

Leonor también se puso de pie, pero a diferencia de su madre comenzó a pasear por la estancia en un signo claro de inseguridad.

La joven reformuló su pregunta.

—Si tu hija solo fuera una sencilla y soltera dama de compañía sin más aspiraciones, ¿lo aprobarías o me rechazarías?

—Ya te he dicho que yo...

—No estoy prometida —dijo soltando el aire de golpe—. Jonathan y yo no planeamos casarnos. —Su madre se quedó callada, por lo que Leonor examinó su rostro durante unos segundos con el corazón en vilo, tratando de buscar algún signo de cambio que le indicara lo que estaba pensando. Cuando el silencio más se prolongaba, más nerviosa se encontraba ella—. Supongo que te debo una explicación.

Para su total y completa sorpresa, su madre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No importa —comentó con una inusitada calma.

A Leonor le pareció que el suelo se movía bajo sus pies. Acababa de confesar que su compromiso era una pura invención ¿y ella reaccionaba como si no le importara?

Insistió de nuevo.

—¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—Por supuesto —oyó decir—. Mis oídos están perfectamente sanos. No soy ninguna vieja que está perdiendo facultades.

—Pero, madre...

—No deseo escucharlo —la atajó—. No deseo escuchar ninguna más de tus incoherentes explicaciones que vayan a desbaratar nuestras vidas. Por lo que a mí respecta estás comprometida formalmente. El señor Wells me pidió permiso para cortejarte, se le presentó y se le acogió en esta familia y además, todo Boston está al tanto. No pretendas que vuelva a pasar por lo mismo de hace siete años. No lo permitiré.

Leonor entornó los ojos. La contundencia de su madre fue inquietante.

—No pretenderás que sigamos fingiendo —murmuró asombrada.

—¿De verdad deseas arruinar nuestra relación?

Su tono fue acusatorio.

—¡Ciertamente no!

—Entonces, haremos ver que esta conversación nunca ha tenido lugar. Por lo menos la última parte. Y ahora, por favor, déjame sola.

Leonor permaneció unos segundos en el corredor contemplando la puerta cerrada por la que acababa de salir. La reunión no había terminado como ella había planeado y en ese momento su compromiso seguía siendo firme.

Envuelta en un remolino de confusión se preguntó qué había ocurrido.

La única explicación lógica era que su madre, como siempre, se negaba a ver la realidad y se tomaba las decisiones de su hija como un fracaso. Ella deseaba tanto que se casara que se ofuscaba.

Suerte que esta vez no había estallado una batalla entre ellas. Todo había sido bastante civilizado, tal vez porque Leonor no había presentado resistencia.

¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Seguir fingiendo que era una prometida enamorada? ¿Hasta cuándo?

Mucho se temía que iba a tener que buscar las respuestas.

\*\*\*

Cuando se quedó a solas, Helen Price volvió a sentarse en el mismo lugar que había ocupado unos minutos antes. Su hija acababa de marcharse y ella meditó sobre sus últimas palabras.

En verdad no era lo que había esperado oír de sus labios. Tanta sinceridad de su parte resultaba un tanto enojosa. Santo Cielo, dos prometidos y los dos habían sido despachados sin pensar en las consecuencias, como si fuera una joven lozana con toda la vida por delante y como si la edad no pesara en ella.

En sentido positivo, se dijo que por lo menos esta vez no parecía tan decidida a alejarse del señor Wells y salir corriendo. Ni siquiera la había afrentado. Cuando le dijo que era su última palabra ella había accedido sin protestar. Eso significaba que la intuición de su invitada era correcta. O eso esperaba, aunque de momento no podía relajarse ni quitarle los ojos de encima si deseaba ver cumplido su sueño. Porque si

todo salía según lo planeado por fin podría organizar una boda por todo lo alto y asegurar un buen partido para su hija de un solo golpe.

Pensó que para conseguir su objetivo todavía había muchas cosas por hacer y empujones por dar.

Tal vez Margaret tuviera unos motivos altruistas, unos que incluían amor y felicidad. Helen era más práctica y tenía los suyos.

Aun así, seguía siendo una buena asociación.

—Buenos días, Leonor. ¿Cómo has amanecido hoy?

La joven levantó el rostro de las páginas del libro que estaba leyendo y lo cerró, depositándolo sobre la mesilla más cercana. Jonathan acababa de aparecer en el solárium acristalado que Leonor había escogido para la lectura.

Le encantaba sentir el calor de los rayos del sol mientras se sumergía en una historia.

—Jonathan, no te esperábamos.

No pudo evitar reír. Su sinceridad poseía un dulce encanto, porque estaba seguro de que no lo decía con mala intención. Solo la había pillado por sorpresa.

Tenía la impresión de que Leonor había cambiado un poco desde que dejó Inglaterra. Como dama de compañía su comportamiento había sido intachable, siempre sabía dónde estaba su lugar, rozando la perfección en ese sentido. Pero a pesar de conservar su esencia ahora parecía más joven y dejaba ver más de sí, como si se hubiera desprendido de la madurez que requería su empleo. Por lo menos una parte.

Eso no significaba que a Jonathan le desagradara el cambio. Todo lo contrario. Cuando más aprendía de ella, más ilusionado se encontraba.

—Vaya, ¿así es como recibes a tus visitas? Dada la posición social a la que perteneces creí que te habrían proporcionado una intachable educación.

Ella sabía que se trataba de una broma. Aun así, no pudo evitar ruborizarse levemente a causa de la vergüenza.

—No todo el mundo estaría de acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, hay un pequeño y selecto grupo de familias llamados los Brahmin, que son considerados la aristocracia de Nueva Inglaterra. A pesar de ser adinerados mantienen un modo de vida muy conservador, poco dado a la ostentación y menos pública. Son personas distinguidas, cultas y mecenas de las artes. El escándalo es intolerable. Así que mi educación debe parecerles un tanto mediocre.

—¿Y tu familia no se encuentra entre esa élite?

Ella sonrió.

—¿Acaso no los conoces? Ellos adoran la pompa, la diversión y los chismes tanto como el poder. Y su círculo de amistades es del mismo modo. —La mayoría eran ricos empresarios bastante influyentes en la ciudad. Por supuesto, la decencia era importante para ellos y sus hijos asistían a las mejores escuelas, pero a diferencia de los Brahmin, se permitían ciertas licencias. Los bailes y las reuniones sociales resultaban vitales—. ¿Por qué crees que has encajado tan bien entre ellos?

Él comentó que parecía herirle.

—Creí que te agradaba mi forma de ser.

—Y me gusta —aseguró ella. No era un hombre nada ambicioso, si bien compartía otras características que lo asemejaban—. Pero sé realista, Jonathan. Eres todo un caballero y vistes con finura y elegancia. Y a pesar de todo ello, tienes un toque de excentricidad. Ir con Georgette a todas partes es una muestra de ello, por lo que no tendrías cabida en familias como los Bradlee, los Coffin o los Tarbox. Ni siquiera yo, que soy mucho más comedida.

A Jonathan tanta seriedad le producía aburrimiento.

—Bien, dejemos de hablar de los demás y concentrémonos en nosotros.

Leonor evaluó la situación.

—Mi madre, mi tía y la duquesa viuda han ido a la iglesia —se apresuró a explicarle. Además, se estaba preguntando por el paradero de Georgette, pues Jonathan había llegado sin el guacamayo, lo cual era muy extraño.

Jonathan cerró la puerta a sus espaldas.

—No es apropiado —protestó ella.

—En Stanbury Manor no parecías tan reticente. Recuerdo haber mantenido decenas de conversaciones en privado.

—Es distinto. En Inglaterra yo hacía el papel de dama de compañía. A nadie le importa lo que haga una dama de compañía mientras aparentemente sea discreta. No obstante, ahora nos encontramos en casa de mi madre.

—Y eres una rica heredera —matizó él.

—Ni siquiera sé qué soy —señaló ella. Y era cierto. Durante siete años se había refugiado en sus empleos como acompañante para huir de su pasado y ahora se estaba quedando en Boston, pero nadie había puesto una fecha de partida. ¿Qué sucedería después? ¿Acaso renunciaría a trabajar para Margaret y permanecería en la ciudad o se marcharía antes de que otro escándalo salpicara su vida?

Leonor le había contado toda la verdad a su madre, por lo que ya no había secretos entre ambas. Aparentemente habían hecho las paces, si bien parte de su comportamiento la confundía. ¿Por qué mantener aquella farsa de compromiso? ¿Qué se esperaba, pues, de ella?

—No me importa lo que pueda decirse por pasar unos momentos a solas. Al fin y al cabo estamos prometidos.

—No en realidad. Y a mí sí me importa.

Jonathan se rascó la barbilla.

—¿Y qué es de la vida sin un poco de emoción?

Como era natural en él, se tomó la situación con humor. Era Leonor quien debía pensar en las consecuencias.

—¿Quieres limonada? —le preguntó de repente, al comprender que Jonathan se había empeñado en quedarse y que ella no podría hacer nada por evitarlo. Y era peligroso. La tarde anterior había caído en una tentación que le había llevado a soñar con él durante toda la noche—. Sí —se dijo ella misma, rompiendo su acostumbrada serenidad. Se veía un tanto alterada—. Haré que traigan una jarra.

Jonathan la interceptó antes de que se le escapara y la tomó de la cintura, reteniéndola sin llegarla a forzar.

—Estoy bien, Leonor. No necesito limonada.

—¿Té, café?

—Solo te necesito a ti. —La joven lanzó un jadeo a causa de la sorpresa—. Mejor dicho, quiero hablar contigo —matizó Jonathan para no perturbarla más.

—¿De qué?

—De ningún tema en particular y de todos. Por eso he pensado que nos vendría bien pasar un tiempo a solas.

—¿Y cómo sabías que todos los demás han salido? —Había sido durante la cena de la noche anterior que las tres mujeres se habían puesto de acuerdo. Al parecer, su madre se encontraba dispuesta a dar su primer paseo tras su percance. Jonathan esbozó una sonrisa maliciosa, levantando inmediatamente la sospecha en ella. Frunció los labios—. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? —preguntó con una aire inocente que no consiguió engañarla.

—Te encantan las intrigas. Admítelo.

Su risa flotó en el ambiente y Leonor se quedó mirándolo, embobada. Sus ojos



sonreían, también, y su rostro, ya de por sí atractivo, había adquirido unos bellos matices que enriquecían cada ángulo de su piel.

En aquel instante no fue consciente de lo indecoroso de la situación, pues él seguía reteniéndola. Leonor se encontraba dominada por sus propias emociones, tanto que le resultó imposible atender a las lecciones que había aprendido sobre decencia y protocolo.

—Ay, mi dulce Leonor —le escuchó decir—. Admiro tu agudeza tanto como tu firmeza y tu fuerza de voluntad. Eres como una brillante flor en medio del prado que se resiste a sucumbir al cambio de estación. Y yo soy el peregrino que se detiene en el camino y sabe descubrir su belleza de entre todas las demás flores.

—Yo diría más bien que parezco un espinoso cactus —declaró ella, pues no se sentía representada en la comparación de Jonathan.

Él se mostró en desacuerdo.

—¿Espinosa, tú? Para nada. —Con la mano izquierda acomodada en su cintura, Jonathan subió lentamente la derecha por la base de su espalda, acariciando cada pulgada de piel por encima de la ropa—. ¿Ves? Ni siquiera pichas un poquito.

Ella le apartó la mano de forma abrupta.

—No creas que voy a olvidar lo que estábamos hablando. Confiesa.

—¿Y si no quiero? —la retó con una sonrisa endemoniada.

Sus miradas se encontraron y Leonor retuvo la respiración. Tenía la sensación de que iba a besarla en cualquier momento, porque él ladeó la cabeza para acercarse más y entrecerró los párpados hasta concentrarse en sus labios.

Entonces, su voz interior le dijo que no era justo. Jonathan no tenía ningún derecho a comportarse como lo estaba haciendo, mostrando interés y desconcertándola, cuando estaba enamorado de otra mujer. Con anterioridad había permitido sus galanteos como parte de su actuación. Se suponía que eran una pareja de prometidos y era lo que debía hacerse, pero ahora no había nadie a su alrededor.

Quiso reprochárselo, sin embargo era muy probable que al hacerlo dejara patente sus sentimientos. Y eso era algo que no podía permitirse.

«Piensa, piensa», se dijo.

—Si no lo haces tú se lo preguntaré a la duquesa.

Jonathan curvó sus labios, aunque seguía estando peligrosamente cerca.

—¿Y qué te hace pensar que mi visita tiene que ver con ella?

Leonor no lo sabía, solo estaba tanteando. Jonathan había llegado a la casa sin ninguna cita previa y al parecer estaba al tanto de que ella se encontraba sola. Así que solo había dos opciones: o que las hubiera visto marchar o que supiera de antemano que no las encontraría.

—¿Por qué no has traído a Georgette?

—La dejé descansado.

—¿Ella te lo pidió?

Era un comportamiento sospechoso, pues Jonathan rara vez se separaba del guacamayo.

—Vaya, la echas más de menos que a mí. ¿Debería ponerme celoso?

—No digas estupideces —replicó Leonor—. Solo trato de descubrir por qué te muestras tan impaciente por conversar conmigo cuando nos hemos visto cada día.

—¿Tan difícil es de creer? ¿No te consideras lo suficiente encantadora como para despertar el interés en un hombre?

Su corazón latió desbocadamente, aunque terminó por desestimar el comentario.

—No creo que Isobel lo aprobara —soltó por fin. Leonor deseaba ser clara para no dar pie a malos entendidos o hacerse ilusiones—. Ella encontraría reprobable que fingieras un compromiso solo por proteger a una... —vaciló— a una... amiga.

—¿Amiga? ¿Es eso lo que piensas que somos?

—¿Tú no? —balbuceó.

Jonathan negó con la cabeza con decisión.

—Entre nosotros hay mucho más. Solo que te niegas a confesarlo.

Leonor enmudeció. Por supuesto que no quería decirlo en voz alta, porque le daba la sensación de estar entregándole su corazón; un corazón que nunca sería correspondido. Él amaba a Isobel y se había marchado a Londres con ella después de su aparición en la boda de los duques. ¿Para qué seguir ahondando en aquello? Conocía cuales eran los sentimientos de Jonathan.

—Pero Isobel...

Él suspiró con pesadez.

—Supongo que es un momento tan bueno como cualquiera para hablar de ella. ¿Nos sentamos?

Jonathan pensó que una copa de oporto no le vendría mal en un momento como aquel, aunque era demasiado temprano para beber. No le resultaba nada placentero

tener que dar explicaciones sobre su pasado o revivir cada uno de los recuerdos que le ataban a Isobel. Pero lo estimó oportuno.

Leonor se merecía conocer la verdad

—Supongo que una buena historia debe comenzar a explicarse desde el principio —murmuró rascándose la nuca—. Hace muchos años que conozco a Isobel. Tantos, que parece toda una vida. Yo no era más que un jovencito despreocupado cuando mi padre me informó de su intención de contraer nupcias de nuevo. Como su único hijo me alegré por él, pues yo ya había terminado mis estudios y nos veíamos poco. Merecía envejecer junto una mujer que lo cuidara y le hiciera compañía. Sin embargo, imaginé que su nueva prometida sería alguna viuda de cierta edad y madurez, no una joven que prácticamente tenía mis mismos años.

Lo cierto fue que desde la primera vez que puso los ojos en Isobel se sintió atraído por ella. Era bellísima, con una figura perfecta y unos ojos resplandecientes. Y del mismo modo que la admiró, le dio vergüenza confesar que envidiaba la suerte de su padre.

—Por aquella época —continuó él—, yo era bastante inmaduro y no pude comprender cómo semejante criatura estaba dispuesta a casarse con un viejo que duplicaba de largo su edad. Mi padre era un hombre muy rico, pero no poseía ningún título.

—¿Nunca le confesaste tus sentimientos? —preguntó Leonor, que hasta entonces había permanecido en silencio.

Una parte de ella deseaba conocer la historia de Jonathan y en qué medida estaba unido a Isobel, pero por el otro, se sentía mal. Los celos habían comenzado a aguijonearla, pensando que él había entregado su corazón a un amor imposible.

No era un sentimiento noble y no se sentía orgullosa, no obstante, le resultaba imposible deshacerse de ellos.

—Mientras mi padre estaba vivo, no. De otro modo lo consideraría una traición. Además, Isobel era la esposa perfecta y desempeñaba su papel de un modo ejemplar. Nunca dio indicios de corresponderme, así que comprenderás mi frustración. También tenía que lidiar con los encontrados sentimientos que despertaba el saber que ella fue la mujer de mi padre en el sentido literal de la palabra.

Leonor supo a qué se refería. De hecho, ya resultaba difícil pensar que la persona que amabas se dejaba querer por otra. Si a eso le añadías que ese alguien era el padre

de uno, dificultaba más las cosas.

—¿Y qué sucedió después?

—Llegué a Stanbury Manor para huir y olvidar mis penas tras una pelea que ambos habíamos protagonizado —dijo con pesar—. Mi padre había muerto hacía unos años y supongo que la pena nos unió. Ella se apoyaba en mí, tanto en los asuntos financieros como de otra índole, y terminé llegando a la conclusión de que por fin tendríamos nuestra oportunidad.

—Deduzco por el tono que estás usando que nada salió según lo planeado.

Jonathan esbozó una sonrisa cargada de pesar.

—Tienes razón. Ella me rechazó y dijo que nunca había sentido lo mismo. —Entonces, su semblante cambió—. Pero por suerte, no todos los días son oscuros y los nubarrones se desvanecen. ¿Sabes por qué? —Leonor negó con la cabeza, expectante—. Porque conocí a cierta dama amada por todos cuanto la rodeaban, juiciosa, sincera y leal, que trataba de pasar desapercibida. Y no lo consiguió. En cuanto comenzó a rebatir mis palabras y a hechizar a Georgette, supe que nada volvería a ser lo mismo.

La joven parpadeó, luchando por controlar sus emociones.

—Eso no tiene sentido. Te marchaste con ella —dijo. Y a pesar de no haber sido su intención, su voz sonó cargada de reproches.

Jonathan se inclinó hacia adelante y clavó sus ojos en ella.

—Sí, lo hice —admitió.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Tienes por costumbre alternar una mujer por otra?

—No lo hice por lo que tú crees... o tal vez sí —reflexionó—. Isobel no podía permanecer en Stanbury Manor. No podía pedirle a mi mejor amigo que la alojase. Su visita ya estaba causando demasiado revuelo. Y pensé que sería mejor alejarnos y regresar a Londres.

—Por supuesto —murmuró Leonor con voz compungida. Sabía ser comprensiva con los demás y perdonar las faltas, pero por un instante deseó la felicidad para ella también.

A lo largo de los años se había acostumbrado a la idea de la soledad, por lo menos en cuanto a una pareja se refería. Ella no cumplía con ningún estándar de belleza y siendo dama de compañía no tenía mucho que ofrecer. Sin embargo, le sucedió en Inglaterra y ocurría también en Boston: sintió una leve esperanza de cambio, como si

de una vez por todas el destino fuera a cambiar y la fortuna le sonriera, aunque las palabras de Jonathan echaran por tierra cualquier cálculo que hubiera hecho.

Inesperadamente, él se sentó a su lado y tomó sus manos, provocando un pequeño caos en el interior de su cuerpo.

—Ella dijo que deseaba conquistarme.

—Lo sé. Yo estaba ahí.

Se dio cuenta que a pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo seguía resultando tan amargo como antes.

—Leonor, podría disculparme por algunas de mis acciones, aunque no creo que sirviera de mucho. No negaré que ya en aquel entonces albergaba sentimientos hacia ti. Y antes de la intervención de Isobel me había propuesto descubrirlos. Sin embargo, todo cambió. Supongo que decidí que tanto ella como yo merecíamos una oportunidad.

—No tienes que darme más explicaciones. El corazón manda.

Jonathan sonrió de oreja a oreja.

—Eres realmente sabia, ¿cierto, querida? Pues déjame contarte que no tardé en darme cuenta del error «mayúsculo» —enfaticó— que había cometido y hui de Londres en cuanto me fue posible.

—Para recoger a Georgette —le recordó ella.

—Eso fue lo que le dije al señor Pickens durante todo el camino. Una excusa cuanto menos creíble, pero no la única. Así que Isobel no es un problema.

Leonor se quedó pensando en aquellas palabras, mientras en su cabeza bullían miles de preguntas.

Comenzó por la más sencilla de formular.

—¿Y ella lo sabe?

Él vaciló un instante antes de responder. Ojalá fuera tan fácil.

—De algún modo debe de saberlo.

—¿Cómo? ¿No se lo has dicho? —preguntó, ligeramente escandalizada—. Dime que me equivoco.

—No.

Contrariamente a la intención de Jonathan, Leonor no se sintió complacida, más bien defraudada, lo que la llevó a la exasperación. Su modo de actuar no era precisamente caballeroso.

—Santo Cielo, Jonathan. ¿Y no se merecía por lo menos una explicación? ¿Esa es la mujer que has amado? —No comprendía cómo, tras años sufriendo por un amor imposible, ni siquiera se hubiera tomado la molestia de revelarles sus auténticos sentimientos. ¿No merecía algún tipo de delicadeza por su parte? Porque no sería nada agradable que Isobel descubriera que Jonathan había cambiado de opinión—. ¿No se tratará de una revancha? —le preguntó con sospecha—. ¿Acaso sigues dolido porque ella te rechazara?

Él se indignó porque Leonor llegara a aquella conclusión.

—Por supuesto que no. No soy tan mezquino —aclaró—. Y para satisfacer tu curiosidad, te diré que ni siquiera lo había pensado del modo en el que tú lo expones. Para mí fue sucediendo poco a poco, hasta que me sentí ahogado por la presión que ella había puesto en mí y decidí poner distancia entre ambos. Después surgió el inesperado viaje y no tuve tiempo de informarle como era preciso. Pero Isobel es una mujer inteligente y no dudo que esté al tanto de mis sentimientos.

O eso deseaba creer.

Durante aquellas semanas en Londres, su inicial buena disposición se había transformado en un inusual fastidio y sus gestos y su indiferencia era un claro indicativo del desgaste de sus emociones. Ni le seguía sus juegos ni se dejó seducir.

—¿Y si no lo está?

Jonathan chasqueó la lengua.

—Me ocuparé de ello cuando regrese a Inglaterra. —Leonor quiso preguntar cuándo sería eso, pero no se atrevió a hacerlo. No para satisfacer su vanidad, sino porque no deseaba que él se marchara tan pronto, pero entonces Jonathan se fijó en su expresión insatisfecha—. Creí que te alegraría enterarte de cuáles son mis intenciones para contigo.

—Tu instinto te falla. ¡Qué poco conoces a las mujeres!

—Al parecer, tienes toda la razón. He venido por nosotros y en cambio tú parece empeñada en hablar de Isobel.

Leonor trató de hacerlo entender.

—Lo uno va ligado con lo otro. No puedo olvidar que hasta hace poco la considerabas la mujer de tu vida, así que parece muy precipitado tu cambio de opinión.

Jonathan quiso despejar sus dudas y aclarar el asunto de una vez por todas. Él

estaba comenzando a cerrar heridas y era necesario que ambos estuvieran en el mismo lugar del camino.

—¿Qué es tan difícil de entender? Tal vez malgasté años ofuscado por un amor que no tenía sentido. Ni siquiera entonces. Me aferré a mis sentimientos y languidecí aferrándome a mi propio dolor y a las injusticias de la vida. Y ese ni siquiera era yo, porque mi carácter es mucho menos dramático. —La vio alzar los ojos—. Lo que quiero decir es que todo el amor que creí sentir se fue diluyendo hasta transformarse en cariño y no supe darme cuenta hasta hace bien poco.

No era una exageración. Hasta la tarde anterior todavía temía no haberlo superado, que a pesar de sentirse hostigado por Isobel todavía quedaban resquicios del pasado incrustados dentro de él. Sin embargo, desde que tomó la decisión de seguir adelante con Leonor comprendió que era ella la que iluminaba su corazón y que era ella la única mujer con la que sentía la ilusión de encarar un futuro.

Se dijo, a tenor de sus palabras, que todavía era temprano para confesarle la intensidad de sus sentimientos.

—Contigo es distinto —continuó él—. Tanto, que me siento cómodo haciendo el papel de tu prometido. —Era realmente sencillo dejarse llevar y creer que su compromiso no era fruto del deseo de defenderla. Adoraba a Leonor de Inglaterra y la seguía adorando, incluso más, en Boston. Estar junto a ella no era lo desgarrador que había sido hacerlo con Isobel en el pasado, pero lo cierto era que el amor no tenía por qué conllevar dolor—. Por eso y por mucho más desearía que me dieras la oportunidad de descubrir qué somos el uno para el otro, porque estoy seguro de que ambos nos llevaremos una grata sorpresa.

Leonor vaciló. Jonathan le había confesado que albergaba sentimientos hacia ella y eso llenaba su corazón de un modo que nunca hubiera creído posible. Sin embargo, no podía ilusionarse, dar rienda suelta a sus emociones y dejarse llevar. Era demasiado arriesgado. Porque no podía olvidar el papel que Isobel jugaba en la vida de Jonathan.

¿Y si no la había olvidado como aseguraba y él ni siquiera se daba cuenta? ¿Y si para cuando lo hiciera ella estaba demasiado implicada? Sería devastador comprobar que todo había sido una mera ilusión y que nunca sería posible que fueran una pareja. O tal vez Jonathan terminara aburriéndose de ella. Era una posibilidad bastante real, pues Leonor no era ninguna belleza y no tenía mucho que ofrecer.

—No lo sé —murmuró llena de dudas, tras uno segundos en silencio.

—Sé sincera conmigo —la animó él con voz suave—. Ábrete a mí. —Leonor se lo quedó mirando, mientras el dedo índice de Jonathan había comenzado a moverse sigilosamente por su piel. Aquella delicada caricia era suficiente para desestabilizarla y para que dejara de pensar con claridad—. ¿Por qué no desvelar cuáles son tus sentimientos?

Ella levantó las pestañas con delicadeza.

—No puedo estar segura de nada —musitó. Todo era demasiado confuso y precipitado.

—Yo te ayudaré —le escuchó decir, antes de que tomara la delantera.

Leonor, que no era para nada inmune a los encantos de Jonathan, llevaba un tiempo esperando aquel momento, aunque había tratado de acallar su voz interior. Cuando él comenzó a recorrer con la mirada todo su cuerpo sintió palpar su corazón bajo el pecho.

La expectación se entremezcló con el deseo y eso que apenas la estaba rozando.

Cuando Jonathan la tomó de la cintura con delicadeza y la acercó hacia sí, ella levantó la vista con cierto azoro y vio que sus ojos brillaban con calidez, dándole la confianza que necesitaba.

—Voy a besarte —anunció él con ternura.

A continuación, todo ocurrió con rapidez. Sin darle tiempo a pensar, Jonathan se inclinó hacia ella y capturó sus labios, absorbiendo su esencia y haciendo presión sobre su boca. Mientras tanto, su mano se deslizaba por su espalda hasta detenerse en la base de la columna.

Se trataba de un beso que comenzó como un tanteo y terminó tornándose exigente. Jonathan pasó a comportarse como un hombre fogoso que daba rienda suelta a sus deseos, ignorando deliberadamente al caballero que llevaba dentro.

Con la respiración entrecortada y la mente un tanto nublada pensó que era el primer hombre que conseguía despertar en ella semejantes sentimientos y la hacía vencer cualquier miedo al escándalo. Ella, que siempre había acatado las normas del decoro, se encontraba en una posición inusual.

Superado el estupor inicial, Leonor se dejó llevar, como si fuera la etérea brisa sobrevolando la hierba de un fresco prado. Arqueó la espalda y se apoyó en sus hombros para gozar de la recién descubierta sensualidad que sus cuerpos emanaban.



Pasó una mano por su suave cabello y acarició su mejilla y sus labios con delicadeza, reteniendo cada minúsculo detalle.

Era extraño cómo había sucedido todo. Jonathan había llegado a Stanbury Manor para tratar de olvidar a Isobel, mientras que ella había aprendido a proteger su corazón. Y mientras el amor florecía para sus amigos ellos mismos habían ido cayendo bajo su influjo.

En aquel instante, Jonathan dejó escapar un suspiro de satisfacción. Se apartó un poco de sus labios y le preguntó:

—¿Te gusta? —Su mirada era muy viva.

Leonor se pasó una mano por la garganta y dejó escapar el aliento, volviendo a enredar sus dedos en el cabello masculino.

—Sí —contestó con la voz afectada.

Era reacia a separarse y todavía sentía el efecto del roce de sus cuerpos.

—Prométeme una cosa —dijo Jonathan, apoderándose de sus labios. Pero esta vez lanzó una serie de besos breves a los que pareció no querer darles fin.

—¿Qué?

—Prométeme que pensarás en nosotros. Prométeme que me darás una oportunidad.

Ella asintió, despacio. Cerró los ojos y se apoyó sobre su pecho, consiguiendo que Jonathan volviera a suspirar.

Era una delicia encontrarse en sus brazos.

—Ya que hablamos de sinceridad, ¿podrías decirme cómo sabías que me encontraba sola?

Jonathan silbó por lo bajo.

—No se te escapa nada. —A pesar de lo que acababan de compartir, ella no había abandonado la conversación inicial. Así que se dio cuenta de que Leonor no zanjaría el tema hasta que respondiera con la verdad—. A última hora de la tarde de ayer mandé una nota privada a Margaret. —No tenía que mirar para saber que ella estaría arrugando el ceño—. Le pedía que se las ingeniara para vaciar la casa y conseguirnos un poco de privacidad.

Leonor se quedó boquiabierta.

—¿Estás diciendo que la visita a la iglesia ha sido idea tuya? ¿De qué eres capaz?

Jonathan esbozó la más encantadora de las sonrisas.

—¿Por ti, querida? De lo que sea.



Todo comenzó como un juego; un simple pasatiempo para huir del tedio al que estaban sometidos. Las calles se encontraban salpicadas de barro debido a la lluvia que cubrió Boston el día anterior y que se negaba a marchar. Así que Helen Price decidió organizar una merienda con la única intención de olvidar las inclemencias del tiempo que habían mermado sus posibilidades de ocio.

A pesar de la lluvia había asistido Amelia, su hermana mayor; Stephen, uno de los hijos de esta; por supuesto, Jonathan y Georgette; su secretario, que había sido amablemente invitado a la mansión; su sobrina Priscilla y la pareja formada por el matrimonio Henderson.

—Esta tarde deberíamos hacer algo distinto que nos haga olvidar que estamos encerrados —anunció la madre de Leonor, que como en los últimos días, seguía ejerciendo de anfitriona. Su hogar había servido para congregar a la familia en diversas ocasiones y, aunque faltaban la mayoría de los hombres, pues se encontraban ocupados con sus negocios, eran un grupo suficientemente numeroso.

Incluir al señor Pickens fue una opción bien escogida. Helen pensó que tal vez no fuera de su misma clase social, pero trabajaba para su futuro yerno y se encontraba en una ciudad totalmente desconocida. El pobre hombre no había tenido la oportunidad de buscar distracción alguna, por lo que ella se la ofrecía. Y si de paso se decidía a acompañarlos, bien podría aprovechar para saber más de Jonathan y su vida.

Era como matar dos pájaros de un mismo tiro.

—¿Y qué es lo que propones? —preguntó su hermana Amelia, abierta al cambio.

—Todavía no lo sé. ¿Margaret?

Que pidiera opinión a la duquesa viuda no fue nada sorprendente. Margaret poseía un carácter dulce y benevolente, lo cual la alejaba mucho del carácter de la madre de Leonor. Sin embargo, aquel detalle no había impedido que ambas hubieran hecho muy buenas migas en el transcurso de los días y que decidieran tratarse con informalidad.

A la anciana se le iluminó la mirada.

—Podríamos organizar un juego o hacer un teatro.

Hacía mucho que no se le presentaba una oportunidad como aquella. Vivir en el campo tenía sus compensaciones, pero sus vecinos eran gentes sencillas y tranquilas,

poco dados a aquel tipo de actividades. Y si bien contaba con la compañía de su nieto Jeremy, que solía ser un joven muy sociable y le gustaba tener invitados en Stanbury Manor, se mostraba arisco con todo lo que tenía que ver con la interpretación y las frivolidades.

—¿Un teatro? —se interesó Beatrice—. ¿De qué tipo?

Desde su posición y tomándose un café, Jonathan se preguntó por qué tanto ella como su esposo seguían asistiendo a las mismas reuniones todos los días. ¿Acaso no tendrían más compromisos o más amigos a los que fastidiar?

Era curioso con qué facilidad conseguían echar por tierra su buen ánimo y el paso de los días no había mitigado sus sentimientos. Ya nada tenía que ver con Leonor o el modo en el que se habían comportado con ella. Simplemente no los soportaba.

Se prometió a sí mismo que haría cambios al respecto, aunque para ello debiera hablar con su futura suegra.

—Alguna obra sencilla en la que podamos participar todos. Tal vez una fábula o un teatro ligero con el que nos sintamos cómodos. —La duquesa viuda se dirigió entonces a la madre de Leonor—. Helen, ¿no tendrás por ahí vestidos viejos o algún disfraz que podamos usar?

Ella tuvo que pensarlo unos segundos. En algún lugar de la casa deberían estar guardados los trajes que habían ido acumulando a lo largo de los años y que por ser tan ostentosos nunca habían dado a caridad.

—Probablemente —admitió—. Pediré a las criadas que los busquen.

La idea de la duquesa viuda pareció refrescar los ánimos.

—Y si todos vamos a participar, ¿quién juzgará a la persona que lo haya hecho mejor? —preguntó Beatrice.

Su tía la reprendió con la mirada.

—Nadie —dijo de un modo contundente—. Beatrice, estamos haciendo esto por puro entretenimiento.

—Por supuesto —se afanó en contestar—. Pero sería una lástima que nadie vaya a vernos. ¿Acaso tus criados, tía, van a ser nuestros espectadores? Sería un desperdicio de talento.

Helen la miró, ceñuda.

—¿Estás proponiendo que alguno de nosotros no deberíamos participar por el simple placer de verte actuar? —Con un gesto desestimó todas sus protestas—. No

seas necia. Y ahora, por favor, pongámonos a ello.

Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo tratando de aportar sus ideas respecto a lo que debía hacerse. Parecía que los unos no quisieran escuchar las propuestas de los otros. Y con ello, pronto llegaron las desavenencias por la obra a escoger, por los protagonismos e incluso por el vestuario.

—¡Me niego a hacer de huérfana! —se indignó Beatrice ante una de las sugerencias.

Haber estado unos minutos en silencio ya había sido suficiente castigo para ella.

—¡Ni yo de asno! —exclamó Stephen.

El caos fue extendiéndose.

El señor Pickens fue el único que pidió la palabra respetuosamente, pero nadie parecía prestarle atención, por lo que tuvo que ponerse de pie en medio del salón y temperar los ánimos.

—¡Un poco de orden, damas y caballeros! —En un comienzo lo ignoraron del mismo modo que lo hacían entre ellos, por lo que tuvo que levantar el tono de voz para hacerse oír por todos—. ¡Un poco de orden, damas y caballeros! —les exigió—. Hay que saber respetarse.

Jonathan levantó una ceja al verle tomar el control de la situación. Pickens era un hombre eficiente, pero reservado, y rara vez le gustaba ser el centro de atención.

Se arrellanó cómodamente en la butaca que ocupaba y los miró a todos.

—Tiene toda la razón. Nos estamos exaltando sin ningún motivo.

Todos habían tomado la propuesta de la duquesa viuda con un exceso de entusiasmo.

Pickens retomó la palabra.

—Señora Price, le agradezco la invitación de esta tarde. Sin embargo, debo declinar embarcarme en esta empresa. Mi participación no es necesaria.

Jonathan no le dejó escaparse con tanta facilidad.

—Vamos, no tiene otro sitio al que acudir. Además, un poco de diversión no le hará daño.

Visiblemente incómodo, el secretario se estiró la chaqueta y después consultó su reloj de bolsillo, como si le esperaran en algún sitio.

—Insisto en negarme, señor Wells.

—No sea tan estirado. ¿Es que cree que va a hacerlo mal?

En aquel instante, Roberta intervino. Desde su posición había contemplado la escena: la incomodidad del señor Pickens, los sudores fríos o su intento de aparentar normalidad, cuando era evidente que la idea de actuar no le atraía en absoluto. Y al final se había apiadado de él.

—Señor Pickens —Roberta se levantó, lo tomó del brazo y lo fue alejando de los demás—, no se preocupe. Le daré un papel muy pequeño; insignificante, diría yo. Con unas pocas palabras será suficiente. O puede hacer de árbol si así lo desea.

Con el primer incendio sofocado y dándose cuenta de que no llegarían a un acuerdo, todos votaron por hacer grupos pequeños y que cada uno de ellos eligiera lo que más les complaciera. De inmediato, Jonathan se postuló como pareja de Leonor, la madre de esta se juntó con la duquesa viuda, la tía Amelia con la prima Priscilla y por supuesto, Adam con Beatrice. Roberta tuvo que encargarse del señor Pickens y de su sobrino Stephen.

Al final, todos parecieron bastante aliviados con las reparticiones.

Eso dio la oportunidad para que Jonathan y Leonor pasaran más tiempo a solas, o lo más a solas que podían estar si se tenía en cuenta los numerosos familiares de ella que pululaban por la primera planta de la mansión.

Jonathan, de lo más animado, fue en busca de su querida Leonor, la tomó del codo y le dedicó un sinfín de sonrisas cargadas de complacencia que ella le devolvió con entusiasmo. Quizás no estuviera lista para expresar en voz alta sus sentimientos, pero él podía ser un hombre paciente. Al fin y al cabo la perseverancia iba a triunfar.

Fue entonces cuando una entusiasmada Beatrice comenzó a exponer en voz alta sus planes.

—Adam y yo vamos a representar a alguna divinidad griega que lucha por restablecer el poder frente a los hombres.

Jonathan la contempló fijamente mientras hacía esfuerzos por reservarse el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua y no decirlo en voz alta. Sin embargo, hizo partícipe a Leonor.

—El papel de Harpía le sentaría como un guante —susurró a su oído.

Ella movió la cabeza con incredulidad y se cubrió la boca con la mano, antes de que se le escapara la risa.

—Eres terrible —le regañó sin ningún tipo de rigor.

—Anda, niega que no has pensado lo mismo —la retó él.

—No lo he hecho... No me has dado tiempo.

Jonathan hubiera querido besarla allí mismo. Darle un beso largo y profundo que hiciera encender a ambos. Sin embargo, estaban rodeados por todos los flancos y era imposible hacerlo sin escandalizar a la familia.

—Alejémonos de aquí.

Hizo un gesto discreto para llamar a Georgette, que hasta entonces había permanecido tranquila en el alféizar de la ventana.

—¿A dónde?

—A algún lugar más privado en donde la voz de tu prima no se filtre en mis oídos. Aunque no sé si algún lugar en esta ciudad alcanzará.

Leonor soltó una risita musical que invadió todos sus sentidos, lo tomó de la mano, entrelazando sus dedos. Abandonaron el salón con total discreción mientras de fondo Beatrice seguía con su monólogo y Helen daba órdenes a dos doncellas para improvisar los decorados.

Lo condujo hasta la biblioteca en una atmósfera silenciosa. Al cerrar la puerta Jonathan dejó ir a Georgette, tomó a Leonor de la cintura con urgencia y cubrió los labios con los suyos, sin ningún signo de titubeo. Y Leonor respondió a la ofensiva con auténtica devoción mientras sus lenguas se enredaban, buscando su total rendición. Pero aquellos besos a escondidas resultaban demasiado traicioneros para su propia paz, porque deseaba más y más.

Al final terminó recobrando el juicio.

—Detente —le dijo ella.

Jonathan se resistió a creerla y siguió besándola.

—No lo dices de verdad.

Leonor trató de apartarse.

—No te he traído aquí por esto. —A regañadientes, Jonathan la soltó y Leonor se arregló el cabello para asegurarse de mantener el aspecto impoluto que siempre acostumbraba—. Necesitamos centrarnos en una obra y comenzar con los ensayos. Creo tener la solución.

Como si no hubiera sucedido nada fuera de lo común, comenzó inspeccionar una de las estanterías, leyendo los títulos, mientras su dedo se deslizaba por los lomos de los libros.

Con las manos entrelazadas en la espalda, Jonathan pensó que Leonor tenía una

bonita expresión en su rostro, tan enfrascada en su tarea como estaba. Se alegraba de que fuera su pareja en aquella particular distracción, porque cualquier otra opción hubiera resultado ser tan frustrante como decepcionante.

Para no desaprovechar la oportunidad que se les había brindado, barajó un par de posibilidades que podían interpretar frente a los demás. Una de ellas era un tanto cómica, pero no requería una especial cercanía entre ellos dos. La otra, en cambio, le permitiría abrazarla sin levantar reproches entre la madre o las tías de Leonor.

Sin embargo, ella parecía tener sus propias ideas.

Se acercó a la joven y se apoyó en la pared, sin apartar los ojos de ella.

—¿Buscas algún libro en particular?

—Un momento de silencio, por favor —murmuró Leonor, vuelta hacia él. De inmediato volvió a clavar la mirada en la estantería—. Creo recordar que... —dijo para sí—. No puede haber desaparecido porque yo... —Leonor se interrumpió y sacó uno de los libros que había estado tocando. Abrió la tapa y lo ojeó—. Ya sé lo que quiero hacer: «The lady of Shalott».

Jonathan arrugó la frente al reconocer la obra de Alfred Tennyson.

—Un poema —dijo, asombrado por la elección. Ella parecía satisfecha, pero no era lo que Jonathan tenía en mente—. Creí que haríamos un pequeño teatro.

La obra, como una leyenda medieval en tiempos artúricos, se centraba en una dama encerrada en un castillo que vivía bajo la amenaza de una maldición. No recordaba cuantas estrofas tenía, pero sabía que era larga.

Resultaría imposible aprendérselo todo en un par de horas.

—Ya has demostrado tus grandes dotes como poeta —contestó Leonor haciendo referencia a la escena acaecida en la primera cena familiar—. No deseo desilusionar a los presentes.

Él sonrió.

—¿Estás adulándome para conseguir salirte con la tuya? —Ella le devolvió la sonrisa, confirmando sus sospechas. Tras unos instantes de silencio se situó detrás de ella, rozando inocentemente su cuerpo, y miró por encima de su hombro—. Déjame ver.

A pesar de su determinación inicial, le fue un tanto difícil concentrarse en lo que había escrito, pues el tenue perfume de Leonor lograba distraerle. Además, cada vez era más consciente de su propio deseo.



Se aclaró la garganta.

—*A ambos lados del río* —comenzó a recitar él— *se despliegan anchos campos de cebada y centeno, que decoran la tierra y se reúnen con el cielo; y a través del campo se extiende el camino que va hacia las torres de Camelot.* —Jonathan se detuvo tras la primera estrofa—. ¿Cómo se supone que vayamos a hacerlo? —preguntó, contemplando su grácil nuca, tan atrayente como resultaba Camelot para la dama de Shalott.

Que ella se diera la vuelta y se humedeciera los labios no ayudó para nada.

—Ambos podemos hacer de la dama de Shalott. —Jonathan la miró interrogativamente y ella tuvo que aclararle lo que se le había ocurrido—. Tal vez no sea el papel que tenías previsto, pero he tenido en cuenta que tú recitas de maravilla. Podríamos poner un pequeño banco de madera y un espejo frente a él. Yo haré ver que estoy tejiendo y tú, Jonathan, comenzarás con los primeros versos.

—Preferiría hacer un papel de caballero andante que rescata a la dama.

—Es una lástima que en la obra no suceda así.

—Tal vez podríamos cambiar el final —sugirió—. Que sea Lancelot quien la libere de una vez por todas de la maldición.

—Así que deseas ser mi salvador —dijo ella, bromeando, mientras deslizaba la mano por la solapa de la chaqueta masculina.

Jonathan fue consciente, en cada fibra de su ser, del acercamiento. Su respiración se ralentizó y sus sentidos se vieron alertados. Si no hizo comentarios al respecto y fingió naturalidad fue para que ella no se dejara llevar por la rigidez que suponían las normas del decoro. Sin embargo, pensó que era una delicia que fuera ella quien tomara la iniciativa. Aquel gesto indicaba que Leonor se sentía lo suficientemente cómoda con él.

—¿De la maldición que supone tu prima? Por supuesto. Dime lo que necesito para deshacerme de ella.

Leonor no pudo evitar reír. Sus comentarios maliciosos eran de lo más acertados, pues había momentos en los que también creía que Beatrice suponía una maldición. Y Jonathan no podía resistirse a ella. Era la mujer que colmaba sus esperanzas.

—Un remedio. Necesitas un poderoso remedio para olvidarte de ella.

Jonathan se tensó al escuchar su respuesta. Dirigió la mirada a la mano de Leonor, que seguía deslizándose por su pecho.

—¿Y cuál será? —preguntó con la voz entrecortada.

—Un poco de esto y un poco de aquello.

Si Leonor fue tan ambigua fue porque de repente Jonathan comenzó a depositar un reguero de besos por su garganta, avanzando pulgada a pulgada e incendiando la piel a su paso.

Y así era imposible pensar con claridad.

A continuación, Jonathan mordisqueó sus labios con exquisitez, la besó levemente en la boca y volvió a centrarse en el cuello y la clavícula, donde la piel estaba expuesta a sus caricias.

Si se sorprendió al sentir cómo presionaba su cadera hacia él y la envolvía en un en un íntimo y embriagador abrazo no lo dejó translucir. Su aroma era cálido y su boca exigente. Leonor se apretó contra su cuerpo y dejó que él la guiara por aquel dulce tormento de emociones.

Jamás le hubiera permitido tales libertades a cualquier otro, si bien él ya no era solo su amigo o su falso prometido. Porque Jonathan la deseaba y en cada oportunidad que se le concedía así lo demostraba. Además, conseguía que su corazón se acelerara solo con una mirada.

Sin embargo, lo más importante de todo era que ella también lo deseaba.

—Jonathan... —murmuró al cabo de unos minutos por encima de sus labios. Su mente se encontraba adormecida, aunque quedaba un resquicio de cordura. Cualquiera podría entrar en la biblioteca para buscar un libro, tal como habían hecho ellos y sorprenderlos en un abrazo más que comprometedor—. Te pido que dejes de tentarme. Debemos ensayar —o por lo menos era lo que la voz de la razón le dictaba—. Nos hemos comprometido a hacerlo.

Él dejó escapar un gruñido de disconformidad. Era la segunda vez en unos minutos que Leonor trataba de detener su avance y cada vez estaba menos dispuesto a dejarla ir.

—La única persona con la que me he comprometido es contigo —señaló él con agudeza.

—No me refería a eso y lo sabes. Mi madre y la duquesa viuda esperarán una actuación que sea digna. Si tú me entretienes con tus besos y tus caricias nunca lograremos alcanzar sus expectativas.

—Tienes demasiada fe en mí.

Leonor quitó las manos masculinas de su cintura y llamó a Georgette con la firme intención de que su dueño no se le acercara nuevamente con segundas intenciones, aunque no era fácil resistirse a aquel despliegue de sensualidad.

Mientras acariciaba al animal distraídamente pensó que desde que Jonathan le confesara que Isobel no suponía un problema y que deseaba que ella le diera una oportunidad, la relación entre ambos se había vuelto más íntima. No solo en el aspecto físico. Sí, Jonathan trataba de besarla a la menor oportunidad, pero lo que en verdad importaba era que estaban sopesando la posibilidad de un futuro juntos y hablaban de ello con menos remilgos. Era como si Jonathan hubiera descartado la posibilidad de regresar a Inglaterra. Nunca se mencionaba la farsa en la que estaban metidos ni daba muestras de terminar con ello. Y mucho menos contaba con la posibilidad de rebelárselo a su madre; él seguía aferrado a un compromiso inexistente. Pero para todos, en ocasiones incluso para ellos mismos, era real.

Al parecer, su madre no era la única que evitaba hablar de ruptura.

En medio de aquel torrente de sentimientos y confusión sobre Jonathan y sobre lo que representaba para ella, el tiempo transcurría escuchando hablar de la boda, de invitados o vestidos. Además, Kenneth se había reunido un par de veces a solas con Jonathan para conversar sobre el futuro de la refinería, mientras la presionaba para que le allanara el camino con su madre.

Leonor no era muy optimista en cuanto a su respuesta. Si no la había escuchado y prefería ignorar una verdad de esa magnitud, que en un momento y otro terminaría saliendo a la superficie, nada pronosticaba que se tomara mejor la marcha y abandono de Kenneth.

Leonor no deseaba decepcionar a nadie y por eso se preguntaba hasta dónde serían capaces de llegar con el compromiso.

Cuando estuvo segura de que Jonathan mantendría las manos en el lugar que deberían estar, se levantó para recuperar el libro con el poema. Por suerte, él se mostró juicioso; le hizo caso y se concentró en la tarea.

Solo el brillo de sus ojos lo delató.

Leonor no era una mujer vanidosa. Sin embargo, más tarde, mientras representaban la obra, fue ganando confianza en sí misma, porque ambos se desenvolvían muy bien juntos. Se miraban con adoración y sentía vibrar cada parte de su cuerpo. Por un momento pareció que estuvieran recitando el diálogo con solo ellos dos presentes.

Y todos se dieron cuenta.

—Parecen tan enamorados... —suspiró su tía Roberta al verlos finalizar.

El señor Pickens alzó una ceja de un modo tan liviano que pasó desapercibido, pues estaba al corriente del engaño que ambos representaban. Sin embargo, también era consciente del modo en el que Jonathan trataba a su supuesta prometida.

Leonor, que había escuchado el comentario, trató de no darle importancia. Se dijo que su tía estaba viendo de más, tal vez conmovida por la historia de la dama de Shalott. Aunque no podía negar que de repente su corazón estuvo a punto de salirse del pecho.

«Enamorados». Esas eran palabras mayores.

¿O no?

—Creo que sería lo correcto.

Ya hacía cinco minutos que tanto Jonathan como Helen mantenían un tira y afloja en el estudio de la casa de los Price.

La matriarca había mandado a Leonor por la duquesa viuda sabiendo que tardaría un buen rato en bajar, ya que la mujer se echaba una larga siesta antes del paseo de la tarde. Necesitaba mantener una charla con Jonathan sobre la conveniencia de regalarle a su hija un anillo de compromiso.

—Quizás Leonor no esté de acuerdo —replicó el otro.

—¿Por qué no debería? Es inaudito que a esas alturas no tenga ninguno.

—Ya le he dicho que su hija tiene opiniones propias sobre lo que es o no es acertado. Dadas las circunstancias, usted debería saberlo bien.

La pulla no fue pasada por alto. La que debería ser su futura suegra, y lo sería si las cosas iban por buen camino, mostró un fruncimiento de ceño pronunciado mientras que sus labios formaron una fina línea que mostraba disgusto.

—No entiendo sus reticencias. No se trata de lo que debería ser, sino de lo que mi hija merece.

Y con eso lo convenció. O fingió que le convencía. De hecho, ya lo estaba antes de tener esa conversación.

Las cosas iban bien, no lo podía negar. Se sentía optimista debido a las respuestas de Leonor. Incluso había imaginado que de verdad era un compromiso real. Lo del anillo ya se le había pasado por la cabeza, pero todavía dudaba si era un paso demasiado arriesgado. No quería presionarla. No demasiado.

Y que Helen Price se preocupara de esos detalles, ya no por las apariencias, sino porque su hija lo mereciera, era un motivo de satisfacción. Sospechaba que entre madre e hija podía producirse un entendimiento. Era muy posible que solo con sentarse a hablar, las cosas se arreglaran entre ellas. No es que estuvieran mal, pero les faltaba un empujoncito.

—Leonor lo merece todo —no podía ser más sincero—, pero entre la boda de nuestros amigos y el viaje a Boston, no creí que fuera el momento.

—Bueno, pues le aseguro que ya es hora. Le recomendaré los mejores joyeros de

la ciudad.

—Si no es molestia —ya había cedido.

Entre ellos se instaló un esperado silencio que, si bien no resultaba incómodo, indicaba que quedaban algunas cosas por decir.

Jonathan avanzó con tiento.

—Leonor me explicó qué pasó. —No permitió que la mujer dijera nada—. No estoy juzgando su comportamiento ni el de su hija, pero me parece admirable, aunque usted puede que no lo vea así, que su hija haya resistido sin el peso de su apellido y aun así haya mantenido una dignidad fuera de lo común. El infortunio no la ha detenido y desde que la conozco, solo he percibido en ella gestos de amabilidad, cortesía, una sensatez inusitada y un gran corazón. También podría detallarle su fortaleza de espíritu y la sencillez que la acompaña allá donde va, pero me temo que ya no me tomaría en serio porque ya no sería demasiado objetivo.

—Quizás no —se permitió ser indulgente—, pero en eso reside el amor: ser capaz de ver lo mejor del otro y tolerar los defectos.

—Oh, puedo asegurarle que su hija no es perfecta. —Sonrió con cierto pesar—. Es demasiado testaruda.

—Créame, de eso yo sé un poco.

Ambos se sonrieron, cada uno ligado por un recuerdo que incluía a la misma persona.

—No le haga daño —pareció como si suplicara—, o haré que lo lamente.

—Aunque me tomo su advertencia muy en serio y no es a causa de ella, le prometo que haré lo que esté en mi mano para que Leonor no sufra.

—Eso espero. Al igual que deseo que el amor y cariño que traslucen sus palabras sean tan verdaderos como quiero creer.

Pocas cosas se podían añadir a ese deseo, por lo que unas horas más tarde, y después de lograr escabullirse, Jonathan volvía al hogar de los Price con un anillo de oro con cinco rubíes ovales birmanos engarzados con diamantes de corte brillante guardado en el interior de una cajita que ocultaba en el bolsillo de su chaleco.

Había recorrido medio Boston y no tardaría en oscurecer, pero al final lo había hallado en Shreve, Crump & Low. Sabía también que era allí donde Adam Henderson había comprado el que había lucido Leonor durante su noviazgo. Y eso no le complacía. No obstante, podía imaginar que en realidad era otra tienda, tal y como

Helen Price le había explicado. La joyería había sido marcada por el Gran fuego de Boston en el año mil ochocientos setenta y dos, destruyéndola. Ahora, reconstruida por completo, parecía gozar de un mayor prestigio porque se encargaba de servir a la alta sociedad bostoniana.

«Espero haber acertado». Aunque en su fuero interno estaba seguro de que así sería. Nunca un regalo había sido tan meditado a conciencia.

Por supuesto, ahora esperaba el verdadero veredicto.

Con la complicidad de Helen se dirigió al jardín. Le había prometido que buscaría a Leonor y la enviaría junto a él. También le advirtió de que, si bien se mostraría permisiva dejándoles un ratito a solas, no iba a tolerar ningún tipo de falta de respeto en su casa.

Jonathan lo entendió a la perfección. Podía tomarla de la mano y darle un beso, pero sin pasar de ahí. Bueno, en lo del beso podía complacerla. No había nada que deseara más que volver a besarla —bueno, o quizás sí, pero se contendría—. Esta vez sería despacio, sin prisas. Si se mostraba inteligente, tal vez podría obtener algo más a cambio. Si Helen Price no lo averiguaba, no podía lastimarla. Él, por su parte, no abriría la boca. Ya se encargaría de que Leonor hiciera lo mismo.

Sacó la cajita, la abrió y contempló el brillo del anillo bajo la luz del ocaso que se filtraba por los árboles para cerrarlo de nuevo e introducirlo en el bolsillo. Era curioso cómo se sentía al respecto. Inseguro y ansioso. Como si entregarle esa joya a Leonor supusiera una antes y un después. Y quizás lo era.

Había estado evitando pensarlo con detenimiento durante las visitas a los joyeros, pero debía admitir que había estado presente desde que Helen Price había sacado el tema a relucir.

Desde que se marchara de Londres de vuelta a Stanbury Manor, una opresión se había instalado en la boca de su estómago, ocupando el vacío que había desde que se fue a Londres con Isobel. Habría gente, Margaret entre ellas, que podría pensar que esa tonta payasada de hacerse pasar por el prometido de Leonor no era otra cosa que un acto más de ese tedio que lo atormentaba desde que había abandonado la juventud. De esos sucesos en los que se involucraba para ocultar que su vida estaba vacía, carente de todo aliciente, en lugar de un intento desesperado por retener a Leonor y acercarse lo suficiente para hacerle entender que había algo entre ellos que no debía ser desestimado.

¿En qué momento se había vuelto tan imperativo tenerla cerca?

Era el destino. Tenía que serlo. De otro modo, ¿qué hacía que dos personas tan dispares y con objetivos y pasados tan alejados el uno del otro se atrajeran hasta el punto de no considerar otra opción que el estar juntos?

De hecho, en los últimos días se veía a sí mismo envejeciendo al lado de Leonor; rodeado de hijos y nietos. Si eso no era amor, muy bien podía afirmarse que estaba enloqueciendo.

—¿Dónde estás? ¿Por qué tardas tanto?

Como si la hubiera conjurado, Leonor apareció por un recodo de la casa. Jonathan había escogido el banco más oculto del jardín para así poder salvaguardar su intimidad. Leonor, al verlo, sonrió sin reservas, con esa desconfianza de los últimos tiempos desaparecida.

Se podía decir que nunca la había visto así de resplandeciente. Y sabía que era por él. Como sabía también que estaba así de ansioso por ella, solo por ella.

—Mi madre me ha dicho que me buscabas —se sentó junto a él en el banco, expectante—. Aunque también ha dicho que no nos dejará aquí fuera mucho tiempo.

—Es un encanto.

—¿Mi madre? —parecía sorprendida.

—¿Acaso hablábamos de alguien más?

Leonor sacudió la cabeza.

—Sí, es decir no, hablábamos de ella. Pero es que me sorprende, eso es todo —y le complacía que pensara así. A pesar de los sentimientos encontrados que ella pudiera albergar por su madre, no deseaba que Jonathan pensara que era una mala persona.

—Pues no deberías sorprenderte. Tienes en ti mucho de ella.

Y besó su mano porque no podía quedarse quieto ni un minuto más.

Fueron sus ojos, o quizás su expresión, que le indicaron que el recibimiento era más frío de lo que esperaba, por lo que, como buen caballero que era, no dudó ni un instante en darle lo que Leonor pedía, o parte de ello, al menos.

No le dio tiempo a prepararse para el asalto. Su boca buscó la de ella con una avidez que sugería una larga abstinencia. Deseaba rememorar todos los besos que habían compartido y alargar la experiencia, volviéndola memorable.

Se dio cuenta de que Leonor estaba tan deseosa como él. Lo notaba. Se acercó todo



lo que pudo y se aferró a los hombros masculinos como si la vida le fuera en ello. Y le gustó la sensación. Oh, sí, le gustó mucho.

Acarició su rostro mientras la besaba. También su cabello. La necesidad de soltarlo era demasiado fuerte, pero se controló. Profundizó el beso abriendo más la boca e introduciendo la lengua. Jugaba con ella. Le enseñaba con los rítmicos movimientos lo que quería hacer con su cuerpo.

El gemido que Leonor soltó fue recibido por cada palmo de su cuerpo. Como una pequeña sacudida, todo su ser se tensó en respuesta al sonido de placer femenino.

Si pudiera recostarla en el banco y subirle la falda del vestido podría... No, no podía. Estaban en un jardín, a pocos pasos de personas que aguardaban su vuelta y él debía hacer algo que ahora mismo no recordaba...

¡El anillo!

Aunque su deseo no se enfrió, sí se apaciguó lo suficiente como para ir reduciendo el ritmo hasta detenerlo por completo. Se quedaron los dos, frente contra frente, mirándose a los ojos y con las respiraciones aceleradas.

—No hay nadie más hermosa que tú. —El pensamiento se transformó en palabras y no pudo detenerlas.

La sintió tensarse para luego obligarse a relajarse.

—Eres muy amable.

Se separó y enderezó la espalda al tiempo que retocaba el peinado. Jonathan se sintió huérfano al desaparecer el contacto. Ya la echaba de menos.

—No, no lo soy.

Ella tuvo compostura suficiente como para levantar una ceja que señalaba cuánto ponía en duda su negativa.

—Es decir, sí, por regla general suelo serlo, pero yo me refería a lo que he dicho. No ha sido por amabilidad.

—Jonathan...

—No, espera. Hay cosas que tienes que oír. Y creerlas. No digo que seas una mujer con una apariencia sin parangón. No voy a insultar tu inteligencia fingiendo lo contrario, pero sabes bien, y si no, te recordaré que tenemos unos amigos que atestiguan ese hecho, que la belleza o la carencia de ella varía dependiendo del ojo de quien la mira. Cuando he dicho que eres hermosa, lo he dicho porque es así. Para mí, en este momento, no hay mujer que pueda igualar el brillo de tus ojos, la suavidad de

tu piel o el olor con el que invades mis sentidos. —Alzó su barbilla para que lo viera bien. Quería también que escuchara cada palabra que tuviera que decirle—. Si fuera por mí te llevaría escaleras arriba, te desnudaría muy despacio y saborearía cada resquicio de ti. Y cuando hubiera conseguido no dejarte dudas sobre si eres o no eres hermosa para mí, me introduciría en ti y haría que tocáramos el cielo.

Leonor había ido abriendo los ojos a medida que Jonathan hablaba. Si era posible, cada palabra, en lugar de alarmarla por lo poco caballerosas e impúdicas, había despertado un calor desconocido hasta hacía bien poco y que se concentraba en su bajo vientre y se expandía por toda su piel. En ese momento deseaba que le hiciera cada una de las cosas que él nombraba. Y también las que callaba.

—No sé qué decir —admitió. Todavía no estaba dispuesta a revelar nada. De momento se conformaba.

—Pues no digas nada. Si lo crees, nada más importa.

Y durante un instante, el silencio los envolvió. Se miraron con tanta intensidad que Jonathan se vio obligado a distender el ambiente. En caso contrario, haría cada una de las cosas que había dicho que deseaba hacer y al diablo con las consecuencias.

—Creo, sin temor a equivocarme, que la presencia de Georgette sería bien recibida ahora —bromeó—. Un «guaks» por allí y una palabra malsonante por allá y volvería a ser el centro de atención, tal y como a ella le gusta.

Leonor sonrió. Había dejado al guacamayo en su habitación cuando Jonathan se había marchado a hacer unos recados poco antes de la hora del té.

—Es todo un personaje. Pero tú sueles tener un humor igual de retorcido que ella.

—¡Me ofendes! —fingió con la mano en el pecho—. De hecho, creo que he perdido parte de mi toque.

—¿Tu toque?

—Ya sabes, ese humor encantador que me abría las puertas de toda casa, ya fuera noble o no.

—No lo has perdido —le aseguró—. Solo pienso que comienzas a ver la vida de forma diferente; menos como un juego en el que todo te aburre y sí más como una caja de sorpresas que ofrece unas maravillosas perspectivas.

Jonathan lo meditó unos instantes. ¿De verdad era así? Tal vez. ¿Era posible incluso que estuviera cambiando?

—¿Así me ves tú? —preguntó, en cambio.

Leonor dudó.

—¿Puedo ser franca?

—Te lo exijo.

—Antes, no hace mucho, te mostrabas como el compañero de aventuras perfecto: siempre dispuesto a divertir a los demás con anécdotas y también a embarcarte en una nueva aventura. Eras tan jovial y simpático que, sumado a tu don de palabra, nunca podías desagradar a nadie.

—¿Y dices que ya no soy así?

—Oh, no; sigues siéndolo, pero ahora percibo más seriedad en ti, más madurez. Algo así como si estuvieras evolucionando.

—Hum —Jonathan reflexionó sobre si el cambio era bueno o malo—. Te aseguro que no era mi intención evolucionar hasta la madurez —confesó, provocando una sonrisa en Leonor—, pero si es algo por lo que he pasado, bienvenido sea. Lo que me hace preguntarme cómo te sientes tú respecto a este cambio que dices ver en mí.

—No creo que lo que yo piense sea importante —adujo, modesta.

—Por supuesto que lo es. Tu opinión importa más que ninguna.

Leonor se turbó. Jonathan la hacía sentir que eso era cierto y le provocaba sentimientos en los que no quería pensar.

—Ahora no nos oye nadie, Jonathan.

Él le lanzó una mirada extraña.

—Por eso mismo, Leonor. Hay muy pocas personas de las que valore su opinión. Tú eres una de ellas.

—Oh.

—¿Vas a decir algo más? —preguntó Jonathan al cabo de un momento—. Me interesa saber si te gusta este cambio.

Tardó unos segundos más en responder, insegura de si debía decirlo o callar. Al final, el momento de confidencias decidió por ella.

—Sí, me gusta.

Jonathan sonrió casi con pereza, feliz. Se acercó a ella y le susurró al oído...

—Bueno, es una suerte, porque tú también me gustas.

—Yo no he dicho... —se defendió sofocada. Ella hablaba del cambio, no de él, aunque gustar no era una palabra que definiera lo que Jonathan le hacía sentir.

—Tú quizás no, pero yo sí. De todas formas, espero que eso no sea verdad, porque me sentiría muy incómodo si me halagaras y después todo fuera mentira.

—¿Por qué incómodo?

—Porque eso me recuerda que tengo algo para ti.

—¿Para mí?

—Te estás repitiendo —se burló con cariño porque se sentía bien allí, con ella, charlando de cosas que valían la pena—. Te aseguro que Georgette tiene más vocabulario que tú.

—¡Yo tengo más vocabulario que ella!

—Es un alivio saberlo. Pero hablando de lo que quería darte, no sé si resulta conveniente. —Fingió estar pensando si dárselo o no—. Solo puedo entregártelo si te gusta. Lo suficiente —remarcó al final.

Leonor le miró y pensó que parecía un niño grande. Pero estaba tan a gusto con él que seguiría su juego. No veía qué mal podía haber. Al fin y al cabo había prometido dejarse llevar.

—Está bien. —Hizo una pausa bastante elocuente que lo hizo alzar las cejas, a la espera—. Me gustas. Mucho.

Jonathan quedó quieto por un segundo. Era increíble cómo esa señorita conseguía hacerle pasar del divertimento al anhelo en pocos segundos. Y con solo una palabra.

«Mucho».

Esperaba que repitiera «lo suficiente», pero ella había ido mucho más allá de sus expectativas. Si tenía dudas con lo del anillo, ahora quedaban disipadas. Después, él le enseñaría a dónde la llevaba ese «mucho».

Despacio, en parte para saborear el momento y en parte para detener el temblor de sus manos, que de repente se le habían descontrolado, sacó la cajita de su bolsillo a tientas. Toda su atención estaba concentrada en Leonor, que en ese instante seguía el movimiento de su mano.

Cuando la hubo sacado, la sostuvo delante de ella. Leonor no movía un solo músculo, lo que le indicaba que había deducido el contenido del misterioso regalo.

Por unos instantes apartó la mirada de la hipnótica cajita para posarla en los ojos de Jonathan. En ellos se leía una pregunta, que estaba seguro de que no necesitaba respuesta, pero Jonathan la complació y sin decir nada la abrió ante ella.

Ya se lo esperaba. Ambos los sabían, pero el gemido de estupefacción se le

escapó de los labios, por lo que ocultó la boca con la mano. Sus ojos no mentían. Tampoco lo hacía el lenguaje corporal de Jonathan, que esperaba más tenso que una cuerda de violín.

Quizás él lo hubiera comprado instigado por Helen Price para dar confirmación de un compromiso que no era real, pero cuando lo abrió ante ella, Jonathan no pudo negar que no solo le ofrecía un anillo para salvar las apariencias, sino como una declaración de intenciones. Ese anillo era el símbolo del amor que sentía por ella y lo declaraba al mundo, accediera ella o no.

Jamás se había sentido tan vulnerable y jamás unos minutos le habían parecido tan largos.

Leonor, por su parte, tenía que hacer un esfuerzo por no derrumbarse y dejarse llevar por la emoción. La realidad le decía que todo era parte del juego, una travesura más, pero su postura, sus palabras anteriores y la evidente calidad del anillo de compromiso la hacían sentir que para Jonathan no era un juego. No eso.

—No tenías...

—Sí tenía —lo dijo tajante, seguro, sin mentiras ni dobleces. Se lo decía a ella y a nadie más. Quería que lo entendiese.

—Jonathan... —No sabía qué le suplicaba, pero lo estaba haciendo.

—Por favor, Leonor.

En otras circunstancias, la escena hubiera resultado más distendida, pero ni uno ni el otro se tomaban eso a broma. No había habido nada tan serio en sus vidas.

Leonor se sentía impotente. Deseaba decir sí, pero ¿y si se engañaba? ¿Por qué la elegía a ella habiendo tantas otras mucho más hermosas?

—Yo...

—¿No te gusta? ¿Es eso? —preguntó a la desesperada. Tenía la sensación de que su presentimiento sobre su respuesta iba a estar equivocada—. Puedo comprar otro más bonito; incluso puedes elegirlo tú, si ese es tu deseo. —Hablaba deprisa, inseguro—. Me recordó a ti, ¿sabes? Los rubíes representan tu exterior, lo más representativo de ti, lo primero que los otros ven, pero los diamantes, que son más pequeños y numerosos, los envuelven, restándoles protagonismo. Eso eres para mí: llamativa por fuera, pero con una esencia que es como un verdadero diamante: brillante, puro, casi indestructible.

Atrás había quedado el petimetre seguro de sí mismo. Ahora solo quedaba un

hombre declarando su admiración y su más profundo amor por una mujer.

Y después de eso, Leonor respiró hondo para dar una respuesta. Y estiró el brazo, extendiendo los dedos de la mano.

Jonathan la miró, incrédulo, incapaz de comprender que ella le aceptaba. Había pensado que diría que no, que le rechazaría. Y ahora todo su cuerpo temblaba de emoción, incapaz de detener la sensación de alivio mezclada con alegría. Quería sonreír, gritarlo a los cuatro vientos, abrazarla y bailar con ella...

—¿Jonathan?!

Leonor había seguido esperando con el brazo extendido mientras él soñaba estupefacto. Dio un respigo y sacó el anillo para deslizarlo con suavidad en el dedo de Leonor.

Ambos lo contemplaron. Quedaba perfecto. Él lo besó para confirmar que era el lugar en el que debía estar. A continuación, pasó a demostrarle lo «mucho» que ella le gustaba.

—Le sentaba bien. ¿No crees, Georgette?

Jonathan rememoraba la imagen del anillo de compromiso en el dedo de Leonor, ufano.

—¡RUBÍES, ESMERALDAS, DIAMANTES, TOPACIOS! —recitó el animal. Con toda certeza, parecía entender a qué se refería su dueño.

Este se limitó a esbozar una vaga sonrisa ante semejante diatriba.

—Solo son dos de ellas —le explicó—. Las cuatro sería una exageración demasiado ostentosa incluso para la mismísima Reina Victoria. ¿Qué opina usted, señor Pickens?

—¿En cuanto a si le sienta bien el anillo a su prometida o si el conjunto de piedras preciosas sería excesivo para su Majestad la Reina?

—Lo primero, señor Pickens, lo primero.

—¡BODAS Y NIÑOS, UN FATAL DESTINO!

El guacamayo iba por libre, sintiéndose en la obligación de dar su opinión. O al menos, eso parecía.

—En ese caso sí, le sentaba bien —asintió ecuánime mientras no apartaba la vista de los documentos que revisaba con minucioso afán.

El señor Pickens había visto a Leonor dos días antes y Jonathan no había tenido reparos en enseñarle el anillo que ella lucía.

Jonathan suspiró satisfecho y abrió las puertas que daban al balcón del hotel. Le parecía que desde que Leonor había aceptado llevarlo, el aire era más fresco y puro, los colores más luminosos y las horas que pasaba sin verla, más largas.

Imaginaba que esa sonrisa boba y radiante a la que había hecho referencia la duquesa viuda cuando le habían mostrado el anillo no se había borrado de su rostro, pero poco le importaba.

De hecho, todos se habían mostrado felices y complacidos de ver el presente, como si el solo hecho de llevar un aro de oro en el dedo supusiera una confirmación más poderosa que su propia palabra.

Todavía sonreía cuando recordaba a los Henderson contemplar el anillo que Leonor lucía. El gesto de incompreensión de Adam lo decía todo, pero era el rictus

amargo y envidioso en Beatrice lo que hacía que la satisfacción fuera más profunda. Si no hubiera visto con sus propios ojos que ese matrimonio se quería, hubiera llegado a pensar que el único fin que les movía era lastimar a Leonor.

Aunque lo mejor de todo, no obstante, era la reacción de ella. Se la veía resplandeciente, como suponía debía parecerlo él. Y en ese lapso de tiempo le había permitido sus aproximaciones y sus besos con un abandono que menguaba ya su capacidad de resistencia. Unos días más así y era capaz de traerla al hotel y encerrarla en su habitación. Por supuesto, no podía hacerlo, pero era solo un hombre, maldita sea, y el amor y el deseo ya le pasaban factura. Incluso había imaginado si no sería conveniente dejarse de más tontería y poner una fecha para la boda. Cercana, muy cercana, eso sí.

Boda. La palabra debería estremecerle, pero era todo lo contrario. Su mente ya barajaba opciones de residencia y planes de futuro. De hecho, era algo así como una nueva aventura. Una aventura en la que Leonor estaría a su lado. A él nada lo ataba en Inglaterra, excepto por la salvedad de la duquesa viuda, que tarde o temprano regresaría a su hogar, y de Jeremy y Edith, pero para eso estaban los barcos. Por lo tanto, quedarse en Boston parecía una opción plausible.

—¿Qué le parece la ciudad, señor Pickens? —le preguntó.

Este ajustó sus gafas mientras se concedía un tiempo excesivo para responder la pregunta.

—Muy interesante, señor Wells.

—¿Y qué opinaría si le dijera que planeo asentarme en dicha ciudad?

—Le preguntaría si seguiría necesitando de mis servicios.

El señor Pickens, siempre tan formal.

—Sabe que siempre le necesitaré.

Y era verdad. Pero no se refería solo al trabajo que desempeñaba. En cierta forma, le tenía cariño.

El señor Pickens dibujó en su boca algo parecido a una sonrisa y asintió, conforme. De nuevo, volvió su atención a los papeles.

—¿Y tú, mi querida Georgette? ¿Qué te parece quedarte conmigo aquí y con Leonor?

—¡LEONOR! ¡LEONOR!

Y siguió picoteando una jugosa manzana.



Jonathan salió al exterior del balcón, bastante complacido por cómo se desarrollaban las cosas. Miró los edificios y las casas de Boston dispuesto a hacer de ellos su nuevo hogar. Parecía una locura, pero una de lo más apetecible. Quizás sí, después de todo, estuviera madurando.

\*\*\*

Unas pocas horas después se encontraba sentado en un cómodo sillón del establecimiento de una exclusiva modista del centro, no muy lejos del hotel. La señora Price quería que diera su opinión sobre el vestido de novia que Leonor nunca utilizó y que esta guardaba en el hogar de los Price. Había dicho que siete años eran demasiados y que estaba pasado de moda, pero que tal vez la modista pudiera hacer algo.

Tan pronto vio a Leonor, supo que esa idea no la hacía feliz. Por la forma que tenía de oprimir los labios y su mutismo, todo indicaba que no quería hacerlo, pero no parecía que a su madre ni a la duquesa viuda les importara mucho. De lo que no estaba seguro era de si Leonor se sentía mal por tener que ponerse un vestido destinado en un principio a otro hombre o si era la idea de ir tan deprisa lo que la fastidiaba. Ciertamente había un compromiso tácito entre ambos, pero ninguno de ellos había hablado claro de sus sentimientos. Quizás necesitaba aclarárselos, por si acaso.

No había nadie más aparte de ellos. Sospechaba que su futura suegra se había encargado de pedir privacidad a la dueña. Él esperaba tranquilo mientras las tres mujeres se hallaban en algún rincón detrás de una puerta finamente labrada.

—Creo que se requiere su presencia.

La modista había aparecido sin apenas hacer ruido.

Cuando traspasó el umbral, el ambiente elegante y austero de la, digamos, recepción, cambió por completo. Allí se respiraba un ambiente que no variaba: festivo y de nervios a partes iguales. También había sillas esparcidas aquí y allí y altos biombo que ocultaban tarimas en las que deducía debía subirse la novia para los arreglos. No faltaban mesas con telas de diversos colores y tejidos, vestidos a medio confeccionar y otros colgados con toda pulcritud.

Las oyó de inmediato.

—Que decida él. —La inconfundible voz risueña de la duquesa sobresalía por encima de las otras dos.

Lo recibió un murmullo y unos rostros que distaban mucho de la felicidad, pero Jonathan paró en seco cuando contempló a Leonor subida encima de una de esas tarimas, enfundada en un vestido de boda de seda melocotón y un velo de encaje con flores adornando su cabellera. Estaba deliciosa.

—¿Y bien? —Helen Price no se andaba con tonterías.

—Permítanme, señoras, que disfrute del momento de contemplar a mi prometida sin tener que dar explicaciones.

Las mujeres cruzaron una mirada de comprensión con la modista.

—El vestido está bien —soltó Leonor. El silencio con el que Jonathan la miraba la hacía sentir incómoda. ¿Le parecería ridícula?

—Está pasado de moda —intervino la madre—. Dígaselo usted.

—Y el blanco sería más apropiado para alguien de su posición —añadió la duquesa.

—Es el color que elegí —Leonor también podía ser cabezota—. Y es el que me gusta.

Jonathan se mantuvo en silencio y dio varias vueltas alrededor de Leonor. Tocó el vuelo de la falda, el tejido y lo inspeccionó en sentido crítico.

—El color es perfecto —sentenció.

Leonor esbozó una contenida sonrisa de triunfo y las otras mujeres suspiraron, decepcionadas.

—Piensen que el blanco la haría palidecer demasiado con esa tez tan clara y su cabello rubio. Eso sí, el estilo del vestido ha de cambiarse.

La duquesa aplaudió esta vez. Helen Price miró a su hija como queriendo decir: «te lo dije».

—Puede hacerse —intervino la modista. Quizás no era un vestido completo, pero la mujer sabía que seguía siendo un buen negocio.

—La longitud de las mangas debe alargarse hasta un poco más abajo del codo. El cuello debe subirse y el escote bajarse —dictó—. En cuanto al vuelo del vestido, este no es el adecuado. Tendría que ser más recto de los lados y con un vuelo en el bajo. —Se rascó el mentón, cavilando—. Quizás con dobladillo de colmena. En cuanto a la parte posterior, abúltela y déjela en fajas plisadas. Un bolsillo en la parte derecha no estaría mal. ¿Cree que podría lograrlo?

Miró a la modista, que había tomado nota mental de todo, impresionada por ese

hombre que tenía tan claro cómo debía ser un vestido de boda. Aunque de hecho, pensó, tal y como vestía, era lógico suponer que sabía de moda.

—Puedo hacerlo —aseguró.

—Bien. El velo es precioso y servirá. Y ahora, si me disculpan, me gustaría tener unos minutos a solas con mi prometida.

Por supuesto, después de solucionar lo que podía haberse convertido en una guerra sin cuartel, las dos mujeres accedieron. Les concedían unos minutos mientras ellas esperaban no muy lejos de allí.

—Estoy impresionada —declaró Leonor en cuanto se quedaron a solas.

—¿Por la habilidad con la que he dejado satisfechas a todas con lo del vestido o por la magistral pericia que he demostrado al conseguir un ratito a solas?

—Por las dos —confesó—. Eres bueno.

—Lo sé. —Ahora bromeaba—. Vas a dejarlos con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando?

—Del vestido —lo señaló—. Cuando te vean entrar en la iglesia, nadie tendrá dudas de porqué te he escogido.

Leonor reaccionó tal y como esperaba: tensándose.

—Jonathan...

—Ven aquí. —Él no la dejó hablar. Prefería que sus actos hablaran por él.

La ayudó a bajar de la tarima y la cogió por la cintura. Sin darle tiempo a pensar, la besó. Y todo dejó de existir.

Ella se aferró a sus hombros y abrió la boca, invitándole. A Jonathan nunca le habían tildado de grosero, por lo que aceptó la invitación encantado.

Durante uno segundos, solo se oían sus respiraciones, pero Jonathan quería más, así que aprovechó que el vestido no estaba terminado de abrochar por detrás y con habilidad hizo descender la parte superior del vestido dejando a la vista el corsé. Nunca nada le había parecido más erótico, y más cuando Leonor echó el cuello para atrás dándole acceso pleno a su piel blanca y al dulce nacimiento de sus pechos.

Puso su boca allí. Estaba caliente y gimió de placer. O quizás fue ella. Dios, debía parar, pero era tan deliciosa, tan dulce y entregada, que malditos fueran los días que tardaría en tenerla tal y como deseaba.

—Oh, Jonathan —susurró ella, desbordada.

—Sí, mi dulce Leonor. Sí, te comprendo.

Sus manos iban de un lugar al otro mientras intentaba moderarse. El vestido y el velo no facilitaban las cosas. Que ella empezara a acariciarle con el mismo anhelo no ayudaba a mitigar el hambre de mujer. Solo de una mujer.

Estaba duro, ansioso y tenía calor, mucho calor. Debían detenerse. Ya. Aunque quizás no haría daño si volvía a besarla. Más lento esta vez.

Leonor, por su parte, sentía que volaba a la par que notaba esa desesperante sensación de frustración que le decía que no iba a obtener total satisfacción.

Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, le dio un largo beso que la hizo querer ronronear y se separó despacio, pues temía que las piernas no la sostuvieran.

—Debemos ser sensatos —dijo, aunque lo que más deseaba era no serlo.

—Sí, deberíamos.

Jonathan soltó un largo suspiro mientras la acariciaba con la mirada y disfrutaba de una Leonor nada decente. Sus labios hinchados y mejillas rosadas no eran nada comparado con las arrugas de la falda y la parte superior del vestido casi en la cintura. Al menos, el maldito velo permanecía en su sitio, inmutable.

—Deja que te ayude.

En poco menos de cinco minutos ambos estuvieron lo más presentables posible. El bulto de la entrepierna había dejado de ser evidente y los dos habían recuperado el ritmo normal de las respiraciones.

Por supuesto, ninguna de las tres mujeres que entró poco después a petición de Jonathan tuvo ninguna duda sobre lo que podía haber pasado. El tiempo había sido escaso y no daba más que para un pequeño escándalo que ninguna de las tres, por la cuenta que les traía, iba a divulgar. Al fin y al cabo estaban prometidos y esta vez iba a haber boda, dijeran lo que dijeran.

Con la modista con las instrucciones precisas, se alejaron del establecimiento rumbo al hotel, donde Jonathan tenía previsto invitar a las mujeres a un pequeño refrigerio en el restaurante del mismo.

Anduvieron a paso lento en consideración a la edad de Margaret. Coger un carruaje quedaba descartado por la cercanía. Mientras la duquesa viuda y Helen Price se mantenían en la retaguardia, la pareja iba delante enfrascada en una charla ociosa.

Leonor había recuperado el buen humor y Jonathan se sentía feliz. De tanto en tanto le lanzaba miradas ardientes a su prometida y conseguía que ella se ruborizara.

Sentía que había superado dos pruebas ya, la del anillo y la del vestido de novia, y

el futuro resultaba cada vez menos incierto. Iba a disfrutar de una vida junto a Leonor que sería su mejor aventura.

Llegaron al hotel entre risas. El hall estaba casi vacío y Jonathan iba a pedirles que se quedaran a acompañarle, pero se extrañó al notar la repentina y excesiva rigidez de Leonor a su lado y la miró con extrañeza.

¿Qué sería esta vez?

Solo cuando oyó la voz, supo que su ansiado final feliz no sería posible.

—Hola, Jonathan.

Este se dio la vuelta hacia Isobel, que lucía con una sonrisa falsa pintada en el rostro.

—Isobel.

Oyó que Margaret lanzaba lo que le pareció una maldición.

Haciendo caso omiso del repentino silencio que entre esas personas se había impuesto, ella se adelantó y ofreció una mejilla para que él se la besara, pero Jonathan se apresuró a coger su mano y le dio un beso de cortesía en el dorso. No estaba dispuesto a jugar a eso.

—En recepción no han querido decirme en qué habitación te hospedabas. —Hizo un gracioso mohín que Jonathan ya no supo apreciar—. Por supuesto, les he dicho que era una descortesía dejar a una dama tirada aquí esperando tu llegada, y más siendo familia. Pero ese señor —le señaló y el aludido fingió no verles— no ha atendido a razones.

—Es lógico, Isobel. Aquí se respeta la privacidad de los clientes.

—Bueno, ¿va a tener la decencia de decirme quién es esta mujer, señor Wells? —preguntó Helen. No le había gustado con qué familiaridad se comportaba esa señorita, aunque esperaba de todo corazón que fuera señora. Por la inamovilidad de su hija deducía que esa repentina aparición no auguraba nada bueno.

—Sí, por supuesto. Disculpen mi descortesía. —Aunque en su fuero interno le importara bien poco presentar o no a Isobel—. Isobel, ya conoces a la duquesa viuda.

—Su Gracia —respondió la otra con una reverencia.

—Recordarás también a Leonor de cuando estuviste en Stanbury Manor.

La verdad fuera dicha, no demasiado. Quizás ahora, si la miraba con detenimiento, sí lo hacía. Era la fea con la que el odioso pajarraco de Jonathan había preferido quedarse, para su más eterno alivio. Sin embargo, algo en su postura y por la forma en

que iba del brazo agarrada a él antes de ser detectada, le decía que era alguien a tener en cuenta.

—No, de hecho no —prefirió decir—. Sabrá disculparme.

Jonathan apretó los dientes ante la descortesía. Estaba seguro de que mentía, pero no iba a decir nada. No ahora.

—En ese caso permíteme presentarte a Leonor. Esta señora de aquí es su madre, Helen Price.

Hubo una desinteresada inclinación de cabeza por su parte.

Helen Price se indignó. No era más vieja y sabia que ella por nada, así que mantuvo la compostura y se limitó a apuntar:

—La madre de su prometida.

Si hubiera dicho que le ardía el pelo, Isobel no hubiera quedado más estupefacta. Alternó la mirada de uno a otro, confusa.

—¿Prometida? ¿Qué prometida?

Las dos mujeres con más edad señalaron a Leonor, que seguía en silencio y petrificada al lado de Jonathan.

Jonathan consideró que ya había tenido bastante. Si seguían así iban a dar un lamentable espectáculo en el hall del hotel. Y no apostaría a una sola persona.

Quiso preguntar qué hacía allí, pero la última vez que preguntó eso estaba en Stanbury Manor y también lo acompañaba Leonor. La respuesta no había resultado placentera y no quería agravar todavía más la situación.

—¿Dónde te hospedas?

—Aquí, por supuesto. —Ella le lanzó una mirada de obviedad.

La duquesa viuda, bastante harta de la presencia de esa joven que estaba a punto de echarlo todo a perder, y por segunda vez además, se aferró al brazo de Helen y fingió estar más agotada de cómo se sentía en realidad.

—Creo que no me siento muy bien. —Tal y como esperaba, todos reaccionaron como suponía. Se centraron en ella con actitudes preocupadas—. Quiero volver a casa, si es posible —añadió con voz deliberadamente débil.

En cierto sentido, todos los presentes se mostraron aliviados, ya que les ofrecía una razón para cortar una escena que ya se había vuelto muy incómoda.

Jonathan se apresuró a pedir un carruaje para la vuelta y Leonor estuvo pendiente de ella. Mientras tanto, Isobel permaneció apartada.

Cuando el transporte llegó, ayudó a subir a las señoras. Era evidente que no les complacía que Jonathan se quedara con Isobel, pero Jonathan no podía hacer otra cosa. Debía descubrir sus intenciones y echarla de allí lo más rápido posible.

Antes de cerrar la portezuela tomó la mano de Leonor para llamar su atención. Ya había notado cómo la frialdad y la distancia se habían impuesto de nuevo entre ellos. Sabía que un simple beso en la mano no sería bien recibido, por lo que la forzó a atenderle.

—Mañana a primera hora iré a verte —anunció. Parecía una amenaza, pero quería dejar constancia de que no se marchaba como hizo en Stanbury Manor. Muy a su pesar, ya sabía que Leonor mantenía algunas inseguridades en su interior que la presencia de Isobel solo reforzaba.

Cerró la portezuela y el vehículo partió.

Con un suspiro de resignación y pesar, entró de nuevo en el hotel.

—¿Has reservado una habitación para ti? —espetó tan pronto tuvo delante de nuevo a Isobel.

Desairó el intento que ella hizo de agarrarse a él, pero no le importó.

—Sí. Tengo tantas cosas que decirte...

—Yo también, no tengas dudas, yo también.

Isobel no era tonta y empezaba a temer que el viaje hubiera sido en balde. La hosca presencia de Jonathan y su poca predisposición así lo atestiguaban. No obstante, tenía un objetivo que cumplir y nadie, ni siquiera esa fea y supuesta prometida de la que no sabía nada le impedirían realizarlo. Sentía cierta aprensión, pero estaba decidida.

Por ello, después de una cena en compañía de un Jonathan arisco y hasta cierto punto desagradable, sentía que debía presionarlo para llevar las cosas hacia donde ella necesitaba que estuvieran. Había intentado sonsacarle el porqué de su viaje, pero ella no quería dar explicaciones.

Se había levantado de la mesa con la excusa del largo viaje. No le gustó el alivio que vio en su rostro, pero se dijo que ya lograría hacerle cambiar de actitud. La amaba, estaba segura, por lo que con tesón lo conseguiría.

Había pasado antes por su habitación y ahora, delante de la puerta que ya sabía que era la de él, Isobel se preparaba para su gran actuación.

Tenía tiempo de entrar y prepararse para cuando él estuviera dispuesto a subir.

—¡Señor! ¡Señor!

Llamó a un empleado que paseaba con un carrito por allí y con las llaves maestras colgadas en él.

A continuación compuso su mejor sonrisa y su pose más atractiva.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó acercándose.

—Mi marido se ha quedado fumando abajo y ahora mismo me doy cuenta de que no tengo la llave. Si fuera tan amable... —Señaló la cerradura de la habitación de Jonathan, poniendo cara compungida y debidamente esperanzada, al tiempo que acariciaba de forma casual su brazo.

El hombre se sonrojó de placer y ella supo que conseguiría entrar sin dificultades.

Una vez dentro suspiró aliviada. Estaba más tensa de lo que pensaba. Iluminó la estancia y empezó a desvestirse en la antesala de la habitación. Cuando él entrara en su cama y la encontrara dentro quizás se sorprendiera y resistiera un poco, pero ese amor y devoción que siempre le había acompañado haría desaparecer las posibles reticencias. Isobel se sabía capaz de conseguirlo.

Se quedó con la camisola y las medias; dobló el resto junto con el corsé. Se deshizo el peinado y peinó con los dedos su preciosa melena negra.

Cuando estuvo lista escondió las prendas y abrió una puerta esperando que fuera la habitación de Jonathan. No tardaría en subir y quería estar en posición.

Cuando prendió la luz, un repentino movimiento y un aleteo frenético la sobresaltaron.

—¡LADRONES! ¡BANDIDOS! ¡CUATREROS! ¡PILLASTRES!  
¡ESTAFADORES!

Los repentinos gritos del guacamayo le dieron un susto de muerte. El animal sobrevolaba la habitación dando tumbos e Isobel se sentía aterrorizada.

—¡Apártate, maldito animal! —le gritó.

Georgette siguió despotricando.

—¡TIMADORES! ¡MALEANTES! ¡DELINCUENTES!

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de Jonathan se filtró entre el vocerío y en el acto, el animal salió volando de la habitación y se posó en el respaldo de una silla cercana.

—¡COMIDA!

Isobel permanecía estupefacta en el vano de la puerta, sin saber cómo reaccionar.

Jonathan estaba en las mismas condiciones.



—No quiero ni imaginarme —empezó cuando recuperó la voz— qué haces en mi habitación sin ropa decente que te cubra.

Por un instante, Isobel sintió vergüenza, pero la súbita determinación que la había llevado hasta Boston le hizo recuperar fuerzas.

Se acercó a él contoneando las caderas y con una sonrisa sensual. Le acarició el pecho.

—Nunca hagas decir a una mujer en voz alta lo que es más que evidente. —Esbozó un mohín que pretendió ser seductor.

—Y en este caso fuera de lugar.

—Vamos, Jonathan. Sé que me quieres, que me deseas. —Se pegó a él para que notara cada centímetro de su cuerpo apenas cubierto—. Yo siento lo mismo.

—Eres la mujer de mi padre. —Jonathan apartó su mano, que ya descendía a un sitio peligroso, y se apartó.

—Su viuda, querrás decir.

—Lo que sea. Esto está mal.

Isobel estaba a punto de perder la paciencia. ¿Ahora que lo necesitaba se mostraba mojigato?

—¿Qué mal puede haber en que dos personas que se aman se entreguen en aras de la pasión?

Jonathan la miró. Era sin duda una mujer bella y deseable, pero no quería nada con ella.

Si tenía alguna duda, con esa escena se había disipado. Isobel era su pasado y Leonor su futuro. Sabía, por la falta de respuesta de su cuerpo y su corazón, que ya no sentía nada por Isobel. Incluso sin Leonor de por medio sabía que jamás hubiera habido algo entre ellos. Tenía esa certeza. Ella era su madrastra y el recuerdo de su padre jamás le dejaría avanzar en otra dirección que no fuera un cariño familiar. Odiaba haber tardado tanto en descubrirlo, pues eso les hubiera ahorrado esa bochornosa escena.

—Isobel, no voy a tomarte.

Incrédula, Isobel abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No lo entendía.

—¡FULANAS MALCRIADAS! ¡Guaks!

—¡Cállate de una vez, engendro del demonio! —Isobel ya había perdido la

paciencia—. Te juro que no entiendo cómo puedes soportar a ese pajarraco. Nadie le quiere salvo tú.

—Leonor, sí. Y el cariño es recíproco —rebatíó.

—¿Leonor? ¿Tu prometida, quieres decir? —se burló—. Soy yo a la que quieres, que no se te olvide. Has estado enamorado de mí desde que nos conocimos.

—Al igual que tú nunca lo has estado de mí. Ni ahora, aunque digas lo contrario.

Estaba seguro de ello. Lo que movía a Isobel era una clase de desesperación que no nacía del amor.

—¡Eso no es cierto! —replicó con fervor la otra—. ¡Te amo!

—No mientas, Isobel. Por el cariño que nos tenemos y el vínculo que nos une, dime la verdad.

—¡Te la estoy diciendo! —El pánico comenzó a invadirla—. Tienes que hacerme tuya. Quiero ser tu mujer en todos los sentidos de la palabra.

Jonathan negaba con la cabeza. Se sentía inquieto por la vehemencia de su madrastra. Algo escondía.

Y entonces lo supo. O lo imaginó, y quiso comprobarlo.

—¿Quién es el padre?

El rostro de Isobel mudó del frenetismo al pánico en cuestión de segundos. Su tez rosada perdió el color y se tambaleó de la sorpresa.

Preocupado, Jonathan corrió a sostenerla y al instante, la desesperación inundó a Isobel mientras un torrente de lágrimas amargas y saladas descendía furioso por su rostro.

La dejó soltar toda la angustia y la consoló lo mejor que pudo. Confirmado su presentimiento, Jonathan no tardó en deducir la historia que la mujer llevaba a cuestas.

La noche iba a resultar muy larga.

Los susurros y los pasos sigilosos de los sirvientes no fueron lo que la alertaron de la temprana hora. Tampoco las tímidas luces del amanecer que se filtraban por entre las cortinas apenas cerradas. De hecho, Leonor no había dormido.

Con una sensación agotadora apartó las sábanas y puso los pies en el suelo. Los pasos vacilantes la llevaron hasta la ventana y la abrió en su totalidad.

Boston ofrecía un hermoso espectáculo con la bruma sobre el río, pero Leonor se sintió incapaz de apreciarlo en su totalidad.

Se dirigió al aguamanil y vertió un poco agua en él. Se refrescó y secó con esmero y se acercó al espejo de pie. Las ojeras eran muy pronunciadas y la angustia deslucía todavía más su ya de por sí feo rostro.

Marcharse del hotel dejando a Jonathan con Isobel fue una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer, sobre todo cuando en su fuero interno lo único que deseaba era tironear del pelo de la belleza morena y obligarla a marcharse de allí.

Lo único que le había impedido desmoronarse y suplicar que fuera con ella era la duda de si Jonathan la había hecho venir. Por lo tanto, solo le quedó la opción de mostrarse como una estatua de sal y salir de allí con la dignidad intacta.

Por suerte, ni su madre ni Margaret habían hecho comentarios durante el viaje de vuelta y, tan pronto llegaron, se recluyó en su habitación sin cenar. Y sin dormir.

Había sido una noche larga. Muy larga. Sus pensamientos y miedos no le habían dado tregua alguna y su temperamento había oscilado entre la pura amargura, la desesperación y el llanto.

Ella lo sabía. Debió hacer caso de su instinto cuando Jonathan le confesó que no quería estar con Isobel pero que no se lo había dicho.

Y ella había embarcado rumbo a Boston en pos de él.

Debía de estar muy segura de que sus afectos eran correspondidos para actuar así porque, ¿quién haría algo tan estúpido e imprudente?

Por primera vez en muchos años sentía celos y aborrecía el aspecto con el que Dios la había dotado.

¿Por qué no podía ser bonita como tantas otras? ¿Por qué no podía un hombre caer

rendido a sus pies con solo mirarla? ¿Por qué Jonathan no podía amarla como ella lo hacía?

Tenía dudas sobre todo lo que había pasado entre ellos. No se podía negar que Jonathan era todo un caballero. Quizás sentía un afecto por ella que le había obligado a hacerla vivir un cuento de hadas que nunca llegaría a vivir con nadie.

Y había sucumbido como la más tonta de todas. Había imaginado su pedida de mano como la cosa más hermosa del mundo. Había creído que ambos sentían lo mismo y que en un futuro no muy lejano Jonathan llegaría a ser su marido. La escena en la modista también había hecho mella en su corazón y se había sentido convencida por las palabras que él pronunciara y los besos que le diera.

Era una tonta romántica nada realista. Había olvidado que la vida no era perfecta y que nunca te regalaba nada. Y a ella menos que a nadie.

Tenía miedo de la visita de Jonathan. Temía que le dijera lo que su corazón no deseaba oír. Quizás si rechazaba recibirlo... Pero no. Leonor era muchas cosas, pero no una cobarde. Si tenía que romperle el corazón, más valía que fuera cuanto antes.

—Pero no lo hará. Se resistirá —anunció a la habitación silenciosa.

Esa era otra opción. Y le dolía mucho más por lo que implicaba. La honorabilidad de Jonathan quizás no lo dejaría romper un compromiso que él había creado de la nada para ayudarla a sentirse mejor frente a parte de su familia y a la sociedad bostoniana. Lo habían llevado todo tan lejos que Jonathan sería capaz de seguir y casarse con ella para que Leonor no sufriera las burlas de un nuevo compromiso roto. Él era así. Sin embargo, esa actitud la lastimaba más que un «no te amo». Vivir con un hombre enamorado de otra mujer, por mus buenas que fueran sus intenciones, no la satisfacía.

Por ello, y tras meditarlo bien, se sentía dispuesta a confesar sus mentiras y engaños frente a su familia y liberar a Jonathan. De ese modo, él se vería libre para emprender la vida que quisiera junto a Isobel y Margaret podría volver a Inglaterra con ellos. Porque por mucho que quisiera a esa adorable anciana y la vida que llevaba en Stanbury Manor, ya ha decidido quedarse en Boston junto a su madre y el resto de su familia.

Incapaz de repente de permanecer en su habitación un minuto más tras tomar esa decisión, se vistió sola lo más aprisa posible y bajó a desayunar. Lo que no esperaba era ver a su madre levantada.

—Buenos días, madre. —La miró bien y detectó fatiga en sus rasgos—. Pareces cansada.

—¿Cómo no voy a estarlo? La aparición de esa mujer me tiene preocupada.

Leonor no se sentía con fuerzas para emprender una conversación sobre ello, pero si no lo hacía ahora, no sabía cuándo tendría las ganas necesarias para hacerlo.

Se sentó a su lado y con un gesto indicó a los sirvientes que salieran de la habitación. Pretendía que no hubiera más testigos de su humillante realidad.

—Voy a liberar a Jonathan del compromiso —anunció.

Eso hizo reaccionar a Helen Price, que la miró con disgusto.

—No digas sandeces, hija.

—No las digo, madre. Si supieras la historia de Jonathan e Isobel entenderías mi postura.

—No me importa el pasado de tu prometido...

—No es mi prometido —interrumpió, inmisericorde, Leonor.

—Deja de interrumpirme cuando hablo y límitate a escuchar —la amonestó—. Nadie niega que Jonathan tenga un pasado, pero es lo que ha decidido hacer con el presente y el futuro lo que cuenta de verdad.

—Pero la ha amado durante años —insistió, frustrada al ver que su madre no entendía su punto de vista.

—Pues ahora ha dejado de amarla por ti.

—No es tan fácil como lo haces parecer —se lamentó.

Helen Price lo sabía, pero estaba convencida de que darle la razón a su hija era contraproducente. Ella también estaba preocupada. De hecho, el semblante pétreo de su hija el día anterior y su posterior conversación con la duquesa viuda no habían hecho más que aumentar su inquietud. Al fin y al cabo, no conocía tanto a Jonathan Wells como para asegurar con los ojos cerrados que escogería a su hija antes que a esa Isobel; una mujer que había resultado ser su madrastra. Sin embargo, Leonor no necesitaba oír eso.

—Y nada es tan complicado como nos gusta creer —replicó—. No te imaginas las cosas que podemos llegar a solucionar sin mentiras y ocultamientos de por medio.

—Por eso quiero confesar esta farsa de compromiso a toda la familia —razonó.

—¿Por qué ibas a querer hacer tamaño despropósito?

—Porque no se merecen más mentiras.

—Hay algunos miembros que sí las merecen. Es más, te recomiendo que jamás sepan de esto o te despedazarán.

—Madre, tú no sabrías de este compromiso fingido si yo no te hubiera contado la verdad. ¿No crees que les debo a los demás la misma honestidad?

—No les debes nada. A nadie, en realidad —aclaró—. Y en cuanto a mí, debo confesarte que ya sabía la verdad antes de que decidieras confesarte.

Leonor se irguió y la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Lo sabías? Pero ¿cómo...?

—La duquesa viuda —anunció a modo de respuesta.

—Oh.

—No se lo tengas en cuenta. Hizo lo correcto. Lo que cualquier madre haría. —Hizo una pausa, antes de continuar—. Te quiere mucho.

—Y yo a ella.

—No sabes cuánto me alegro de que la encontraras, aunque fuera para servirla como dama de compañía.

—Ha sido una época muy bonita —confesó.

Helen Price cabeceó, dispuesta a aceptar todos sus errores.

—Ya que estamos hablando de eso, me gustaría disculparme por la forma en la que te traté hace siete años.

Para su propia sorpresa, Leonor no se sorprendió. Quizás no era la mejor relación madre e hija, pero se querían. Constatarlo la emocionó.

—Está olvidado.

—Pero no quiero que lo olvides —replicó—. Mi deber como madre era darte mi apoyo, y más cuando eras tú la que llevabas la razón de tu parte. No estuvo bien que te obligara a obviar el vergonzoso comportamiento de Adam menospreciando tu dignidad. Tuviste mucho coraje al rechazar una situación que no merecías y marcharte. Lamento no haberlo sabido ver hasta ahora. Ojalá hubiera más mujeres como tú. Estoy muy orgullosa de...

La voz de Helen se rompió al final.

—Yo también te quiero, madre —aclaró Leonor a modo de respuesta.

Sentía los ojos a punto de desbordarse. Que su madre estuviera en las mismas condiciones la emocionaba. Por lo menos había conseguido sentirse una hija querida.

Recuperar a su madre era un regalo.

Se levantó de la silla y se aproximó para abrazarla. Así, madre e hija se sintieron unidas como no lo habían estado en muchísimos años.

\*\*\*

A media mañana. Tal como prometió, Jonathan se hallaba antes las puertas del hogar de las Price.

Sabía a ciencia cierta que para mantener esa charla con Leonor debía estar en pleno uso de sus facultades, pero lo cierto era que se había pasado parte de la noche charlando y hablando con Isobel.

Por desgracia, su historia no resultaba aislada. Lo que le sorprendía era que le sucediera a una mujer como ella, segura de sí misma y con un futuro económico garantizado.

Le había contado cómo se había encaprichado de un hombre y cómo habían mantenido sus encuentros en la clandestinidad. Él era un hombre importante, con título añadido, todo lo que Isobel había ansiado. Conforme había pasado el tiempo, los encuentros se habían visto aumentados. Lo que había empezado como citas puramente sexuales había dado paso a momentos íntimos en los que ambos hablaban de sí mismos. Isobel había acabado enamorada y, por ende, embarazada.

Le relató el pánico que había sentido cuando el padre de la futura criatura se había negado, no solo a formalizar la relación, sino a reconocer de forma oficial al bebé que llevaba en las entrañas. Al menos, dijo, no había dudado que fuera el padre.

Sintiendo todo el peso de sus actos y temiendo las consecuencias que lo mejor de la sociedad le dispensaría, Isobel había actuado a la desesperada.

Su llegada a Stanbury Manor se debía a un intento de seducción por su parte. La negativa de Jonathan, sus evasivas y su posterior desaparición, la habían llevado al borde de la desesperación.

Para encontrarle había amenazado y seducido a partes iguales. El tiempo se le acababa y no dudó en viajar hasta Boston en una acción desesperada.

Jonathan la comprendía, pero no aprobaba su proceder. Iba a ayudarla, pero eso no significaba sacrificar toda su vida por ella.

Poco antes la había dejado descansando en el hotel cuando se había quedado dormida en uno de los sofás. Agotada como estaba, no había tenido el valor de

despertarla para que se marchara a su habitación, por lo que la sostuvo despacio entre sus brazos y la depositó en su propia cama. Había sido él quien había dormido en el sofá, no muy cómodo, por cierto.

En un arranque de generosidad había decidido llevarse a Georgette, aunque no las tenía todas consigo ante la vital conversación que se le avecinaba.

También había dejado una nota en recepción para el señor Pickens y así evitar que entrara en la habitación y encontrara a Isobel allí.

Sin embargo, a pesar de las dificultades en las que había querido involucrarlo Isobel, lo más difícil estaba por venir.

—Buenos días, señor Wells. —Roberta fue la primera en dedicarle un saludo amistoso, ajena a todo—. Iba a la galería a hacer punto —explicó—, pero me temo que aunque le pidiera que me acompañara se negaría de forma muy educada alegando que está aquí para ver a mi sobrina.

—¡COMIDA! —graznó el guacamayo como si no hubiera llenado la panza antes de salir del hotel.

—Georgette, compórtate —le riñó Jonathan.

—No le amoneste por mí. De hecho, creo que tras la impresión inicial estoy acostumbrándome a este animal... y a su hambre voraz —sonrió, pero al recibir una escueta y ausente sonrisa por parte de Jonathan, sospechó que no era un buen día para las bromas—. Me ofrecería voluntaria para cuidar de ella mientras mantiene una charla con Leonor, pero no sé si Georgette me lo permitirá.

Como respuesta, y para sorpresa de las dos personas, Georgette alzó el vuelo y dejó el hombro de Jonathan para posarse en el de Roberta.

—¡AMOR, BESOS, BEBÉS! ¡Guaks!

Parecía saber en qué menesteres iba a irse de cabeza mostrando su disconformidad.

—Que sepa que solo le gustan unas pocas mujeres —la informó.

—Me lo tomaré como un cumplido, pues. —Roberta no podía parar de sonreír. Le gustaba el peso del animal alado en su hombro.

—Hágalo. Ahora, si me hiciera el favor de avisar de mi visita a Leonor.

—Ya la he mandado llamar —le contestó Helen Price, que descendía por las escaleras. Había mandado ser avisada cuando Jonathan llegase—. Si nos disculpas un momento, Roberta, te acompañaré en un segundo.



Su hermana asintió con la cabeza y desapareció por un pasillo con Georgette.

—No quiere verme —dijo Jonathan a bocajarro. Creía constatar un hecho.

—No lo sé. Sin embargo, no tendrá más remedio que acudir. Puede utilizar el jardín que tan buenos resultados le ha dado con anterioridad... —hizo una breve pausa que utilizó para mirarlo a los ojos y medirle— si sus intenciones son honestas.

—Lo son.

Acordaron que Leonor no tardaría en ser enviada, por lo que Jonathan salió al exterior y escogió el mismo banco apartado para mantener esa crucial conversación.

Mientras tanto, Leonor había sido avisada por su propia madre. Esta le había dado un margen de cinco minutos para que se preparara, pero no le había dado opción a decir que estaba indispuesta para la visita.

Con el corazón encogido y como si fuera a recibir sus sentencia de muerte, Leonor intentó lucir su mejor aspecto que, dadas las circunstancias, de poco le serviría si se comparaba con Isobel. Se cambió el vestido por uno un poco más agradable a la vista, de tafetán con botones en la parte delantera, justo en la amplia franja vertical que iba de arriba abajo en un color rojo oscuro, igual que los puños. El resto eran líneas rojas, también verticales, alternadas con otras blancas.

No quiso mirarse en el espejo más de lo necesario; de otro modo sucumbiría al pánico y Jonathan presenciaria un espectáculo nada halagador. No, se mantendría serena y lo disculparía de esa pantomima. Luego, en la soledad, ya tendría tiempo de lamerse las heridas.

Por supuesto, la esperaba en el mismo lugar en el que le entregó el anillo. Se lo restregó contra la falda del vestido de forma inconsciente. Era sorprendente cómo se había habituado a él en tan solo unos días. Iba a tener que echar mano de toda su fuerza de voluntad para entregárselo.

—Leonor.

Jonathan se puso en pie tan pronto la vio y supo que lo tenía muy difícil para que le creyera. La había llegado a conocer bastante bien y deducía eso tan solo con su postura derrotada y sus intentos por fingir que nada le afectaba, escritos en cada gesto, en cada paso.

Y si ahora, convencerla de la veracidad de sus sentimientos suponía un esfuerzo titánico, cuando le contara las razones de la aparición de Isobel sería casi imposible, no tenía ninguna duda de ello. Leonor aparecía predispuesta a pensar lo peor.

—Hola, Jonathan.

Se miraron ambos, rememorando los momentos despreocupados y felices de los últimos días y sabiendo también que era muy posible que solo se quedara en eso, en recuerdos.

Sin hablar, Jonathan le indicó que se sentara a su lado. Fue muy significativo que ella escogiera hacerlo en la parte más alejada. Ya empezaba la separación. No sabía ni por dónde empezar.

—¿Cómo estás? —le preguntó al fin.

—Bien. —Mentiras, todo mentiras—. ¿Y tú?

«Como si te importara», parecieron querer decir sus ojos verdes.

«Me importa», le replicaron los suyos.

—Mal —respondió al fin.

Al menos, uno de los dos era honesto.

—Lo siento. —Leonor quería cualquier cosa menos hacerlo sentir así.

—Empiezo a dudarlo.

—Eres injusto por decirme eso —espetó, airada.

Jonathan suspiró y se pasó la mano por el cabello, frustrado. No quería que las cosas fueran así. Si seguían por ese camino, la perdería para siempre.

—Tal vez —concedió—, pero una parte de mí no deja de creer que quieres hacerme sentir del mismo modo en que te siente tú. Yo no tengo la culpa de que Isobel haya decidido seguirme. No la invité a hacerlo.

Como siempre, Jonathan había dado en el clavo. Leonor le creyó, pero no se permitía creer que todo fuera tan sencillo.

Hizo la pregunta clave.

—¿Por qué está aquí, entonces?

Supo que no sería bueno por la forma en que Jonathan se tensó.

—Está embarazada.

Y el mundo de Leonor se paralizó por completo.

¿Embarazada? Santo Dios.

Se mantuvo inmóvil, porque de lo contrario se desmoronaría allí mismo.

—Y no es mío —aclaró.

Pero fue demasiado tarde. Leonor ya había formado la imagen en su mente y él vio

la respuesta a ello en todo su cuerpo.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—No importa. Con que solo lo pensaras, con que concibieras la idea, ya me basta.

Leonor no podía mentir de ese modo. Sí, al instante había pensado que él era el padre. Dado que el día anterior no había percibido su estado era deducible que había sucedido en el mes que ambos habían pasado en Londres, después de marcharse de Stanbury Manor.

Se sintió culpable.

—Jonathan...

—No —lo dijo con calma, mientras se levantaba y ponía distancia entre ellos—, no intentes arreglarlo ahora. En este mismo instante veo lo que opinas de mí. Me crees tan falto de honor que, a pesar de dejarte claro que te quiero y deseo casarme contigo, antes de eso, cuando ya me importabas, deduces que me acosté con la viuda de mi padre, como si no respetara a las mujeres ni lo que siento. Quizás tus palabras también eran mentira cuando afirmabas que estaba madurando. Lo más seguro es que estés convencida de que sigo siendo un petimetre encantador sin nada sustancial en el cerebro y que juega con las personas porque todo le aburre y la vida es un juego para mí.

—No, yo...

—Y quizás ahora me dirás que mi deber es proteger a Isobel de las habladurías. Que mi deber es casarme con ella a pesar de que ella se lo ha buscado. Que comprendes que estas cosas pasan y que podemos seguir siendo amigos.

Pocas veces Leonor había visto a alguien tan furioso, y mucho menos a Jonathan, un hombre que siempre mantenía al mundo a raya con su sentido del humor.

—No voy a decirte eso. —Jamás concebiría ver a Jonathan con Isobel o con otra mujer.

—Pero tampoco me dirás que sigues queriéndote casar conmigo.

El silencio lo inundó todo. Leonor quería decir que sí, pero las dudas la retenían. Con todo el dolor de su corazón, se sacó el anillo de compromiso y se lo entregó.

Ante ese acto tan definitivo, Jonathan se quedó mirando el anillo como si no pudiera entender qué hacía en su mano en lugar de la de ella.

—Por supuesto —fue lo único que dijo, como si lo esperara. La decepción y la desesperanza estaban pintadas en su rostro. Amaba a esa mujer como nunca lo había

hecho con ninguna, pero ella no sentía lo mismo. En caso contrario, tendría más confianza en ella, en él, en ambos—. Supongo que no tiene sentido decirte que la ayudaré —se refería a Isobel— a pesar de haber querido engañarme y seducirme para hacer pasar el niño por mío. No —negó al ver su cara—, no me casaré con ella. Como mucho aplastaré al infeliz que se ha negado a asumir la paternidad dejando sin familia a la criatura que está por nacer. Es posible que la ayude en todo lo demás, también. Al fin y al cabo, estaremos unidos, no por lazos de sangre, pero sí por otros igual de importantes.

No iba a admitir ante ella cuánto se había enfadado por las intenciones de Isobel y sus pocas realistas intenciones. Le hubiera resultado muy difícil explicar el adelanto de un parto tres meses antes de lo previsto.

Leonor, por su parte, sentía un nudo en la garganta. Sus explicaciones sonaban definitivas y lo alejaban de ella. Sabía que era culpa suya, pero se sentía incapaz de hacer nada por impedirlo.

—Lo único que deseo es que seas feliz —repuso.

—¿Por qué? —Jonathan sintió renacer la esperanza, por muy tenue que fuera.

—Porque te lo mereces.

—Me lo merezco —repitió, incrédulo, con la esperanza por los suelos—. Me lo merezco. —Supo que allí no había nada que hacer y decidió marcharse antes de hacer algo de lo que se arrepentiría—. Iba a dártelo todo —explicó a modo de despedida—. De hecho, te he estado dando lo mejor de mí mismo, pero veo que no es suficiente. Tal vez después de quedarte con mi corazón, también quieras apropiarte de Georgette. Que tengas un buen día y seas feliz.

Y salió de aquel jardín como alma que lleva el diablo.

Pasó por la galería en busca de Georgette, pero se detuvo ante la presencia de Helen Price, que murmuraba junto a la duquesa viuda y Roberta. Las tres habían estado alerta, vigilando.

El guacamayo, como si presintiera el estado de ánimo de su dueño, sobrevoló la estancia para posarse en su hombro en silencio.

—Jonathan. —La anfitriona rompió el silencio, dudando al ver su cara pétre—. Señor Wells, ¿le veremos pronto?

Era una forma nada sutil de preguntar cómo habían ido las cosas.

—Nada me gustaría más, señora Price, pero dudo que Leonor esté muy dispuesta a

ello.

—¿Qué ha pasado? —Margaret, en cambio, no tenía problemas a la hora de preguntar directamente.

—Leonor se empeña en buscar dificultades donde no las hay —repuso—. No consigue digerir la desconfianza que supone la presencia de Isobel en Boston, a pesar de que yo le diga que nada ni nadie cambiará mi amor por ella.

Las tres mujeres se miraron entre sí, pesarosas.

—Quizás con un poco de tiempo... —sugirió la madre.

Jonathan esbozó un asomo de sonrisa que no llegó sus ojos.

—Siento que por mucho que haga o diga, siempre encontrará una excusa para alejarme. Esta vez necesito sentir que le importo, que le duele perderme. Sentir que me ama estaría muy bien para empezar.

No pretendía decirlo en voz alta, pero las damas habían preguntado.

—Quizás si espera con nosotras...

—Dudo que vaya a ser una buena compañía en estos momentos, por lo que me perdonarán si me marchó. —Jonathan se dirigió a la duquesa viuda—. Para cualquier cosa, estaré en el hotel.

Las tres mujeres vieron cómo desaparecía por la puerta, abatidas. Cada una de ellas había albergado la romántica idea de que Leonor, por fin, había encontrado un hombre digno.

Los reproches que pretendían hacerle murieron en sus bocas poco tiempo después, cuando la joven hizo su aparición.

Lucía en su rostro las innegables marcas de la desesperación. Los ojos rojos e hinchados indicaban un profundo sentimiento que se había visto reflejado en las lágrimas.

Su madre alargó el brazo indicándole que se acercaba. El sufrimiento de su hija era demasiado doloroso.

Sin decir palabra, Leonor se arrodilló ante su regazo y soltó allí parte de su sufrimiento. Mientras tanto, Helen iba acariciando su pelo murmurando palabras de consuelo.

—Lo arreglaremos, hija —musitó—. Lo arreglaremos.

Había dejado pasar la mayor parte del día.

La cabeza había empezado a dolerle por el esfuerzo de pensar y mirar en su interior; en esas inseguridades que no sabía que existían y que habían destruido cualquier posibilidad de ser feliz.

Y por un momento se creyó fuerte...

¡Bobadas!

Nadie tenía la culpa más que ella.

Mientras dejaba que unas compresas frías bajaran la hinchazón de la cara, Leonor había estado pensando mucho. Las palabras de su madre, su tía y la duquesa viuda resonaban todavía en sus oídos.

«Ese hombre te ama.»

«Has de tener fe en él.»

«Debes ser valiente.»

Cada palabra era tan cierta como la anterior.

Las acciones acaecidas en su pasado la habían afectado en más profundidad de lo que sospechaba. Estaba empezando a comprender que marcharse como lo hizo no había sido el acto valiente que Jonathan pensaba que era. Al fin y al cabo se trataba de un acto cobarde más. Una huida para no afrontar las consecuencias de sus acciones.

Con Jonathan había sucedido algo parecido.

Aunque siempre había sido consciente de su aspecto y había mirado al mundo con la cabeza alta, solo se trataba de apariencias. En su fuero interno sentía que no estaba la altura en comparación a mujeres más bellas, boicoteando su propia felicidad una y otra vez al sentir que no la merecía. Y no quería eso.

Amaba a Jonathan. De eso no había ninguna duda. Daría toda su herencia con tal de estar a su lado el resto de su vida. Crecer con él y crear una familia. Y él la amaba.

Inaudito... y maravillosamente espléndido.

Su único objetivo era la necesidad desesperante de creer en ella misma y aceptar su capacidad de conseguir el amor de un hombre obviando su aspecto. Tenía muchas

cualidades y Jonathan había sabido verlas. Quizás era fea, pero no era lo único que la definía. Y Jonathan la amaba por ello.

Debía ser capaz de enfrentarse a sus miedos y recuperar lo que había echado a perder por lo que, poco después de la hora del té, se había arreglado para salir.

—¿A dónde vas? —le preguntaron las tres mujeres cuando pasó a informarlas que salía.

—A recuperar mi vida. A recuperar a Jonathan.

No percibió las tres sonrisas de satisfacción y alivio que se quedaban a sus espaldas.

Con esa nueva seguridad llegó al hotel. Antes que encontrarse con Jonathan debía tener unas palabras con Isobel, por lo que se acercó al mostrador eliminando toda posibilidad de que se le negara la información que deseaba saber.

Poco después, y tras una profunda inspiración, llamó a la puerta de la habitación en la que Isobel se hospedaba.

No había nadie.

Por fortuna, la doncella de Isobel llegó al poco tiempo, mientras Leonor decidía si esperarla o no.

Las noticias que le dio la joven no fueron de su agrado. La doncella le había dicho que, aunque era su habitación, la viuda Wells no había puesto un pie en ella.

No hacía falta preguntar por su paradero. Leonor lo intuía.

Con el corazón golpeándole en el pecho pero con la decisión pintada en su rostro, se dirigió hacia la habitación que Jonathan ocupaba. No dudaba de que la encontraría allí.

Por desgracia, no se equivocaba.

Fue la misma Isobel la que, instantes después de llamar, abrió la puerta.

Aunque ya intuía que la encontraría allí, la impresión fue grande, sobre todo por el indecoroso aspecto que la mujer ofrecía.

Bajo el elegante vestido no había corsé ni polisión. Además, su pelo, otrora impoluto y con un peinado impecable, se había convertido en un sencillo recogido detrás de la nuca.

—Jonathan no está —anunció Isobel tan pronto la vio.

—No he venido a hablar con él —espetó Leonor, cogiendo fuerzas y entrando en la habitación sin ser invitada.

Tan pronto dio un paso al interior, Georgette, voló hacia ella con ímpetu.

—¡BUENAS NOTICIAS! ¡BUENAS NOTICIAS! —Era evidente que se alegraba de verla.

Leonor sonrió, pero la dejó de nuevo en su sitio.

No le gustó ver a la otra sentada en un sillón con toda tranquilidad, como si se supiera vencedora de la innegable batalla que estaba por llegar.

—Jonathan me ha contado lo de tu... estado —empezó.

Isobel hizo una mueca.

—Qué considerado.

—Jonathan me lo cuenta todo.

—¿Todo? —se burló la otra.

—Todo —afirmó segura. Ya no dudaría del amor de Jonathan. Ni Isobel ni nadie conseguirían hacer mella en su confianza.

—Me alegro por ti.

—También he venido a exigirte que te marches —le espetó.

Isobel no se esperaba esa demanda.

—¿Y quién eres tú para exigirme nada?

Si quería hacerla dudar de su propia valía, no iba a conseguirlo.

—Soy la prometida de Jonathan.

—Una de la que no sabía nada.

—Ser su madrastra no te da derecho a saber qué ocurre en su vida.

—Jonathan y yo tenemos una relación muy especial.

La insinuación era clara, pero Leonor no iba a creer en ella.

—Lo único que tenéis tú y Jonathan es que estuviste casada con su padre. Solo eres su madrastra. Cualquier tipo de admiración que él hubiera podido sentir en el pasado se quedó allí, en el pasado.

Isobel se puso roja ante semejante seguridad. No podía replicar sin mentir de forma despiadada.

—Jonathan va a ayudarme —dijo refiriéndose a su embarazo.

—Pero no de la forma que tú deseas. ¿Has pensado acaso en las habladurías?

—No me afectan las habladurías —replicó, desechando el comentario con la mano.

—¿Y las que puedan afectar al propio Jonathan o a su reputación? —La reputación



de Isobel le traía sin cuidado—. ¿Tan egoísta eres que no piensas en cómo puedan afectarle a él tus acciones? Eso no es amor de ningún tipo. Solo es egoísmo.

—¿Quién te crees que eres para venir aquí y hablarme de ese modo?

Esa era la pregunta que había venido a dejar clara. Y que después le diría a Jonathan, palabra por palabra.

—Una mujer enamorada —replicó—. Una mujer que no va a dejar que se aprovechen de Jonathan más de lo necesario. Una mujer que haría lo que fuera por él.

—Quizás no seas lo más conveniente para él, a pesar de lo que creas o quieras creer.

Lo decía por su aspecto, pero Leonor no tenía dudas. Ya no.

—Jonathan me ama —aseguró. No hizo caso del alzamiento de cejas ante su vehemencia—. Me amaba incluso cuando creía amarte a ti. Me ama incluso siendo fea. Me ama por lo que soy y le ofrezco. Me ama a mí y no a ti.

Unas palmadas la sobresaltaron y se dio la vuelta al instante.

Jonathan, apoyado en el marco de la puerta de forma descuidada, aplaudía. Su sonrisa era amplia, dichosa. Irradiaba una satisfacción y felicidad tan real que caldeó el corazón de Leonor.

Ni siquiera se le había pasado por la mente que pudiera hallarse allí. Había creído a Isobel cuando le dijo que no estaba. Quizás la presencia de Georgette tendría que haberle dado una pista, pero su mente solo había estado centrada en Isobel.

Sus miradas se encontraron.

En un instante se dijeron tantas cosas sin necesidad de hablar que ambos sonrieron. Cosas importantes, las que de verdad valían la pena. Atrás quedaban las dudas y las inseguridades.

—Isobel —Jonathan se dirigió a su madrastra sin despegar la vista de Leonor—, ya es hora de que vuelvas a tu habitación.

—Pero...

—Ahora —ordenó.

Intimidada, miró alternativamente a uno y otro. Parecía que no tenía sentido alargar una situación que era a todas luces desfavorable para ella. Además, ninguno de los dos le prestaba mucha atención. Se le había erizado la piel solo de verlos así, mirándose, sin decirse nada, pero llenos de una luz que no había percibido hasta entonces. No lo entendía, pero parecía que Jonathan amaba a esa mujer. A ella nunca

la había mirado así.

Salió en silencio. Ninguno de los dos la echó de menos.

—Me amas —fue lo primero que Jonathan dijo. No era una pregunta.

—Más de lo que creí posible —confirmó Leonor.

—¿Sin miedos?

—Sin miedos.

—¿Sin dudas?

—Ninguna en absoluto.

Todavía estaban lejos, pero el ambiente de la estancia estaba cargado de necesidad, de amor.

—Déjame explicarte, al menos, qué hacía aquí. —Él se esforzaba por aparentar normalidad cuando lo que de verdad deseaba era tenerla entre sus brazos y abrazarla y besarla de pura alegría.

—No hace falta.

Y era cierto. Conforme había ido enfrentándose a Isobel y ponía en voz alta sus verdaderos sentimientos, había ido ganando confianza. No estaba preocupada. Ya no.

Jonathan, por su parte, no podía sentirse más pletórico. Había pasado por un infierno al marcharse de casa de los Price. Su mente había estado meditando si debía insistir hasta que ella cediera o aceptar que nunca sería capaz de amarle con la fuerza y seguridad que necesitaba.

Cuando Isobel se había excedido al abrir la puerta de la habitación, Jonathan acababa de darse un baño. Cuando escuchó las pullas entre ambas a través de la puerta cerrada, no dudó en abrir con cuidado y dejar un resquicio por el que espiar. Había pensado que todo estaba perdido. Sin embargo, su fuerza y la nueva seguridad en sí misma y en su amor, lo habían hecho sentir muy orgulloso y feliz.

—Espera. —De repente se acordó de algo que debía devolverle.

Entró en la habitación y salió de nuevo con rapidez después de coger algo del bolsillo del chaleco que reposaba a los pies de la cama.

—Esto te pertenece. —Se acercó a Leonor, le cogió la mano y deslizó el anillo de rubíes y diamantes por su dedo—. Nunca debió salir de ahí.

Ambos se quedaron mirando lo perfecto que quedaba y todo lo que representaba. Ahora con una seguridad que no había habido la primera vez.

—No he podido contenerme. —Se refería a Isobel y a la conversación que habían

mantenido.

—Lo sé —afirmó petulante y con una resplandeciente sonrisa.

—¡COTILLA!

Georgette chilló mientras alzaba una de sus alas y se rascaba con el pico. Parecía que los ignorara.

Ambos sonrieron.

—Has estado espionando —aseveró Leonor haciéndose la ofendida.

—Sí, pero ha valido la pena —aseguró con un beso cargado de intenciones—. Tu declaración de amor ante Isobel es lo más hermoso que he oído nunca.

—Presumido —le dio un golpecito en el brazo.

Jonathan se puso serio un instante.

—Tengo motivos. Realmente creí que ibas a dejar que me marchara.

—Lo siento —se refugió en sus brazos, avergonzada de su propia ceguera y estupidez.

—Yo también. Estaba realmente asustado —meditó unos instantes—. Casi me da miedo decirte esto, pero en parte, agradezco que Isobel haya venido.

No hubo tensión en Leonor. Solo se limitó a mirarlo con curiosidad.

—¿Y bien?

—Me refiero a que ella ha sido el detonante para que miraras dentro de ti. Sin ella, estas inseguridades hubieran aparecido tarde o temprano, y no sé si lo hubiéramos podido resolver.

Leonor admitió que estaba en lo cierto. Había estado a punto de perderlo todo.

—Sin embargo —advirtió ella—, no pienses que voy a darle las gracias por nada después de lo que ha intentado hacer contigo. No es una compañía que me complazca y no esperes que seamos amigas.

—Mientras os tratéis con educación y cortesía podré soportarlo. Al fin y al cabo es mi familia.

—No, es parte de tu familia. Yo seré ahora tu familia.

No podía haber dicho nada más acertado.

—Dímelo —pidió con la voz ronca. Necesitaba oírse lo decir.

Leonor le complació.

—Te amo, Jonathan. —Era la primera vez que lo decía en voz alta. Que se lo decía

a él.

—Yo también te amo, Leonor. No sabes cuánto deseo vivir contigo.

—Va a salir bien, ¿verdad?

—No lo dudes. Mientras nos amemos, nada podrá con nosotros.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

Y la besó de forma que no le quedaran dudas.

## Epílogo

Después de una mañana lluviosa se decidieron a dar un paseo por los jardines de Stanbury Manor en dirección a la casa principal.

Leonor, del brazo de su apuesto marido y en compañía de Georgette, respiraba el aire fresco.

—No podría haber tenido mejor luna de miel —señaló, dichosa.

—Es algo que no has parado de repetir, cielo. No sé si quieres convencerme a mí o a ti misma.

—A ti, por supuesto —bromeó.

Había sido la decisión más lógica, pensaba ella. Cuando decidieron el viaje, en Leonor resurgió su lado más práctico, pero también el más sentimental. En referencia a lo primero, debían regresar a Inglaterra para que Jonathan pudiera dar por finalizado algunos asuntos inconclusos y un sinfín de detalles más. En cuanto al lado más sentimental, Leonor quería volver al sitio en donde había sido feliz conociendo a personas que la querían, Jonathan entre ellas.

Habían esperado a celebrar la boda. Ambos deseaban la presencia de los duques de Dunham en un día tan especial, pues habían querido casarse bajo la atenta mirada de todos sus seres más queridos.

Si con la duquesa viuda, las inclinaciones y miradas de asombro se habían prodigado en todo momento, ante la presencia de Jeremy y Edith, no parecían tener fin. Solo había oído un comentario malicioso sobre la falta de belleza de la duquesa de Dunham, y era en los ladinos labios de Beatrice. Por supuesto, Leonor se había despachado de lo lindo con ella por ese motivo. Después de la amenaza de retirarle la palabra y de asegurar que toda la familia haría otro tanto, Beatrice se había humillado y pedido perdón, aunque sabía que su arrepentimiento no era real.

Kenneth era de los pocos que no había asistido a tamaño evento, pero Leonor no se lo tuvo en cuenta. Cuando habían anunciado formalmente su compromiso, su primo había tardado poco menos que unas horas en cargar su equipaje para marcharse con la expedición; después, eso sí, de dar las pertinentes explicaciones a Helen Price y hacerles un regalo de bodas apropiado.

—Ya sabes que yo quería mostrarte el mundo, pero tú preferiste volver a Stanbury

Manor —afirmó—. Puedo considerarme afortunado de que aceptases el presente que Jeremy nos dio.

—¿Cómo puedes pensar que rechazaría semejante regalo? —se apretujó más y recibió un beso en la coronilla—. Era una excelente oportunidad para tenerte solo para mí.

Cuando habían informado de que su luna de miel sería en Inglaterra, la duquesa viuda invitó a Helen a pasar con ella el tiempo que tanto Jonathan como Leonor pasaran en el hogar de los duques de Dunham. Dado que en el viaje de ida serían un grupo considerable y los recién casados no tendrían suficiente momentos de intimidad, Jeremy les ofreció una casita ubicada dentro de su propiedad. La vivienda era pequeña pero confortable y estaba algo alejada de la casa principal, por lo que nadie les molestaría si no lo deseaban.

—Sí, me lo has demostrado en numerosas ocasiones. Esta mañana, anoche —enumeró—, la tarde de ayer dos veces...

—¡Serás bruto!

—¿Por decir la verdad?

—¡Por decirla en voz alta!

—¡AMOR, SUDOR, GEMIDOS! —declaró Georgette, para sorpresa de ambos.

Jonathan maldijo por lo bajo y Leonor enrojeció.

—¿Lo ves?

—Si sigues por este camino tendré que dejarte fuera de la casa —Jonathan amenazó al guacamayo, que permanecía posado con toda tranquilidad en su hombro derecho—. Sin comida.

Con esa advertencia agitó al animal, quien se alejó volando hasta un árbol.

—¡COMIDA! —gritó.

La pareja sonrió y aprovechó la ausencia para besarse.

—Nos esperan para el té —protestó Leonor sin muchas ganas de detenerse.

—Que esperen —murmuró él contra sus labios—. Te juro que tengo ganas de volver a Boston y tener nuestra propia casa para hacer lo que queramos.

Siguiendo las indicaciones de Jonathan, el señor Pickens había encontrado, también, una casa para ellos. En esos instantes tenían que estar con el acondicionamiento bajo la atenta mirada del señor Pickens y la tía Roberta. Esta última, en ausencia de Helen, había aludido al enorme tiempo libre del que dispondría

y se había ofrecido a supervisar todo lo referente a la decoración, una tarea que adoraba y se le daba bien. Entre tan dispar pareja se había establecido una dinámica peculiar que Leonor sospechaba podría tratarse de un interés oculto por parte de ambos. Y nada le alegraría más.

En cuanto al negocio familiar, habían dejado a cargo al señor Pickens, que no cabía en sí de gozo por tamaña responsabilidad. A su vuelta, Jonathan tenía intención de involucrarse en ella bajo los consejos de su suegra.

Por lo que respectaba a Isobel, las cosas se habían solucionado para bien. Una semana después de su llegada a Boston apareció el hombre con el que se había involucrado. Después de unas palabras subidas de tono y algún puñetazo por parte de Jonathan, había permitido que viera a Isobel. Ese arranque no preocupaba a Leonor. Un hombre había de defender el honor de las mujeres de la familia a como diera lugar. Por fortuna, el susodicho, un conde nada menos, venía arrepentido y dispuesto a rectificar su deplorable comportamiento. Regresaron con rapidez a Inglaterra para celebrar una rápida boda con licencia especial y ambos les habían hecho una rápida visita en cuanto pasaron por Londres, aliviados al ver que todo iba bien encaminado.

—Mi vida es perfecta. —Suspiró con una sonrisa de felicidad.

—No más que tú. —Jonathan la sostuvo entre sus brazos.

Ella le lanzó una mirada irónica.

—Es cierto —aseguró dándole pequeños besos en la nariz—. Eres la perfecta señora Wells.

—Aunque sea fea. —No esperaba una respuesta. Era solo la constatación de un hecho evidente que ya no era tenido en cuenta.

—Aun así —confirmó—. O quizás debido a ello. —La besó de nuevo con devoción—. ¿Y tú? ¿Te ves capaz de soportar toda la vida a un tipo adorable como yo que te ama con locura y a un guacamayo con exceso de peso y una significativa locuacidad?

Leonor, que no podía ser más feliz ni quererlos más, asintió.

—Nada me haría más feliz.

Y Georgette, con toda su sabiduría gritó:

—¡LAS FEAS TAMBIÉN LOS ENAMORAN!

## NOTA DE LAS AUTORAS

En esta novela nos hemos permitido una gran licencia literaria respecto a la adorable e impertinente Georgette, dotándola de una inteligencia y una agudeza superior a la que de verdad poseen los guacamayos.

En realidad, estos animales de pluma azul y amarilla, hablan. O mejor dicho, aprenden a recitar palabras. Su vocabulario puede llegar a ser extenso teniendo en cuenta que se trata de un pájaro, pero no tanto como hemos reflejado en la historia.